

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATÓLICA DEL PERÚ**

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES



Género, cuerpo y envejecimiento: Experiencias de adultas mayores
comerciantes del Mercado de Magdalena del Mar en Lima

Tesis para obtener el título profesional de Licenciada en Antropología
presentado por:

Peralta Minaya, Romi Daniela

Asesora:

Yon Leau, Carmen Juana


Lima, 2025

Informe de Similitud

Yo, Yon Leau, Carmen Juana, docente de la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú, asesora de la tesis titulada Género, cuerpo y envejecimiento: Experiencias de adultas mayores comerciantes del Mercado de Magdalena del Mar en Lima de la autora Peralta Minaya, Romi Daniela, dejo constancia de lo siguiente:

- El mencionado documento tiene un índice de puntuación de similitud de 6%. Así lo consigna el reporte de similitud emitido por el software *Turnitin* el 06/10/25.
- He revisado con detalle dicho reporte y la Tesis, y no se advierte indicios de plagio.
- Las citas a otros autores y sus respectivas referencias cumplen con las pautas académicas.

Lugar y fecha: Lima, 06 de octubre del 2025

Apellidos y nombres del asesor / de la asesora: <u>Yon Leau, Carmen Juana</u>	
DNI: 07747477	
ORCID: 0000-0003-4389-0683	
Firma	

Agradecimientos

A Elena, Rosa, Lupe, Clara y Albertina por compartirme sus historias y darme la oportunidad de acompañarlas en sus puestos.

A Carmen Yon, mi asesora, por su guía y comentarios, por las asesorías y conversaciones que permitieron esta tesis.

A mis papás por apoyarme siempre y hacer posible que estudiara esta carrera. A mi mamá, en especial, por acercarme al mundo de los mercados, por escuchar y acompañarme. A mis hermanos, por estar presentes en distintas etapas de la universidad. A mis perros, que me dieron alegría y calma en la pandemia.

A mis amigas, por las risas y miles de reflexiones.



Resumen

La presente tesis busca explorar las experiencias y significados sociales y corporales sobre el proceso de envejecimiento de adultas mayores comerciantes del mercado de Magdalena del Mar en Lima. Desde una metodología cualitativa y con enfoque etnográfico, se emplean entrevistas a profundidad y observación participante para comprender y analizar cómo se viven y experimentan las narrativas en relación a la vejez. Para el acercamiento teórico se recurre a la perspectiva interseccional de género y del ciclo de vida, así como al enfoque fenomenológico y el análisis de la construcción de lugares para entender cómo las comerciantes significan los cambios por la edad. El estudio muestra que la experiencia del envejecimiento es relacional y multidimensional, de modo que los cambios sociales y corporales son interpretados por las comerciantes de acuerdo a marcos biomédicos y socioculturales, además de sus contextos biográficos. También se presentan los factores estructurales que afectan la calidad de vida y el proceso de envejecimiento de las mujeres que participaron del estudio.

Palabras clave: género interseccional, antropología de la vejez, cuidados, mercado de abastos, ciclo de vida.



Abstract

This thesis explores the social and embodied experiences and meanings of aging among older marketwomen at the Magdalena del Mar market in Lima. Adopting a qualitative and ethnographic approach, the study uses in-depth interviews and participant observation to understand and analyze how narratives of old age are lived and experienced. The theoretical framework integrates an intersectional perspective of gender and the life cycle, a phenomenological approach, and an analysis of place-making to understand how the marketwomen interpret the changes brought about by aging. The findings suggest that the experience of aging is relational and multidimensional, with social and bodily changes being understood through biomedical and sociocultural frameworks as well as biographical contexts. The study also demonstrates how structural conditions influence the quality of life and the aging process of the women who participated in the study.

Key words: intersectional gender, anthropology of aging, care, marketplaces, life cycle.



Índice

Introducción	1
Capítulo 1. El problema de investigación y la aproximación teórica.....	3
1.1. Planteamiento del problema	3
1.1.1. Preguntas de investigación	5
1.1.2. Objetivos de investigación.....	6
1.2. Estado de la cuestión.....	6
1.2.1. Antropología y vejez	6
1.2.2. Adultas mayores, género y cuerpo	20
1.2.3. Antropología de los mercados	24
1.2.4. Balance del Estado de la Cuestión	30
1.3. Marco teórico	31
1.3.1. Ciclo y trayectorias de vida	32
1.3.2. Enfoque de género interseccional.....	33
1.3.3. Teoría del cuerpo desde el enfoque fenomenológico.....	34
1.3.4. Capitales y formas de agencia.....	36
1.3.5. Espacialidad y construcción de lugar	39
1.4. Aproximación metodológica	40
1.4.1. Delimitación de campo	41
1.4.2. Diseño e implementación de la metodología.....	43
1.4.3. Sobre los casos	47
1.4.4. Balance de campo y reflexiones éticas.....	49
Capítulo 2: Casos y lugares: comerciantes adultas mayores en el mercado	56
2.1. Trayectorias laborales: líneas de tiempo.....	56
2.2. Análisis desde el género interseccional del ciclo y las trayectorias de vida.....	66
2.3. La vida en el mercado.....	71
2.3.1. Breve contexto histórico.....	71
2.3.2. El mercado como lugar	72
2.3.3. El puesto-casa	78
2.4. Balance del capítulo.....	81
Capítulo 3: Trabajo, rutinas y redes sociales	83
3.1. El comercio minorista: verduras, frutas y condimentos	83
3.2. Rutinas laborales	87
3.3. Construir y mantener redes sociales.....	93
3.4 Balance de capítulo	95
Capítulo 4: Cambios corporales y sociales por la edad	98
4.1. La menopausia	99
4.1.1. “Se vuelven chibolas”.....	104
4.2. “Ya no es igual”: La pérdida de fuerza y dolores del cuerpo	105
4.2.1. “El cuerpo no es el mismo”	106
4.2.2. El trabajo, el cuerpo y los accidentes.....	113
4.2.3. El mercado y la salud.....	116
4.3. Balance del capítulo.....	118
Capítulo 5: La vejez está en otros.....	121
5.1. El envejecimiento en relación a otros: la vejez está en constante negociación y en la mirada del otro	122
5.2. La vejez en el mercado.....	129
5.3. La vejez está en el futuro.....	132
5.4. Balance del capítulo.....	135

Conclusiones	137
Trayectorias y rutinas laborales de las adultas mayores	137
El cuidado en sus vidas y en el mercado	139
Narrativas sobre el envejecimiento como experiencia situada	140
La vejez está en otros y en el futuro	141
¿Cómo hablar sobre las vejezes sin generar estigma o rechazo?	142
Reflexiones metodológicas y limitaciones de la investigación	143
A modo de cierre	143
Referencias bibliográficas	145



Índice de Tablas

Tabla 1: Temas de entrevistas semi-estructuradas y descripción.....	47
Tabla 2: Datos de los casos.....	49



Índice de Figuras

Figura 1: Mapa del sector del mercado de Magdalena	42
Figura 2: Línea del tiempo de Elena	58
Figura 3: Línea del tiempo de Rosa	60
Figura 4: Línea del tiempo de Lupe	62
Figura 5: Línea del tiempo de Clara.....	63
Figura 6: Línea del tiempo de Albertina	65



Introducción

La siguiente investigación tiene el objetivo de explorar los significados y experiencias de adultas mayores comerciantes del mercado de Magdalena del Mar (Lima) en torno a los cambios corporales y sociales del proceso de envejecimiento. El estudio se enmarca dentro de la necesidad por comprender el envejecimiento femenino desde la experiencia y narrativas de las adultas mayores. Se pone especial atención en comprender el proceso de envejecer desde su relación con experiencias personales, socioculturales e historias de género. Este informe de tesis está organizado en seis partes. En el primer capítulo se presenta el problema de investigación y se explica la importancia del enfoque antropológico en los estudios de vejez. En la misma línea, se especifican las preguntas y objetivos que guiarán la investigación. Asimismo, se presenta la revisión de la literatura, el marco teórico y la aproximación metodológica. En dicho apartado también se realizan las reflexiones y el balance del trabajo de campo.

En el segundo capítulo, se presentan cinco casos de adultas mayores comerciantes del mercado que tienen un puesto dentro del mercado de Magdalena y laboran en los rubros de verduras, frutas o condimentos. Se muestran las líneas de tiempo con sus trayectorias laborales y se reflexiona sobre estas de acuerdo al enfoque de género interseccional. Asimismo, se presenta el mercado como un escenario complejo que se configura como un lugar de trabajo y cuidado de la familia. En diálogo con lo presentado, en el tercer capítulo se abordan las características del comercio minorista y se describen las rutinas de las comerciantes. En dicho apartado, se profundiza sobre la importancia de la construcción de vínculos dentro del mercado y con la familia, así como sobre los nexos que se hacen entre los sucesos ocurridos en sus vidas laborales y eventos importantes (hitos) en relación a su hijos o hijas. En el cuarto capítulo, se explora sobre la salud y los cambios por la edad de las comerciantes del mercado, primero respecto a la menopausia y luego, sobre la pérdida de fuerza y los dolores del cuerpo que identifican las adultas mayores. Al final se realiza una reflexión sobre los temas de salud y alimentación que surgen como respuesta ante cambios y enfermedades. El quinto capítulo tiene como objetivo principal presentar los resultados de los estudios sobre las formas de experimentar y

percibir la vejez desde una perspectiva relacional. Se narran casos donde surge el tema de la edad desde la “mirada del otro”, se habla sobre las preocupaciones que tienen las mujeres comerciantes sobre sus futuros y como la vejez es percibida como algo lejano. Por último, en el sexto capítulo, se presentan las conclusiones finales y reflexiones sobre futuras investigaciones.



Capítulo 1. El problema de investigación y la aproximación teórica

1.1. Planteamiento del problema

El envejecimiento poblacional es un tema que está cobrando relevancia en contextos latinoamericanos por sus implicancias sociales, económicas y políticas. El Perú no es ajeno a estas tendencias globales, pues la esperanza de vida en 2015 fue de 74.6 años, en comparación a 1950, cuando se alcanzaba 43.2 años en promedio (INEI, 2015). En una línea similar, para 2025 la población adulta mayor representa el 14,3% en Perú y una cifra que tiene tendencia al crecimiento, evidenciando una mayor longevidad y alargamiento de la tercera edad (INEI, 2025). Con este panorama en mente, se debe recalcar que las experiencias de envejecimiento son variables en relación a los recursos y vivencias de cada persona.

Sin embargo, hay inequidades estructurales y aspectos particulares que pueden configurar de diferente manera las experiencias de vejez. De acuerdo a un estudio sobre la situación de los adultos mayores, el envejecimiento femenino se plantea como más vulnerable que el masculino, ello debido a las desigualdades que se mantienen a lo largo de la vida de las mujeres (Blouin, 2018). Además, las mujeres suelen ser más longevas que los hombres, lo cual plantea interrogantes sobre cómo entienden y se aproximan al paso del tiempo en sus vidas (Blouin, 2018; Luna del Valle, 2006). Es así que el género debe ser abordado de manera conceptual, junto a la intersección con otras categorías, para comprender por qué el envejecimiento femenino está sujeto a condiciones que lo hacen vulnerable y cómo ello se expresa en poblaciones que alcanzan más longevidad en diferentes contextos. Por ejemplo, el envejecimiento masculino ha sido explorado desde su fuerte relación con el trabajo e identidad (M. Ramos, 2005). Sería de vital importancia reflexionar sobre el significado del trabajo para las adultas mayores que no ha sido explorado desde la antropología peruana.

En este sentido, la siguiente investigación tiene como objetivo comprender los significados y experiencias de adultas mayores comerciantes en el Mercado de Magdalena sobre los cambios físicos y sociales del proceso de envejecimiento. Se busca entender el envejecimiento desde una perspectiva procesual, haciendo énfasis en cómo se percibe el paso del tiempo de forma corporal y social. Por ello, se explora

cómo impactan las narrativas sobre la percepción de la vejez, sin dejar de lado factores estructurales que afectan la calidad de vida de las mujeres, y por lo tanto su envejecimiento.

Los balances sobre estudios de ciencias sociales sobre la vejez en Perú indican que la investigación se ha centrado principalmente en los estudios económicos, en relación a los sistemas de pensión y jubilación, y entorno a los programas sociales e instituciones estatales, que suelen promover una visión del envejecimiento activo a sus usuarios (G. Ramos, 2013). Otras áreas que han explorado con exhaustividad la vejez han sido los estudios biomédicos y gerontológicos. Dichos estudios aportan datos relevantes desde perspectivas médicas al estudio de los cuerpos viejos, pero pueden perpetuar un discurso descontextualizado sobre el envejecimiento (Kogan, 2007, p.121). En los últimos años, desde la antropología se han presentado investigaciones sobre las diversidades de vejez y percepciones de envejecimiento (Nué, 2000; M. Ramos, 2005; G. Ramos, 2014, 2018), así como estudios que exploran la sexualidad de adultas mayores (Mendoza, 2004; Luna del Valle, 2006; Ingar, 2016) e identidades homosexuales (Tirado, 2018). Dichos trabajos aportan a la comprensión del envejecimiento desde el estudio de casos, pero siguen siendo una minoría en comparación con los estudios de otras etapas de la vida como la niñez y juventud. En este contexto, la importancia de la investigación recae en comprender y visibilizar las diferentes maneras de envejecer en Perú. Y así, poder llenar el vacío etnográfico sobre el envejecimiento femenino desde el seguimiento de casos, en especial de las adultas mayores que se encuentran trabajando.

El estudio se ha delimitado al caso de adultas mayores comerciantes de frutas, verduras y condimentos en el mercado, ya que permite la profundización en el comercio de alimentos perecibles y permite la focalización en un nicho. Es así que, el escenario del mercado de abastos entra en juego y brinda un panorama complejo; teniendo en cuenta la configuración de los mercados tradicionales como espacios generizados y con una mayoría femenina. Así demuestra Irons (2022) en su revisión de literatura, sosteniendo que el rol de las vendedoras del mercado implica un cambio de roles y empoderamiento de la mujer al acceder al trabajo asalariado, siendo parte de su independización económica en algunos casos (Weismantel, 2001 y Babb, 2019 citado en Irons, 2022). Ello, las posiciona dentro de una actividad económica y social

que brinda la oportunidad de analizar las percepciones del envejecimiento desde nuevas complejidades. Teniendo en cuenta que sus experiencias están marcadas por raíces étnicas y posibles migraciones, el enfoque interseccional resultará necesario para conocer sus vivencias como cuerpos generizados en espacios públicos marcados por etnicidad y edad.

De esta forma, la presente investigación busca comprender y reflexionar sobre cómo se vive e interpreta el paso del tiempo, así como las formas de dar significado a los cambios que implica desde las narrativas y rutinas de las adultas mayores comerciantes. Desde un enfoque biográfico, se analiza el envejecimiento femenino a través de sus trayectorias laborales, relaciones sociales y prácticas cotidianas. En este sentido, es fundamental estudiar el envejecimiento desde contextos específicos para identificar la diversidad de vejez y construcciones de narrativas. Así como también explorar alrededor del trabajo de comercio, las demandas laborales y los significados del espacio del mercado. En conjunto, esta tesis se enmarca en la discusión sobre los estudios de vejez, adoptando una aproximación que combina la fenomenología, interseccionalidad y envejecimiento situado.

1.1.1. Preguntas de investigación

Pregunta general:

¿Cuáles son los significados y experiencias de adultas mayores comerciantes del Mercado de Magdalena del Mar sobre los cambios corporales y sociales del proceso de envejecimiento?

Preguntas específicas:

- (a) ¿Cómo son las trayectorias y rutinas laborales de las adultas mayores comerciantes del mercado?
- (b) ¿Cuáles son las narrativas que se construyen sobre el envejecimiento y cómo se expresa en ámbitos significativos de la vida de las mujeres comerciantes?
- (c) ¿Cuáles son sus respuestas y prácticas frente a los cambios en sus cuerpos asociados al envejecimiento?

1.1.2. Objetivos de investigación

Objetivo general:

Explorar los significados y experiencias de adultas mayores comerciantes del Mercado de Magdalena del Mar sobre los cambios corporales y sociales del proceso de envejecimiento.

- (a) Comprender y conocer las trayectorias y rutinas laborales de las adultas mayores comerciantes del mercado.
- (b) Explorar las narrativas que se construyen sobre el envejecimiento y cómo se expresan en ámbitos significativos de la vida de las mujeres comerciantes.
- (c) Analizar sus respuestas y prácticas frente a los cambios en sus cuerpos asociados al envejecimiento.

1.2. Estado de la cuestión

La presente sección consta de tres partes para presentar la revisión de literatura sobre el tema de investigación. Con el propósito de conocer las experiencias de envejecimiento de las adultas mayores comerciantes en el mercado, se explorarán los siguientes ámbitos temáticos: Antropología y vejez, Adultas mayores, género y cuerpo, y Antropología de los mercados.

1.2.1. Antropología y vejez

El apartado de antropología y vejez busca presentar los aportes de las ciencias sociales sobre la vejez y los estudios antropológicos sobre las vejeces en Perú. Para iniciar, se considera fundamental conocer los aportes que se han realizado desde las ciencias sociales sobre la vejez. Por ello, primero se presentan los aportes conceptuales que se han realizado a lo largo del tiempo para comprender el envejecimiento, con un énfasis en las teorías que se han desarrollado en el campo antropológico. Asimismo, con el fin de comprender la vejez y el trabajo dentro del marco de los aportes de las ciencias sociales, se mostrará investigaciones fuera de Perú que permiten conocer los hallazgos y perspectivas sobre adultos mayores y el trabajo. En segundo lugar se expondrán los estudios antropológicos que se han

realizado sobre vejez en el Perú, con el fin de conocer los temas y ejes que se han abarcado en el país.

1.2.1.1. Aportes de las ciencias sociales sobre vejez

En esta sección se hace un revisión de la literatura desde los aportes conceptuales de la vejez desde el marco conceptual antropológico y sociológico, para entender los aportes teóricos que se han trabajado desde las disciplinas. De forma complementaria, se hace una revisión de investigaciones que se han realizado sobre adultos mayores y trabajo fuera de Perú, para entender desde un contexto más internacional los temas que se han trabajado desde las vejez y la antropología.

1.2.1.1.1. Aportes conceptuales

A lo largo de las décadas, el estudio de la vejez ha pasado por varios investigadores que se han aproximado a su estudio desde diferentes enfoques y de acuerdo a las influencias contextuales. En las ciencias sociales el estudio de la vejez ha sido abordado desde la edad. Como menciona Spencer (1990) la edad es una categoría que ha servido para clasificar y organizar la sociedad, junto al sexo; se presenta como una característica compleja para entender las estratificaciones humanas (Feixa, 1996, p.1).

Específicamente, la antropología de la vejez ha surgido como una rama de la antropología de la edad. Sin embargo, antes de desarrollar su propio grupo, la edad ha servido como un marcador, social, estructurador y divisor para los ritos de paso. Por ello, ha estado presente dentro de las investigaciones clásicas de la antropología como las de Morgan (1877), Frazer (1890) Malinowski (1922), Evans Pritchard (1940), Margaret Mead (1928), Van Gennep (1909) en relación a la organización de las sociedades y cómo una característica clasificatoria (Feixa, 1996; G. Ramos, 2014).

Para poder aproximarnos a la vejez como un campo de estudio, es importante comprender a qué nos referimos con edad y su relación con las etapas de la vida. Con el paso del tiempo y varias discusiones teóricas dentro de la antropología, la edad ha llegado a ser entendida como una construcción cultural (Bernardi, 1985 en Feixa, 1996, p.2). Según Feixa la edad puede ser estudiada desde sus diferentes condiciones, desde una aproximación estructural, desde los grupos de edad, como un

ciclo vital o como una generación. Es decir, la edad sería la forma en la cual las culturas dividen el curso de la vida en períodos y adjudican significados y comportamientos; todo ello en relación a las interpretaciones de los desarrollos físicos y mentales.

La construcción cultural de las edades propone estudiar las diferentes formas a través de las cuales las sociedades estructuran las fases del ciclo vital. Es así que, la antropología de la edad (Keith, 1980) es una de las primeras aproximaciones hacia la vejez, así como a la antropología de juventud y las infancias. Feixa (1996) y Martínez, et al. (2008) en su análisis genealógico de edad plantean que el término depende de su contexto y perspectiva y por ello sigue siendo un concepto re-explorado y en constante negociación.

La antropología de la vejez, en relación a la antropología de la edad, ha pasado por un largo proceso de teorías que responden a los contextos de las investigaciones. Sobre ello, se han elaborado revisiones bibliográficas del tema, dos estudios que exponen un panorama completo de los cambios sobre los escritos son de Carles Feixa (1996) y Gabriela Ramos (2014). Ambos autores hacen un recorrido por la antropología para identificar el tema de la vejez en las teorías evolutivas, la teoría de la modernización, las teorías enfocadas en las subculturas, los estudios postmodernos y la gerontología crítica. En las teorías evolutivas, la comprensión de edad se posiciona desde su rol estructurador. En las investigaciones que siguen a estas teorías los ancianos solían ser clasificados como informantes clave y sujetos para comprender los parámetros y jerarquías, pero nunca como protagonistas de las etnografías (Cohen, 1994; Martínez, et al, 2008, p.10). El estudio de Simmons (1945) sobre la ancianidad en sociedades preindustriales, concluyó que el respeto de los ancianos tendría correlación con el aporte que tuvieran en el sistema simbólico (Feixa, 1996). Más tarde, se planteó el estudio de la vejez desde la teoría de la modernidad, que tendría como centro de atención a la capacidad de producir. Es para ello resaltante la mención a Cowgill y Holmes (1972) quienes sostienen que la relación entre el envejecimiento y la modernidad se caracteriza por la exclusión social que sufrían las personas de tercera edad al ser despojados de sus roles y trabajos. Las autoras sostienen que los sistemas económicos que valoran la productividad tienden a estigmatizar la vejez, porque se los clasifica como una “carga social” (Cowgill y

Holmes, 1972; Feixa, 1996; Martínez, et al., 2008). Es interesante recalcar esta mirada de la vejez en el contexto de sistemas capitalistas, ya que también plantea un marco en el cual la agencia de los adultos mayores es dejada de lado.

Más adelante, los estudios de subculturas de Jacobs (1974) y Whyte (1943) brindaron un nuevo panorama sobre las residencias de ancianos. Estos estudios del envejecimiento como agrupaciones subculturales ayudó a posicionar la edad como un factor que configura las identidades. Sin embargo, recibieron fuertes críticas por plantear una mirada generalizadora de la vejez, homogeneizando las experiencias (Feixa, 1996, p.11). En los años 90 's emergió la perspectiva biográfica en los estudios sobre la vejez (Osorio, 2006). En la cual también se introduce su estudio desde la gerontología crítica y las corrientes interpretativas hermenéuticas (Feixa, 1996). La "gerontología crítica" entiende la vejez desde sus múltiples facetas y ambigüedad de estatus, se ha hecho más presente para estudiar los grupos desde la autoorganización y resistencia de los ancianos. Asimismo, se plantea que las experiencias del envejecimiento están influenciadas por la división del trabajo y son resultado de las desigualdades del sistema capitalista (G. Ramos, 2013, p.108). Durante este periodo también destacan los estudios de Ginn y Arber (1996, 1997) sobre las relaciones de género y envejecimiento, las autoras proponen que la edad también es definida desde el estado funcional del cuerpo individual y el significado simbólico que se le adjudica. Los estudios se centran en una metodología biográfica- individual que tiene en cuenta factores históricos y culturales.

También es relevante mencionar el enfoque que se plantea desde la post-gerontología que en diálogo con los estudios culturales ha reclamado por una perspectiva más abierta de la construcción del envejecimiento. Como explica Lacub (2001) debe ser una disciplina que tome en cuenta que lo "viejo" se construye desde varios escenarios, dependiendo del contexto y el sujeto (p.439). Por eso su aproximación debería considerar las imágenes de vejez del entorno, las características del individuo, la propia construcción de la persona sobre el envejecimiento y la propia autorreflexión del gerontólogo y su reflexión y acercamiento sobre la vejez.

En este contexto, la necesidad de estudiar las vejeces desde diferentes contextos y las propias particularidades socioculturales se hace más latente en la

antropología. Ello se expresa en la importancia que ha tenido la teoría del ciclo vital en las investigaciones más recientes. Para Feixa (1996) una antropología de la edad que abarque las relaciones intergeneracionales debe tener un marco de análisis global que permita su estudio desde metodologías etnográficas y holísticas (p.3). En una línea similar, Osorio (2006) plantea que el envejecimiento debe ser estudiado desde la pregunta por los significados y hace énfasis en la mayor longevidad que experimentan las sociedades, así como reflexión sobre las concepciones temporales de cada contexto.

Se debe mencionar que en la literatura hispanohablante no ha habido mucho material producido sobre la conceptualización de la vejez y la cultura, como en la antropología anglosajona. Feixa (1996) reflexiona que ello pudo ser por el predominio de otros factores estructurales como la clase, el género y la etnicidad en las identidades colectivas. Sin embargo, existen estudios resaltantes de la región como los de Brades (1993) sobre la vejez y relaciones intergeneracionales en España y Latinoamérica, así como de Teresa San Ramón (1986) sobre la vejez y la cultura.

1.2.1.1.2. Aportes sobre adultos mayores y trabajo realizados fuera de Perú

En el siguiente apartado se tratarán los aportes de adultos mayores y trabajo desde investigaciones internacionales. Se abordan de manera breve las relaciones que se han planteado en otras investigaciones respecto al trabajo y los adultos mayores, dentro de los escritos se puede encontrar variedad, en relación al género, clase social, calidad de vida y etnicidad, además de las particularidades del país, contexto sociocultural y su situación socioeconómica. Se discutirán tres puntos que son recurrentes en los estudios: primero la relación de la vejez con la jubilación, luego estudios sobre el envejecimiento y los espacios laborales; y por último, el trabajo no remunerado y las adultas mayores.

Cuando se habla de trabajo se suele asociar la imagen de juventud con la productividad, en especial si lo enmarcamos dentro del contexto neoliberal. Existen varias perspectivas desde las cuales se abarca el tema a nivel internacional. Empezando por investigaciones en Estados Unidos y algunos países de Europa, los estudios muestran una relación de la vejez con la jubilación, desde las clases más

acomodadas o insertas en el mercado laboral formal, se marca como un hito el retiro del trabajo y el ideal del descanso.

Jubilación

Los estudios sobre la jubilación suelen realizarse sobre adultos mayores que han tenido un trabajo formal y que durante su vejez pueden vivir de sus pensiones y otros ingresos. Estas realidades, como sus ideales, suelen estar presentes en países que cuentan con tasas altas de formalidad en los trabajos y sistemas de pensiones con cobertura extensa. Por ejemplo, Luborsky (1994) realizó un estudio en EEUU sobre la jubilación y la importancia de entender las transiciones de la vida dentro de las historias individuales y contextos sociales de los sujetos. Desde su revisión de literatura, explica que los estudios sobre la edad en la sociedad estadounidense se concentran en la etapa de jubilación y exploran sobre una “edad de retiro” y cómo ello se configura como un hito para la identidad de las personas. El autor resalta que dentro de estos contextos también surgen connotaciones negativas asociadas con el “jubilado”, que evocan la imagen de una persona débil, envejecida, rodeada de estereotipos negativos (p.414). Luborsky expone como hallazgo principal que durante el retiro del trabajo y el post-retiro la persona experimenta una reorganización de sus mundos sociales respecto a su identidad y círculos sociales. Ante ello, los proyectos de restauración de patios traseros y remodelación de jardines surgen como actividades para re-explorar sus vidas después de la jubilación (Luborsky, 1994, p. 425). Otro estudio sobre la jubilación en sociedades norteamericanas es el de Sarah Lamb (2019), quién realizó una investigación con adultos mayores, mayormente blancos y de diversas clases sociales de Estados Unidos, para analizar cómo las narrativas de salud, éxito, independencia y concepciones culturales sobre la persona conducen a la estigmatización de la vejez (p.1). La autora hace énfasis en que en las sociedades occidentales, como la norteamericana, las políticas neoliberales y la presión por el consumo capitalista influyen en las agendas políticas, económicas y sociales. Por lo tanto, configuran imágenes de envejecimiento e ideales de vejez que suelen promocionar la “vejez activa” y al mismo tiempo ideas de antienvjecimiento y autocuidado entre la población adulta mayor (Lamb, 2019, p.1). En ambos estudios, las identidades de los adultos mayores están marcadas por el retiro del trabajo, un componente que les aportaba sentido de valor y productividad, en la re-exploración

de sus identidades se encuentran con estereotipos negativos sobre la vejez y discursos que promueven una “vejez activa”.

Respecto a la jubilación, también es interesante prestar atención a las rutas y cambios de los retirados en un mundo cada vez más conectado. Un estudio de Gambold (2018) explora los destinos de jubilados de EEUU y Europa y sus decisiones migratorias. La investigación se centra en adultos mayores norteamericanos y británicos que deciden migrar a México, Francia y España después de su jubilación. Según la autora, las razones para migrar se pueden dividir principalmente en cuatro: en aliviar el estrés financiero, conocer nuevos ambientes y lugares, acceder servicios de salud de fácil alcance y tener un sentido de agencia (p.89). Ello lo contextualiza dentro de la preocupación que tienen los adultos mayores por la falta de seguridad social por parte del gobierno para sus retiros o el incremento de los costos médicos en sus países (Gambold, 2018, p.90). Ante la situación, los retirados deciden trazar sus retiros en países con costos de vida más bajos.

Discriminación por edad y espacios laborales

Otro gran eje de estudio sobre el envejecimiento y los espacios laborales son respecto a las trayectorias de adultos mayores que continúan trabajando, ya sea como empleados asalariados o de forma independiente. Sobre dicho punto, al igual que en otras esferas, hay una gran heterogeneidad en las vivencias de cada adulto mayor, que responden a factores de clase social, género y etnicidad. No obstante, muchas experiencias se ven atravesadas, de formas particulares, por la discriminación por edad. La discriminación por edad o edadismo es un termino desarrollado por Robert Butler (1969) desde su traducción de “ageism” como el conjunto de estereotipos y prácticas sistematicas discriminatorias hacia las personas por ser mayores (en Pavez, et al, 2023, p.3). La definición responde a un modo de opresión que debe ser estudiado de acuerdo a cada contexto y su manifestación.

Conforme a ello, Laws (1995) sostiene que la discriminación por edad se debe estudiar desde el contexto, situaciones y personas desde la que surge, como en el caso del espacio laboral asalariado. La relación entre trabajo y envejecimiento puede variar de acuerdo a la posición que la persona ocupe en su espacio laboral, variando de acuerdo a la clase, género y etnicidad. Por un lado, puede haber personas mayores que continúen en su trabajo de manera habitual, pero en otros casos, hay espacios

laborales que apartan a las personas de edad por considerarlas menos productivas o “desactualizadas”. Ello puede ocurrir en sociedades donde impera el capitalismo moderno donde el sentido de respeto y ciudadanía se alcanza en la esfera pública a través del trabajo (Pateman, 1989 en Laws, 1995, p.115). En su estudio, Glenda Laws (1995) realiza una interesante reflexión sobre la discriminación por edad desde una mirada de la gerontología crítica, el feminismo y corrientes posmodernistas. Para ello, se centra en estudiar la discriminación por edad de forma focalizada, desde cinco esferas: el mercado laboral asalariado, familia, cultura popular, el Estado y el entorno construido (p.112). La autora concluye que las discriminaciones por edad son un conjunto de prácticas sociales que oprimen y crean discursos alrededor de los cuerpos viejos, por lo tanto se debe poner especial atención a la corporalidad, ya que las prácticas no están desligadas del cuerpo al que se dirigen, ni de los cuerpos desde los que se construye el discurso (Laws, 1995, p.114). La reflexión sobre el edadismo en diferentes esferas brinda un panorama importante para entender los obstáculos y dificultades que los adultos mayores enfrentan.

El acceso desigual a pensiones y jubilaciones en América Latina influye en la continuidad laboral de las y los adultos mayores, quienes enfrentan distintos desafíos en el ámbito laboral. Ello es expuesto en el estudio de Martínez, Morgante & Remori en Argentina que refleja una realidad latente en la región: “Los ancianos y ancianas que no acceden a los beneficios de pensiones y/o jubilaciones continúan realizando actividades que desempeñaron desde jóvenes, a pesar de limitaciones físicas o del deterioro de su salud” (Chagas-Mazza en Martínez et al, 2008, p.12). En líneas similares un estudio de Silvia Escóbar en Bolivia (2012) evalúa y sistematiza la situación de los y las adultas mayores en el mundo del trabajo urbano, lo que brinda un panorama respecto a la heterogeneidad de experiencias en relación al trabajo y la vejez. La investigación sostiene que las personas que logran estabilidad laboral en edades avanzadas han tenido que superar una serie de condiciones desde la etapa de transición para permanecer en sus posiciones asalariadas; o en todo caso han encontrado cierta sostenibilidad en trabajos independientes. Su estabilidad laboral depende de muchos factores, como la continuidad en un mismo espacio laboral y está amenazada por políticas y prácticas de libre contratación que pueden incurrir en filtros que discriminen por razones de edad (Escóbar, 2012, p.33). Además, el género

también representa un desafío en los entornos laborales, ya que muchas mujeres mayores enfrentan una doble discriminación: por edad y por sexismo (Maldonado & Yáñez, 2014, p.107).

El trabajo de cuidado y trabajo doméstico

El trabajo durante la vejez también se ve reflejado en las labores domésticas y de cuidado. Tal como exponen Maldonado & Yáñez en un análisis sobre Latinoamérica (2004) la economía de los cuidados es sostenida en su gran mayoría por las mujeres y la figura de las ancianas ha estado vinculada con la crianza, cuidado de las y los nietos y las tareas dentro del hogar. Es así que la desvalorización e invisibilización de dichos trabajos crea una sobrecarga sobre muchas adultas mayores (Maldonado & Yáñez, 2014, p.100-101). Desde estudios de gerontología feminista en Chile se ha intentado evidenciar las desigualdades que enfrentan las adultas mayores respecto a la doble carga de labores domésticas y asalariados, y como se deja a un lado los temas sobre sus vejez y bienestar (Paez, et al, 2023 p.12).

Una breve revisión de estudios de Chile y Argentina nos brinda algunos alcances sobre las adultas mayores y el trabajo de cuidado. Martínez et al. (2008) en su estudio en Argentina lanzan relevantes hallazgos respecto al papel que cumplen algunas abuelas en la crianza de sus nietos, se muestran como un soporte para sus hijos, así como ser parte fundamental de las unidades domésticas. Así desarrollan: “al respecto es altamente frecuente que la crianza de los niños esté a cargo de los abuelos, quienes constituyen el referente de jóvenes y niños, ya sea en los casos en que los padres están ausentes, como en los que conviven las tres generaciones” (Martínez et al., 2008, p. 12). Un estudio de González (2018) sobre mujeres mayores de sectores populares en Chile revela que hay: “una cadena de cuidados que se mantiene a lo largo de la vida y que continúa expresándose en la vejez, impactando en su bienestar cuando ya son mayores” (p.199). En el texto se sostiene también que las redes de familiares mujeres y amigas ayudan a sostener sus trabajos remunerados y de cuidado (González, 2018, p.199). Comprender y valorar como trabajo las labores de cuidado es fundamental para entender las trayectorias de adultas y adultos mayores desde sus variedades y particularidades.

Las investigaciones internacionales sobre el trabajo y la vejez muestran un panorama diverso que evidencia la heterogeneidad de experiencias de envejecimiento

en relación al trabajo. Estos estudios no solo permiten comprender las dinámicas laborales de las y los adultos mayores en distintos contextos, sino que también aportan insumos para reflexionar sobre la agenda de estudios en el Perú. Por ejemplo, en EEUU y Europa se observa una ambivalencia; por un lado, se configuran narrativas sobre el descanso activo durante la vejez y por otro, se mantienen el rechazo por la vejez asociada a la improductividad (Lamb, 2019). En cuanto a la discriminación por edad en ambitos laborales asalariados, Laws (1995) plantea que debe analizarse considerando la posición laboral, así como factores de clase, género y etnicidad. Además, resalta que las prácticas edadistas están estrechamente vinculadas con las corporalidades. Por último, en América Latina, los estudios sobre trabajo y vejez destacan el papel fundamental de muchas abuelas en el cuidado de las unidades domésticas.

1.2.1.2. Estudios antropológicos sobre las vejeces en el Perú

Los estudios antropológicos sobre vejeces en el Perú todavía son relativamente escasos, sin embargo, en los últimos años se han realizado algunas investigaciones que ayudan a comprender la tercera edad en el país. El recorrido empieza por el estudio de Nué (2000) en Andamarca que explora sobre la autopercepción del envejecimiento. Luego, se presenta el estudio de Miguel Ramos (2005) sobre masculinidades y envejecimiento que analiza las dinámicas de parejas casadas y la fuerte relación de la construcción de la masculinidad con el trabajo. Más tarde, se muestra el estudio de Leinaweaver (2010) sobre el alejamiento social de niños y ancianos en Ayacucho, con un énfasis en las prácticas de parentesco. De forma más reciente, se expone la tesis de licenciatura de Gabriela Ramos (2014), quien realiza una detallada etnografía sobre los adultos mayores pertenecientes al Centro del Adulto Mayor y explora desde una metodología biográfica el envejecimiento. Por último, se presentan las investigaciones sobre adultos mayores y trabajo de G. Ramos y Tirado (2018), y los hallazgos de la tesis sobre vejez y las identidades homosexuales de Tirado (2018).

El estudio de Angélica Nué (2000) trata sobre percepciones de ancianidad en Santa Cruz de Andamarca, parte del departamento de Lima. La investigación se concentró en responder las asociaciones que se hacían entre los ancianos y tres

temas: la actividad y productividad, la enfermedad y muerte, y el sufrimiento. Para ello se realizaron entrevistas con personas de la comunidad identificados como “no ancianos” (entre los 16 a 40 años) y entrevistas con personas ancianas (de 65 años a más). Respecto al primer punto, la autora sostiene que la productividad está fuertemente asociada a la valoración económica y social de la persona; por lo tanto, el valor de los ancianos disminuye si no son reconocidos como productivos. Ello dialoga con el contexto de Andamarca que tiene como principales actividades la ganadería y la agricultura. Tanto varones como mujeres cumplen con actividades que requieren fuerza física, si no cuentan con ella, pierden las posibilidades de cuidar bien su ganado y deben venderlo; o tienen que pagar a peones para trabajar sus chacras, lo cual está relacionado con la disminución de productividad. De esta forma, se concluye que mantenerse activo tiene una fuerte relación con la percepción de la ancianidad, por ello la autora resalta que “es interesante que varios adultos jóvenes hayan dicho que en Santa Cruz “no hay ancianos”, porque la mayoría de las personas mayores de 60 están haciendo algo” (Nué, 2000, p.161).

Otro hallazgo que presenta la autora es sobre la asociación de la ancianidad con la enfermedad. Nué (2000) explica que desde la autopercepción, se entiende el envejecimiento como una enfermedad, por la pérdida de capacidades físicas, pero es comprendido como un proceso natural. En cambio, la categoría de “enfermedad real” está asociada con la incapacidad de realizar las actividades de manera normal. Otro eje, que se también se presentará dentro de las siguientes investigaciones, es que la ancianidad es definida en contraposición a la juventud, ser anciano significa no tener las mismas capacidades que una persona joven.

Una investigación enriquecedora desde la perspectiva de género es la de Miguel Ramos Padilla (2005), quien realizó un estudio exploratorio sobre las vivencias de vejez de varones adultos mayores de sectores pobres de Lima y las percepciones de su familia. En su investigación, analiza el envejecimiento y la masculinidad encontrando que la cesantía marca un hito en la identificación como anciano, tanto por el individuo como por las personas que lo rodean. Explica que, para los hombres que han construido su masculinidad adulta en torno al ámbito laboral perder el rol de proveedor de la familia puede implicar fuertes sentimientos de vergüenza y humillación. Ello variará dependiendo de su situación y contexto, por ejemplo si

reciben pensión por jubilación, aún pueden sentir independencia y valor dentro del núcleo familiar. El autor señala que en sus entrevistas también se reflejan las tensiones que se dan en el espacio doméstico, ahora que pasan más tiempo en sus casas y han perdido poder al dejar de cumplir el rol de proveedor, buscan involucrarse en la toma de decisiones en el hogar. A modo de conclusión, Miguel Ramos (2005) recalca la importancia de las actividades recreativas para la búsqueda del bienestar, tanto físico como mental, para superar las ansiedades vinculadas a la masculinidad hegemónica y creencias sobre el género. Además, señala que a pesar de que algunos adultos mayores cuentan con privilegios en su vejez, al mantener roles patriarcales o posesiones materiales, su calidad de vida se puede ver afectada por situaciones de precariedad.

Por otro lado, el artículo de Leinaweaver (2010) sobre el alejamiento social en Ayacucho brinda una perspectiva diferente para entender el envejecimiento dentro de las relaciones de parentesco. El estudio se centra en los procesos sociales de un abandono complejo de niños y ancianos, sin que implique la ruptura del vínculo. A pesar de la centralidad del trabajo en el distanciamiento social y las formas de 'hacer' y 'deshacer' el parentesco, la autora parte de la premisa que tanto niños como ancianos se configuran como sujetos que deben ser cuidados y dependen de sus redes sociales. En relación a ello, hace énfasis que en el contexto neoliberal y la influencia de ideales modernistas que marcan una visión negativa de la vejez. En contextos de pobreza y desconexión emocional, no hay aguante para las exigencias del cuidado de una persona anciana, que puede ser catalogada como un "estorbo" (2010, p.150).

Un estudio que brinda un panorama amplio del estudio del envejecimiento es la tesis de Gabriela Ramos (2014) titulada "Aquí nadie es viejo", donde explora los usos e interpretaciones de un programa del Centro del Adulto Mayor (CAM) y las autopercepciones sobre la vejez de 17 usuarios en Villa María del Triunfo en Lima. La investigación invita al lector a repensar cómo se vive y experimenta esta etapa en diferentes grupos poblacionales, mostrando la complejidad y subjetividad de lo que se entiende por vejez. Desde un enfoque biográfico y de la teoría del ciclo de la vida, la autora analiza las historias de vida de un grupo de hombres y mujeres del programa. Sus principales hallazgos se centran en cómo sus entrevistados no se identifican

como 'adultos mayores' o 'viejos' ya que asocian dichas categorías a una etapa de soledad y dependencia. Por el contrario, asocian sus actividades y manera de vivir con la juventud, dándoles una definición más positiva. Este hallazgo no desmerece que los entrevistados se enfrentan a cambios en sus cuerpos atribuidos a la edad, que pueden generar frustración y considerados parte natural del ciclo vital; para lo cual realizan actividades que aminoren esos cambios fisiológicos (p.86). Sobre el caso de las mujeres, G. Ramos (2014) señala que las entrevistadas siguen asumiendo labores domésticas en sus hogares; además de cumplir, en algunos casos, con roles de cuidado de nietos y pareja. No obstante, cuando no cargan con tantas responsabilidades la vejez representa una etapa para resistir a ciertos roles de género y abrirse a involucrarse en otros espacios recreativos y colectivos.

Silvana Matassini (2014) también realizó una tesis sobre proyectos de vida de adultos mayores que residen en una institución pública. Tiene como objetivo resaltar las trayectorias individuales de adultos y adultas mayores y como su ciclo de vida moldea sus vivencias de vejez. La investigación sigue los casos de seis adultos mayores (tres varones y tres mujeres) en el Hogar Albergue Canevaro en Lima entre julio y noviembre de 2007. La autora busca desmontar estigmas entorno a la vejez que la posicionan como una etapa depresiva, asexual y pasiva, por ello se aleja de los marcadores por la edad cronológica que crean estereotipos sobre la población adulta mayor. Asimismo explora cómo el albergue, dada la apertura que da a los residentes para armar sus propios horarios, se configura como un espacio que promueve independencia y espacios de aprendizaje, y facilita la creación de proyectos de vida. Es valioso el uso que hace de líneas del tiempo para identificar inflexiones en los proyectos de vida de los participantes, ya que permite observar los cambios y sus experiencias pasadas en confluencia con los nuevos proyectos de vida que se plantean. La narración de historias de vida de las y los adultos mayores en el trabajo de Matassini (2014) permite entender la vejez desde su diversidad y destacar sus diferentes aspiraciones en la vida adulta.

Otra investigación valiosa que abarca el tema de vejez en Perú, es la tesis de Erika Tirado (2018) sobre las trayectorias identitarias de personas mayores homosexuales de Lima. La autora desarrolla los eventos e hitos que marcan las historias de catorce entrevistados, entre hombres y mujeres, que residen en Lima y

han pasado varios de sus años en la capital. Uno de sus principales hallazgos es el doble estigma al que están expuestos, por un lado se han enfrentado a una homofobia internalizada que les impidió reconocerse como homosexuales y ahora se enfrentan a un viejismo internalizado que les dificulta reconocerse como viejos (2018, p.115). También brinda hallazgos sobre el cuerpo envejecido y como se puede convertir en un lugar de rechazo y menosprecio. En este sentido, el envejecimiento es interpretado como la pérdida de ciertas facultades asociadas a la belleza y juventud, la autora encuentra que en los relatos de muchos de sus entrevistados se realizan acciones para ocultarlo (p.117). Es importante recalcar que a pesar de enfrentarse a discriminación por edad y sexualidad, se reconocen como sujetos privilegiados en otros ámbitos sociales y económicos, lo cual les permite operar estrategias para la búsqueda de su bienestar.

Por último, la investigación de Ramos y Tirado (2019) sobre trayectorias laborales de adultos mayores en la ciudad de Lima brinda sorprendentes hallazgos sobre las motivaciones de trabajo de los participantes. Indican que las motivaciones para seguir laborando tiene componentes económicos, pero también razones no económicas y ligadas a la identidad de las personas. En su estudio, se expresa la necesidad por sentirse útiles y realizar actividades que le den sentido a su día a día. Ello no busca ser una experiencia generalizada de los adultos mayores que son parte de la población económicamente activa que también se enfrentan a condiciones de precariedad y vulnerabilidad, pero da nuevos alcances sobre la importancia de estudiar el envejecimiento en distintos campos laborales.

Los presentes estudios, organizados en orden cronológico, brindan un panorama sobre el enfoque y profundidad que han tenido los estudios antropológicos en relación a las vejeces. Es importante observar que el cuerpo y los cambios físicos tienen una centralidad importante a la hora de ubicar y entender el envejecimiento, pero hace falta mayor profundización en su exploración. Los cambios sociales son experimentados de acuerdo al contexto, y las experiencias de vejez se diferencian de acuerdo al género, clase social y el capital social que posean. Las investigaciones enfocan como la comunidad, familia y las instituciones estatales y privadas (programas sociales y albergue) se configuran como elementos que influyen en la percepción de la vejez y la autopercepción respecto a la dependencia y cuidado. La

mirada biográfica que tienen las tesis expuestas también marcan un precedente sobre la relevancia de explorar las vejeces desde el ciclo y curso de vida. En una línea similar, los estudios ponen atención a la centralidad que tiene el trabajo, asociado a la productividad y juventud, como un marcador de vejez. Es así que, concluyen que se deben realizar más investigaciones sobre la diversidad de vejeces. En ese sentido, la presente investigación busca dialogar y ampliar el panorama sobre los estudios antropológicos del envejecimiento en el Perú.

1.2.2. Adultas mayores, género y cuerpo

En el siguiente apartado se busca dar un panorama de estudios relevantes sobre los temas de adultas mayores, género y cuerpo, con el fin de conocer los alcances de otras autoras y hallazgos centrales en sus estudios. La sección se divide en dos partes: la primera parte se enfoca en los aportes sobre el género y la vejez desde un marco más teórico; y en la segunda parte, se hace un breve balance de tres temas sobre adultas mayores: el cuerpo, la menopausia y la sexualidad.

1.2.2.1. Género y vejez

El género y la vejez han sido parte de estudios que buscan poner atención sobre esta compleja conexión entre la edad y las experiencias generizadas para ayudar a entender la experiencia de adultas mayores de mejor manera. Antiguos escritos ya abordaban el interés por el tema, como Simone de Beauvoir (1949), en su libro “El segundo sexo”, que problematiza sobre el envejecimiento y sus implicancias en la vida de la mujer, sosteniendo que las mujeres se encuentran en una posición subalterna con respecto a los hombres (Beauvoir 1949 en Tirado, 2017). En libros de ciencias sociales que conciernen temáticas del cuerpo también se señala esta relación y desigualdad entre el género y la tercera edad, como en lo descrito por David Le Breton (2002):

La vejez marca desigualmente, a la mujer y al hombre en el juicio social. Vemos aquí, más allá de la edad de los sujetos, como perdura una imagen social opuesta del hombre y de la mujer, que hace del primero un sujeto activo cuya apreciación social está basada menos en la apariencia que en un cierto tono en la relación que establece con el mundo, y la segunda un objeto maravilloso que se degrada con el correr del tiempo. El hombre sigue siendo, por el contrario, un seductor potencial. (Le Breton, 2002, p.147)

De esta forma, se refleja cómo las desigualdades por género se mantienen y oprimen la libertad de las mujeres con juicios sobre sus cuerpos y potenciales. El paso del tiempo en sus implicancias sociales, corporales y políticas se experimentan de manera diferente. En razón a ello, más investigadoras e investigadores se sumergen en comprender este vínculo más allá de una conexión entre categorías. El aporte y reflexión de Ginn y Arber (1996, 1997), es muy beneficioso para comprender la problemática. Desde la sociología, plantean que hay una necesidad por estudiar el género y envejecimiento de forma conjunta para proponer una mirada más compleja y teórica a las ciencias sociales. Así como ya habían descrito otros autores, identifican que el envejecimiento en los hombres es más aceptado y denuncian este “doble estándar de envejecimiento”. Explican la problemática desde las normas culturales que se sostienen de los roles reproductivos y plantean investigar más sobre una “cronología femenina” que permita comprender los patrones sociales de envejecimiento entre mujeres y hombres que se construyen en la sociedad (Ginn y Arber, 1997, p.41). Es importante también exponer el enfoque positivo que capturan Ginn y Arber (1997) sobre el envejecimiento femenino al señalar: “Las mujeres, por sí mismas, explican su energía recientemente encontrada y su extroversión en la vida mayor como algo que surge de la disminución de roles obligatorios en la familia” (p.41). De acuerdo a las experiencias de algunas mujeres, la tercera edad se configura como una etapa en la cual se liberan de algunas responsabilidades y pueden utilizar su tiempo en otras actividades. Por otro lado, los autores también cuestionan la idea de que la edad fisiológica, vinculada a la edad funcional y la disminución de fuerza, sea un proceso homogéneo. Argumenta que su ritmo de cambio varía según la posición del sujeto en la estructura social y de clase, además de estar influenciado por otras intersecciones y categorías que configuran la experiencia del envejecimiento (p.43).

En línea muy similar, Twigg (2004) reconoce la centralidad que tiene el cuerpo en los estudios sobre género y envejecimiento. Sin embargo, advierte que, en la cultura occidental existe una tradición por reducir al individuo a su cuerpo, lo que ha sustentado discursos misóginos en los que las mujeres son reducidas y objetivadas por su cuerpo y apariencia (Twigg, 2004, p.60). Por ello, resalta que los estudios

deben prestar atención a las connotaciones y discursos que emergen en torno al cuerpo femenino. Desde el estudio sobre adultas mayores en Tanzania y envejecimiento de sus cuerpos, Rutagumirwa & Bailey (2017) plantean la importancia que tiene el cuerpo en este tipo de estudios. Las autoras plantean que: “La condición del cuerpo es un marcador importante de edad” [“The condition of the body is view as an important marker of aging”] (Clarke & Korotchecko, 2011 en Rutagumirwa & Bailey, 2017, p.1); así mismo, resaltan que los significados que se adscriben a los cambios por el envejecimiento están generizados e inmersos dentro del contexto social y cultural.

Desde autoras hispanohablantes, Osorio (2006) plantea la misma preocupación por la poca teorización que hay sobre la edad y el género. Ella sostiene que “las mujeres mayores encarnan un nuevo modelo de feminidad” y este debe ser un tema a tratar desde los estudios sociales en relación a los roles de género y con objetivo de desmentir falsos prejuicios sobre la vejez asexual. Además llama la atención sobre cómo algunas investigaciones se han limitado en estudiar a las adultas mayores desde sus condiciones desfavorables para la sociedad en diálogo con que el envejecimiento tiene una predominancia femenina (Bernard, 2001 en Osorio, 2006). De igual manera, una revisión de las investigaciones realizadas en América Latina y el Caribe sobre la violencia contra las adultas mayores de G. Ramos (2021) evidencia como hay una parcialidad por estudios que tratan la problemática solamente desde la vulnerabilidad y las estadísticas. En respuesta, la investigadora destaca que los estudios que se realizaron desde el enfoque fenomenológico, son útiles para explorar la capacidad de agencia que pueden tener las mujeres mayores cuando son víctimas de violencia (G. Ramos, 2021, p.63). Además, concluye que en las investigaciones han dominado corrientes con metodología cuantitativa y desde un enfoque médico. La autora hace énfasis en la falta de investigaciones que aborden la problemática desde estudios cualitativos, ya que el uso de la categoría interseccional puede beneficiar a una comprensión más integral de la violencia hacia la población adulta mayor.

En este sentido, es relevante comprender el envejecimiento desde las experiencias de las mujeres, prestando atención al género y edad para entender sus trayectorias de vida. Se debe resaltar la importancia de los estudios de la vejez desde

la perspectiva de género, sin dejar de lado otros factores que configuran de manera diferente las experiencias de vejez.

1.2.2.2 Sexualidad y menopausia

En correspondencia a lo presentado sobre la edad y el género, y la centralidad que ocupa el cuerpo dentro de la problemática, es notable mostrar dos temas centrales que aparecen en los estudios: la menopausia y la sexualidad. Antes de abordarlo, es importante analizar lo planteado por Del Valle (2002) sobre el cuerpo y los significados culturales y biológicos que carga: “El cuerpo adquiere así una dimensión simbólica antropológica cargada de respuestas y significaciones culturales en torno a sus cambios, transiciones y transformaciones biológicas” (en Osorio, 2006). En este sentido, es relevante comprender los significados que predominan en relación al cuerpo y envejecimiento. Según Tirado (2017), en representaciones hegemónicas el cuerpo envejecido es representado en contraposición al cuerpo joven. Desde el enfoque biomédico, el cuerpo envejecido es definido como el proceso de deterioro gradual de la mente y el cuerpo (p.26). Dichas miradas y representaciones son parte de las discusiones y problemáticas donde se embarcan las investigaciones sobre el cuerpo femenino y el envejecimiento.

Por ejemplo, es interesante resaltar el estudio que realizó Carter (2016) con mujeres entre 30 a 45 años sobre los procesos de envejecimiento y las prácticas alrededor del cuerpo y género. Uno de sus principales hallazgos fue que muchas mujeres hacían referencia a la relación entre salud y envejecimiento; explicando la decisión de optar por dietas y ejercicio como una razón legítima para controlar y regular el cuerpo.

Los estudios sobre mujeres adultas y cambios en el cuerpo en la etapa del climaterio y menopausia suelen realizarse desde la perspectiva biomédica. La menopausia es estudiada como el evento de la retirada de la menstruación y desde las áreas médicas se interpreta como un proceso del declive físico del cuerpo femenino (Tirado, 2017). Desde las ciencias sociales hay pocas investigaciones que se centren en el tema. Una de ellas es el estudio de Ingar (2016) sobre la agencia femenina en salud reproductiva desde un análisis comparativo entre una comunidad en Cusco y mujeres de clase media en Lima. El escrito se centra en las etapas de las

mujeres y el ciclo reproductivo haciendo una revisión bibliográfica en torno a las aproximaciones al tema. Respecto al retiro de la menstruación, sostiene que el climaterio y la menopausia deben ser entendidas como experiencias subjetivas corporeizadas en diálogo con sus propios contextos socioculturales (Ingar, 2016, p.36). Un aporte central al tema lo realiza Lock (1993) en un estudio comparativo entre mujeres de edad media de Japón y Norteamérica con el objetivo de explorar las diferentes experiencias de las mujeres sobre la menopausia. Con dicha investigación probó que las experiencias y significados en relación a la menopausia no eran universales y se vivían de diversas formas en relación a la cultura y las “biologías locales”. Este concepto hace referencia a las diferentes formas de percibir y significar la menopausia de acuerdo contextos socioculturales y biomédicos. Así lo demuestra la autora al evidenciar que en las entrevistas con ginecólogos japoneses el síntoma más común mencionado por las pacientes eran los “hombros rígidos” y para algunos médicos los bochornos no eran ni siquiera parte de los síntomas; mientras que en las experiencias estadounidenses el síntoma que primaba eran los bochornos (Lock, 1993, p.499).

Otro de los temas del estudio del envejecimiento femenino en las ciencias sociales ha sido la sexualidad. Dos tesis hechas en Perú destacan por posicionar a las adultas mayores desde una mirada que no las concibe como personas asexuadas y resalta su agencia y sexualidad en la tercera edad. El estudio de Mendoza (2004) sobre mujeres de la tercera edad y sus vivencias sobre el amor, relaciones de pareja y sexualidad, presenta un marco que explora las relaciones heterosexuales y los roles de género. En una línea similar está el estudio de Luna del Valle (2006) sobre los significados y prácticas de adultas mayores de barrios populares en Lima explora sobre sus vivencias en torno a la sexualidad.

1.2.3. Antropología de los mercados

En la presente sección se presentan hallazgos sobre los principales estudios de antropología sobre los mercados y las comerciantes mujeres en el Perú. En primer lugar, se muestran los estudios de Weismantel (2017) y Marisol de la Cadena (1992) sobre el personaje de la “chola” en los mercados y sus características etnico-raciales. Luego, se continúa con las investigaciones de Seligmann (2015) y Babb (2019)

durante los años 90 's en Cusco y Ancash, respectivamente. Más adelante, se expone un resumen de los estudios que se han realizado en los últimos años y los temas que han resaltado como la pandemia por COVID-19. Por último, se abordan estudios sobre el comercio ambulatorio en Lima y el lugar de los mercados de abastos en la capital.

Los mercados tradicionales urbanos o mercados populares son conocidos por sus actividades económicas de venta y su rol primordial para proveer de alimentos y recursos básicos a la sociedad. Los estudios antropológicos sobre mercados de abastos peruanos han identificado que suelen ser espacios con una mayoría de vendedoras mujeres (Weismantel, 2017; Babb, 2019). Lo cual resulta interesante para el marco de literatura que se plantea alrededor de los mercados tradicionales en Perú.

En su trabajo sobre Chitapampa en Cusco, Marisol de la Cadena (1992) presta atención a cómo las mujeres son percibidas como “más indias” desde el discurso local de género. En su estudio encuentra que las labores que ejercen las mujeres no son entendidas como trabajo. Por ejemplo, su dedicación al comercio minorista no es valorada como un trabajo, para la comunidad esta inserción de las mujeres en la cultura urbana es comprendida como una actividad mercantil femenina “fácil”. De la Cadena describe cómo se insertan las mujeres en la ciudad en la venta de vegetales, pero al no ser una práctica realizada por hombres tiende a ser devaluada. Más tarde, Weismantel (2017), recaptura lo planteado por De la Cadena para incluir en su estudio la imagen que se crea sobre las vendedoras del mercado, que se sostiene de estereotipos étnico raciales y de género para menospreciar su trabajo:

La expresión chola racializa a las vendedoras de frutas y verduras, desviando la atención de su ocupación a sus cuerpos, que sexualiza con el fin de degradar. Como cholas, las mujeres del mercado se convierten en blanco de chistes morbosos — y blanco de agresión sexual—. (Weismantel, 2017, p.32)

Weismantel (2017) es una antropóloga social que se especializa los estudios de indigenidad en los andes de América Latina. Uno de sus estudios más importantes titula “Cholas y Pistachos: Relatos de Raza y Sexo en los Andes” donde explora el personaje que se crea de la “chola” en los mercados de Perú, Ecuador y Bolivia. Su investigación y presencia en los andes data desde 1982 y se concentra en el trabajo de campo entre los 80's y 90's, cabe recalcar que su libro fue publicado en 2001 en inglés y es recién en 2017 cuando se realiza la traducción al español. La autora trabaja el tema sobre la feminidad y el espacio público que representa el mercado, en relación

a la presencia que tienen las mujeres del comercio de frutas y verduras, y lo entrelaza con la movilidad en relación a la clase y etnicidad (p.102). Weismantel plantea que el mercado andino tiene una sexualización femenina y se configura como un espacio complejo para explorar las relaciones de género y clase. De esta forma, resalta investigaciones como la de Shukman (1989) en Bolivia, donde se reconoce a los mercados como 'sociedades matriarcales de cholitas' y se proponen observaciones interesantes, como por ejemplo: "En los mercados de fruta y verduras son los hombres blancos acomodados quienes se sienten marginales" (Shukman, 1989 en Weismantel, 2017, p.111). Sus hallazgos son reveladores para explorar sobre la construcción del espacio y las interacciones en el mercado.

En sus textos, se destaca cómo el comercio minorista permite a las mujeres crear una fuente de ingresos y les brinda cierta independencia (Seligmann, 2015; Babb 2019; Irons 2022). Además de representar un ingreso económico, por sus dinámicas y espacio les permite socializar. Así lo desarrolla al mencionar: "las coloca dentro de una colectividad de otras mujeres que está muy organizada en los mercados centrales. Hasta cierto punto esta posición les permite emitir un juicio colectivo sobre lo que sucede en el ámbito doméstico e incluso, invertir" (Weismantel, 2017, p.114). En este sentido, resalta como su trabajo en el comercio puede brindar ventajas y oportunidades para las mujeres desde la construcción de colectividades y amistades.

El análisis que realiza Weismantel (2017) sobre la raza y etnia, resulta crítico ante otros estudios que se han centrado en comprender estas categorías desde la percepción de estática y ajena a la agencia de las vendedoras. La autora sostiene:

El ambiente es el de un teatro, no de un museo o un laboratorio, y es en las teorías de la actuación, no en las tipologías raciales ni en los catálogos de tipos étnicos, donde voy a encontrar la manera de interpretar el lenguaje, la ropa y los gestos que se encuentran allí. (Weismantel, 2017, p.165)

De esta forma, se pone atención el carácter performativo y maleable de las identidades étnicas y raciales. En una línea similar, los estudios de Seligmann (2015) en los mercados de Cusco colocan estos espacios desde su complejidad y papel central de las mujeres. El interés de Seligmann por los mercados remonta al año 1974 con su investigación en Cusco, lo cual ha marcado un inicio para una serie de publicaciones sobre los mercados desde una metodología longitudinal por más de 25 años (Seligmann, 2000, p.8). La autora afirma que los mercados de abastos deben

ser entendidos como espacios complejos, que cargan con historia y son transformados de acuerdo a los usos e interpretaciones de las personas. Seligmann (2015) reconoce la dificultad de describir a las vendedoras del mercado respecto a las categorías de raza y etnicidad, como respuesta reflexiona sobre el peligro de definir estos aspectos como meras tipologías. Sobre ello expresa:

Las mujeres de los mercados tienen la reputación de ser sexualmente promiscuas, agresivas y provocadoras sociales. Aunque a veces se presentan a sí mismas desafiando deliberadamente el comportamiento apropiado, muchos investigadores han mostrado como estas percepciones se derivan directamente de fenómenos vinculados con la discriminación racial y de clase. (Seligmann, 2015, p.36)

Desde lo teórico se ha abordado a los mercados como espacios políticos y se ha estudiado las dinámicas de los mercados en cuanto al género y etnia (Seligmann, 2000, p.3). Desde el balance de la investigadora, los estudiosos no han teorizado mucho sobre la construcción social de los mercados andinos, sino en sus características como circuitos de comercio, relaciones urbano-rurales y las económicas formales e informales (p.4). Sobre las vendedoras del mercado, Seligmann señala que “las mujeres del mercado trabajan para ganarse la vida, pero también trabajan para socializar y escapar de las pésimas condiciones de sus casas” (2000, traducción propia, p.31). La autora destaca que a pesar de las limitaciones del trabajo en comercio, esta labor les permite participar en actividades de intercambio y sindicales, manteniéndose activas y visibles en la esfera pública (Seligmann, 2015, p.145).

También es fundamental exponer los aportes de Florence Babb (2019) sobre los mercados y el enfoque feminista decolonial. Babb es una antropóloga distinguida por sus estudios de género en los andes peruanos, sus investigaciones más conocidas son sobre Vicos (1976) del Proyecto Perú Cornell. En una recopilación de sus escritos titulada “El lugar de las mujeres andinas” publicada en 2019, se presenta un balance de los aportes de la autora desde su presencia desde la década de 1970. Babb (2019) sostiene que el trabajo de las vendedoras del mercado y ambulantes debe ser estudiado desde su importancia a las economías locales y nacionales. Además, manifiesta que desde la revisión de trabajos sobre el mercado se ha prestado mucha atención a la mirada folclórica y la práctica del chismoseo entre vendedoras; señala que es desde 1980 que la academia ha colocado su mirada en las estrategias

domésticas y económicas (p.141). Para entender el trabajo de las vendedoras del mercado en Huaraz, Florence Babb problematiza el marco conceptual de producción/reproducción como una herramienta analítica para explicar la condición socioeconómica de las mujeres (Babb, 2019, p.176). Los términos son rescatados de otros autores que han prestado atención a las actividades reproductivas que asumen las mujeres como: reproductoras biológicas de niños y niñas, reproductoras sociales de la fuerza de trabajo, como reproductoras de la sociedad. Las mujeres, socialmente asignadas, realizan actividades que mantienen a la sociedad, como el cuidado y crianza, quitando ese peso de los hombres con más posibilidades y tiempo para dedicarse a actividades productivas (Babb, 2019, p.176). La autora cuestiona dichos marcos teóricos para comprender el trabajo de las vendedoras del mercado, ya que puede llegar a invisibilizar la complejidad de roles que realizan las comerciantes del mercado para sostener sus negocios y esferas familiares. De esta forma Babb (2019) señala:

Parece más fructífero ver las actividades productivas y reproductivas como integradas en la sociedad antes que divididas en función al sexo. Al igual que otras formas de pensamiento dualista, la dicotomía producción/reproducción puede ocultar la interconexión existente entre los procesos sociales (Babb, 2019, pp.184-185)

Respecto a estudios más recientes, se debe destacar algunos hallazgos del estudio de T. Rodríguez (2015) sobre experiencias de vejez en el mercado de Villa Milpa, México. Desde un enfoque sociológico, la autora explora sobre las experiencias de adultas mayores ambulantes alrededor del mercado de Villa Milpa Alpa, entre sus conclusiones señala la importancia de las redes familiares para las comerciantes, además de llamar la atención sobre condiciones precarias que las vulneran. En los últimos años, uno de los temas que se ha investigado en relación a los mercados de abastos han sido las restricciones por la pandemia de COVID-19. Como se evidencia en el estudio de Irons (2022) sobre los mercados de abastos peruanos, higiene, indigenismo post colonial y las restricciones de cuarentena por género. En una línea parecida, el estudio de Gamarra y Lazo (2021) explora las actividades de vendedoras de hierbas medicinales en el Mercado de San Pedro, Cusco, concluyendo que cumplieron un rol importante al proporcionar remedios para diferentes enfermedades ante la saturación de servicios de salud, así mismo aumentaron sus servicios de pagos a la tierra y elaboración de hierbas para purificar el aire.

En este sentido también es importante comprender el panorama del comercio ambulante y minorista en Lima. El estudio de los mercados populares o mercados de abastos no son un tema ajeno a la realidad de Lima metropolitana. La investigadora Filgueiras (2009) ya había dado un alcance sobre estos espacios desde enfoques históricos, sociológicos y antropológicos, describiendo y analizando su centralidad en la urbe desde las relaciones que se dan en el comercio y con el espacio. La autora decide alejarse de los estudios que solo prestan atención al comercio ambulatorio y a los mercados desde la marginalidad, la informalidad y el gran debate de modernización que parece rodearlos. Por el contrario, busca valorizar y visibilizar estos espacios de comercio desde las trayectorias que reflejan los cambios y continuidades en Lima (Filgueiras, 2009, p.55). A pesar de las tendencias que hay hacia el consumo en supermercados, sostiene que los mercados populares y el comercio minorista de las calles seguirán siendo una necesidad para la ciudad limeña. Por ello concluye que: “En Lima, los mercados no son reliquias, son parte del paisaje y del cotidiano, pieza fundamental en el abastecimiento de gran parte de la población, retrato de la ciudad misma, vista desde sus prácticas comerciales” (Filgueiras, 2009, p.57). En el libro de Ximena Bunster y Elsa Chaney (1989) sobre el trabajo de mujeres en Lima, se narra cómo las opciones para muchas migrantes se limitan a los labores de comercio y servicio. La autora narra el recorrido de Maria, una vendedora ambulante en Lima, quien se moviliza por la capital junto a su hija para vender papas en un mercado en San Juan de Miraflores. El caso representa la trayectoria de varias mujeres que optan por vender como un trabajo flexible que les permite cuidar a sus hijos y dedicarse al comercio al mismo tiempo.

Los estudios antropológicos de los mercados y comercio minorista plantean cuestiones llamativas sobre las dinámicas de migración y movilización, así como las diferentes relaciones entre las comerciantes y sus ciudades. En este sentido, el escenario social y económico del mercado brinda una oportunidad para analizar las experiencias de envejecimiento desde nuevas complejidades. Además, el tema debe ser estudiado desde sus particularidades, ya que, como mencionan las autoras, las experiencias de las comerciantes dentro del mercado están marcadas por sus raíces étnicas, especialmente considerando que muchos de los mercados de Lima están conformados por migrantes andinos.

1.2.4. Balance del Estado de la Cuestión

La revisión de la literatura presentada permite entender la complejidad del tema dentro de las ciencias sociales, con énfasis en las contribuciones de la antropología. Los apartados han sido destinados a sintetizar los aportes conceptuales desde las teorías de la vejez y la edad, para luego contar los hallazgos de los estudios que se han realizado sobre envejecimiento en el Perú. Así mismo, en diálogo con el problema de investigación, se presentaron las principales líneas de análisis que se han abarcado desde el tema de género y cuerpo sobre la vejez. Por último, y no menos importante, se presta atención al espacio del mercado y el comercio minorista desde el aporte de estudios antropológicos. Ello permite comprender de mejor manera el escenario y el lugar que ocupan las mujeres comerciantes en estos espacios.

En recapitulación, el estudio de las vejezes es un tema complejo que merece más atención desde la antropología y métodos etnográficos, para comprender su diversidad y acercarnos a procesos que suelen ser invisibilizados. En los estudios clásicos de la antropología, primero se posiciona a los ancianos desde el privilegio, como informantes clave. Pero solo algunos ancianos, lo que puede estar marcado por género, clase y etnia; así como edad. También se identifica que la literatura desde el lado más teórico es publicada en inglés, lo cual puede indicar la predominancia de estudios de envejecimiento desde investigadores anglosajones. Se debe resaltar este detalle en conexión con la necesidad de estudiar la vejez desde diferentes marcos socioculturales. Desde las investigaciones centradas en las adultas mayores, hay muy pocos estudios que resaltan sus capacidades de agencia y aspiraciones.

Desde la antropología peruana hay avances en la investigación etnográfica de las vejezes, pero siguen representando la minoría en comparación con otras edades como la infancia y adolescencia. Se puede identificar que hay un vacío en torno a la relación de las mujeres mayores con el trabajo, tanto el asalariado como el de cuidados. En este contexto, estudiar los mercados desde las dinámicas de cambio de negocios que son heredados por familias, la dinámicas de los puestos y los nuevos formatos de comercio y pagos representa una oportunidad para explorar las historias de adultas mayores. Asimismo, hace falta una profundización desde miradas etnográficas sobre los mercados urbanos y los cambios que enfrentan en la actualidad

como espacios complejos. Teniendo en cuenta que los estudios sobre el mercado señalan la predominancia de un espacio feminizado a lo largo de los años, vale la pena preguntar cómo ha pasado el tiempo por las vendedoras y cuáles son sus historias. Además, de cómo se configura su experiencia de envejecimiento y los significados que le otorgan.

De acuerdo a lo estudiado por otras autoras el envejecimiento femenino se configura de manera particular, presentando condiciones que las puede poner en posiciones de vulnerabilidad, como también vivencias que se pueden explorar y visibilizar. Es así que, la siguiente investigación busca sumarse a las etnografías sobre vejez y poner énfasis desde un enfoque antropológico en las experiencias corporales de mujeres adultas mayores que trabajan para comprender los cambios físicos y sociales y cómo los interpretan.

1.3. Marco teórico

La presente investigación busca explorar las narrativas y experiencias de envejecimiento desde los relatos de las comerciantes adultas mayores en el mercado de Magdalena del Mar. Por ello, se plantean las preguntas alrededor de cómo se percibe el paso del tiempo y los significados que se asignan socialmente, así como en los significados del trabajo de comercio para las adultas mayores. Para responder las preguntas planteadas en la investigación se utilizarán cinco enfoques teóricos que permiten una aproximación al estudio del envejecimiento femenino. En diálogo con lo expuesto en la revisión de literatura, el primer acercamiento conceptual es desde la teoría del ciclo de vida desarrollada por Osorio (2006). Desde esa perspectiva, la vejez se estudiará junto a un enfoque biográfico, sin dejar de prestar atención a los factores estructurales que acompañan las experiencias de las mujeres. Un segundo enfoque que acompaña toda la investigación es la teoría de género interseccional, desde la cual se busca visibilizar las diferentes dinámicas u opresiones que configuran las experiencias de las adultas mayores. Con el fin de comprender los cambios corporales y sociales del proceso de envejecimiento desde las interpretaciones y desde el cuerpo como un sujeto, se toma en cuenta el enfoque fenomenológico, especialmente en lo que corresponde a la teoría del cuerpo. El cuarto enfoque es acerca de los capitales y formas de agencia teorizados desde Bourdieu (1986) y recoge aportes de otros

estudios en relación a la vejez, para comprender cómo las adultas mayores construyen redes sociales. Por último, se presta atención al lugar que representa el mercado, para analizarlo desde la construcción de espacios relacionales de cuidado y agencia.

1.3.1. Ciclo y trayectorias de vida

Para la presente investigación sobre experiencias y significados de adultas mayores, me acercaré al término de vejez desde su comprensión como una construcción social, ya antes planteado por Feixa (1996). Recorro a la aproximación teórica de Osorio (2006) sobre la re-conceptualización de la vejez y la teoría del ciclo de vida. La autora explica el envejecimiento no solo como una etapa de la vida, sino resalta su carácter dinámico y heterogéneo; considerando el contexto socio histórico y cultural, como las experiencias individuales y colectivas como parte del proceso de envejecimiento (pp.2-6). Osorio (2006) sostiene que: “Envejecemos de acuerdo a cómo hemos vivido, nos hacemos viejos y viejas, en el sentido de “hacerse a sí mismo” a lo largo de la vida” (p.1). Por ello se busca entender las experiencias en el paso del tiempo y de acuerdo a su trayectoria de vida. Sin limitar el envejecimiento a una cuestión cronológica, sino a una realidad social y experimental. De esta forma, se busca preguntar sobre los significados y experiencias en torno a la vejez; a los cambios por la edad, desde como ellas lo sienten, clasifican y comunican. Desde sus relatos de vida, se busca explorar cómo entienden los dolores del cuerpo o cómo ha cambiado su negocio de acuerdo a las actividades que requieren hacer en su día a día. Además, se procura prestar atención a los sentimientos que despliegan afirmaciones como “me siento joven” para analizar su repercusión en sus actividades, labores y formas de vivir los cambios (del Valle, 2002, p.56). Así, se toma en cuenta su accionar de acuerdo a cómo se perciben a sí mismas

Las trayectorias de vida ocupan un lugar central en el estudio para analizar las experiencias de envejecimiento de las adultas mayores. Sobre ello, Monica Ramos Toro (2018) sostiene que la manera de plantear las vejeces se conecta directamente con el contexto, brindando herramientas para analizar el proceso de forma colectiva, en una sociedad y prácticas culturales que también envejecen, sin perder la particularidad de cada experiencia personal. La atención en las trayectorias conducen

a los espacios y lugares con los que se relacionan las comerciantes y con parte de su percepción del tiempo.

1.3.2. Enfoque de género interseccional

Como sostiene Lamas, el género son las prácticas, representaciones y roles sociales que se dan entre personas a partir de la simbolización de diferenciación anatómica (2000, p.2). Desde una clasificación binaria se definen características exclusivas de cada género en función al sexo. Desde lo planteado por Butler (1998), el género se construye en base a las acciones que el individuo realiza, siendo una identidad que se construye en la interacción y la constante repetición. Como señala la autora, los géneros no pueden ser calificados como verdaderos o falsos, no hay una identidad preexistente; en cambio, el género es construido desde su constante accionar (Butler, 1998, p.310). Teniendo en cuenta el contexto, lo femenino y masculino se producen a través de políticas sociales que controlan y castigan los comportamientos; así como la práctica de los grupos e individuos. Butler (1998) recalca que son significados que vamos adquiriendo, por ello, considerando la agencia del cuerpo es posible innovar y desafiar. Comprender la centralidad del género para el estudio de la edad es esencial para analizar las trayectorias de las comerciantes como experiencias generizadas; asimismo permite prestar atención a los preceptos y comportamientos que se esperan sobre ellas como adultas mayores. Por ejemplo, resulta útil para comprender desde la economía feminista (C. Rodríguez, 2015) la distribución y desvalorización del trabajo doméstico.

Mara Viveros (2016) hace un balance sobre la perspectiva de la interseccionalidad, la que será abordada en la presente investigación. Ello sirve para resaltar la multiplicidad de experiencias y procesos que pueden intervenir en la forma de entender y vivir la vejez. Así, nos permite comprender a las mujeres desde su labor comercial, situación migratoria y género, además de su edad. Viveros anticipa que el uso de la perspectiva de interseccionalidad es complejo. Esta hace referencia a cómo se construyen y articulan las distintas categorías de diferencia y sistemas de opresión, como el género, la raza, la clase social, entre otros. Para esta investigación es interesante traer la perspectiva interseccional del género para entender los distintos ejes de la desigualdad social que pueden diferenciar las experiencias durante la vejez.

Considerando categorías de raza, género, posición económica y clase, Viveros también señala que la interseccionalidad debe ser cuestionada constantemente, para que no sea una categoría rígida y pueda abrir una interpretación dependiendo de la relación social que se presente situacionalmente. Como menciona Viveros: “esta posición de sujeto no es anterior a las relaciones sociales que la constituyeron como tal y que, por lo tanto, no le pertenece esencialmente a ningún grupo (Bereni et al., 2008, en: Viveros, 2016, p.14). Es decir, la categoría de edad y todo lo que implica el envejecimiento no es lo único que define la posición social y las experiencias de las mujeres que son parte de este estudio. La perspectiva de interseccionalidad, además de brindarme un conocimiento más complejo sobre la vejez, también me brinda una mirada hacia las desigualdades a través de las cuales ciertos aspectos que son parte de la biografía de las personas configuran su acercamiento hacia sus procesos de envejecimiento.

La perspectiva de género interseccional permite tener una aproximación a la trayectoria de estas mujeres comerciantes del mercado, entender cómo el género y las distintas formas de diferencia y desigualdad que enfrentan las mujeres, influyen en su vejez. Las cuestiones de género e identidad étnica son centrales en gran parte de la investigación acerca de las mujeres comerciantes. Las comerciantes siguen una ruta de migración y de empleo que muchas otras mujeres siguieron en las movilizaciones del ámbito rural al urbano, teniendo una inserción en rubros como el trabajo doméstico asalariado y no remunerado.

1.3.3. Teoría del cuerpo desde el enfoque fenomenológico

La teoría del cuerpo ayuda a posicionar el cuerpo como un eje central para comprender las experiencias y significados de las adultas mayores comerciantes en torno al proceso de envejecimiento. Primero para entender su trabajo como comerciantes desde el sentido corporal y así también comprender cómo lo relacionan con un cuerpo que pasa por una serie de cambios a lo largo de sus trayectorias. Es así que, se entiende el envejecer, físico y social, desde el término de “embodiment” o encarnación, que consiste en que toda experiencia humana es una experiencia social corporizada (Csordas, 1990). Desde la teoría feminista, Esteban (2004) afirma que nuestra relación con el mundo es con y mediante el cuerpo. El concepto hace alusión

a cómo lo social se inscribe en el cuerpo, siendo esencial “subrayar su dimensión potencial, intencional, intersubjetiva, activa y relacional” (Esteban, 2004, p.21).

Para una mejor comprensión del cuerpo se recurre al cuerpo propuesto desde el enfoque fenomenológico (Csordas, 1990; Merleau-Ponty, 1993 [1945]). Merleau-Ponty (1993 [1945]) se aleja de la concepción del cuerpo como un ‘objeto’ para posicionarlo como ‘sujeto’ y separarse de dualismos empiristas que separan el cuerpo de la mente. Por ello, recalca el estudio de la experiencia del cuerpo en el mundo y la conciencia del cuerpo en el reflejo de su existencia social (en Csordas, 1990, p.10). Desde una perspectiva crítica a sus antecesores, Csordas (1990) descarta la idea de que la percepción es mental, por lo tanto subjetiva, y la práctica es conductual, objetiva. Desde su paradigma, reivindica el estudio de la percepción desde el cuerpo como sujeto de experiencia del mundo (p.36). De esta manera, el cuerpo debe posicionarse como un tema relevante para el análisis de la cultura y el yo. Este marco conceptual, en relación al cuerpo en el estudio del envejecimiento, permite aproximarse a las trayectorias de las mujeres desde la experiencia corporal en su trabajo, actividades y vida. Se busca comprender, en este sentido, los cambios en el cuerpo desde la práctica y percepción de las narrativas de las adultas mayores comerciantes. En una misma línea, el concepto también se extiende para comprender su experiencia corporizada desde cómo son percibidas por otros sujetos y objetos. Es decir, se subraya la dimensión dinámica y relacional del estudio del cuerpo desde la fenomenología, para explorar cómo otros cuerpos (sujetos y objetos) y el mundo, interactúan y construyen la vejez de las adultas mayores.

Con el fin de analizar las experiencias respecto a los cambios del cuerpo, interpretadas y experimentadas por las adultas mayores, se recurre al estudio de Byron Good (2003) sobre el dolor crónico. El autor realiza un aporte relevante para entender el proceso de la enfermedad, sostiene que está experimentada en el cuerpo y en el mundo social, sin ser considerados mundos separados. Así lo afirma al decir:

La enfermedad no sólo se produce en el cuerpo — sino — en el sentido de un orden ontológico en la gran cadena del ser — sino en el tiempo, en un ámbito, en la historia y en el contexto de la experiencia vivida y del mundo social. (Good, 2003, p.245)

De esta manera, los cambios corporales identificados por las comerciantes, asociados a la edad o a la enfermedad, serán examinados a la luz de la transformación

de sus mundos, entornos cotidianos y relaciones sociales. Dar sentido a los cambios por la edad, físicos y sociales, nos inserta en la interacción entre narrativas biomédicas y culturales. Para ello, se emplea el concepto de “biologías locales” propuesto por Lock (1993) en su estudio sobre la menopausia. Su investigación y concepto, plantea la importancia de comprender los cambios biológicos, no como transformaciones biológicas invariables, sino como cambios interpretados y experimentados en el diálogo de dimensiones culturales, sociales y biomédicas (Lock y Kaufert, 2001, p.503). Ello nos proporciona un marco complejo para estudiar la experiencia y percepción de las adultas mayores sobre los dolores del cuerpo y la enfermedad.

Es de suma importancia recalcar, que un factor que configura toda la experiencia serán las condiciones en las que se vive la vejez. Es así que el envejecimiento no solo está en la cultura, sino que, los cuerpos experimentan los contextos socioeconómicos y sistemas estructurales. No hay que dejar de prestar atención a las condiciones concretas de desigualdades sistemáticas, donde el cuerpo está situado, para comprender las experiencias corporales. De esta forma, este marco conceptual permite conocer el envejecimiento como un hecho corporal y su importancia para entender la experiencia desde el género. Ello posibilita el estudio de la unión entre el cuerpo y el género para comprender el envejecimiento femenino.

1.3.4. Capitales y formas de agencia

El cuarto enfoque del marco teórico está destinado a explorar las formas de agencia y capitales que pueden tener las adultas mayores del mercado para negociar los cambios por edad dentro de sus relaciones sociales, actividades laborales y rutinas cotidianas. Para ello, se hará uso del concepto de capital social y formas de capital planteado por Bourdieu (1986), así como hallazgos del estudio de Rutagumirwa & Bailey (2017) sobre adultas mayores de Tanzania y sus percepciones sobre sus cuerpos, envejecimiento y feminidad. Mi objetivo es buscar herramientas conceptuales para analizar las respuestas y prácticas de las adultas mayores comerciantes frente a los cambios asociados al envejecimiento, ello dentro de sus rutinas laborales como en otros aspectos de su vida.

Las definiciones de formas de capital son desarrolladas por Bourdieu (1986) para explicar cómo los individuos y grupos acumulan, se apropian, interiorizan e

incorporan diferentes manifestaciones de capital. El sociólogo francés sostiene que el capital debe ser comprendido desde sus distintas manifestaciones en el espacio social y no solo desde su valor como dinero dentro del cálculo económico y cuantificable (p.131-134). Bourdieu (1986) presenta tres formas fundamentales de capital: primero el 'capital económico', expresado en dinero y derechos de propiedad; luego el 'capital cultural' anclado a los méritos sociales, académicos y habilidades que una persona puede adquirir o heredar; y que también se puede convertir en "capital simbólico" al adquirir un valor especial dentro de la sociedad; y por último el capital social vinculado a las relaciones sociales (p.135). Con el fin de responder a las preguntas de investigación planteadas, se hará uso del término de capital social para comprender las relaciones que se construyen y mantienen dentro de las vidas de las adultas mayores comerciantes en el mercado. A raíz de ello, se explicará un poco más a que se refiere Bourdieu (1986) con capital social. En su definición el autor expresa que: "El capital social está constituido por la totalidad de los recursos potenciales o actuales asociados a la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de conocimiento y reconocimiento mutuo" (Bourdieu, 1986, p.148). El peso del concepto recae en la centralidad que tienen las redes sociales, en el sentido de conexiones, como una forma de capital. De esta forma los vínculos que las personas construyen a lo largo de sus vidas y las relaciones que mantienen en la cotidianidad se convierten en fuentes importantes de apoyo y/o reconocimiento. Es así que el capital social se plantea como el producto de estrategias, conscientes o inconscientes, orientadas a establecer y mantener relaciones sociales que ofrezcan un beneficio posterior o inmediato (p.151). Bourdieu (1986) recalca que el capital social no es independiente del resto de capitales, como el económico y cultural; sino está inmerso en las interacciones sociales y puede transformarse en otro tipo de capital. Las formas de capital, en especial el capital social, son herramientas útiles para comprender cómo las adultas mayores construyen sus redes sociales y los recursos que manejan para sostener sus familias, responder ante los cambios de edad por el proceso de envejecimiento.

Estudios previos que han vinculado el papel del capital social y la vejez son fructíferos para explorar las experiencias de adultas mayores comerciantes en el mercado. Por ello, recorro al estudio de Rutagumirwa & Bailey (2017) que da un marco

de análisis sobre cómo adultas mayores de una comunidad rural en Tanzania dan sentido al envejecimiento de sus cuerpos en relación a ideales de feminidad. Aunque el contexto de estudio difiere al de las adultas mayores comerciantes del mercado en Lima, hay puntos de encuentro respecto al trabajo, relaciones sociales y el cuerpo que son enriquecedores para aproximarse a la presente investigación. Las autoras hacen uso de lo abordado por Bourdieu (1986) para exponer que para las mujeres mayores en zonas rurales la habilidad de su cuerpo para trabajar es fuente importante de capital económico y social. Este “capital corporal” sería fundamental tanto para sostener una identidad femenina (vinculada al trabajo doméstico) como para proveer seguridad económica para sus familias (Rutigumirwa y Bailey, 2017, p.5). En este sentido, el cuerpo ocupa una posición crucial y a la vez vulnerable dentro de sus trayectorias ya que las mujeres hacen referencia a un deterioro y disminución de fuerza con el paso del tiempo (p.7). Por otro lado, Rutigumirwa y Bailey (2017) sostienen que hay otras esferas que brindan alivio y seguridad a las adultas mayores y también se configuran como formas de capital. Parte de sus hallazgos apuntan a que las hijas, nietos mayores, nueras y esposos configuran una red de soporte que brindan alivio respecto a las actividades que requieren esfuerzo físico para las mujeres adultas. Se concluye que el capital social juega un rol importante en la manera en la que las mujeres perciben sus cuerpos envejecidos y roles femeninos en sus hogares y familias (p.6). La disponibilidad que representan sus redes de apoyo les indica a las mujeres mayores que son respetadas y han creado vínculos fuertes.

Es en ese sentido, que el ‘capital social’ se convierte en un instrumento útil para explorar las formas de agencia que pueden tener las adultas mayores dentro de sus redes sociales y dentro del mercado. Sobre las relaciones laborales, e incluso de parentesco, Bourdieu (1986) sostiene que se convierten en relaciones elegidas y necesarias para generar capital social, el cual requerirá tiempo, así como obligaciones (p.152). Por ello, es interesante reconocer cómo se pueden hacer uso de las conexiones sociales o experiencia para manifestar su poder en ciertas esferas. En síntesis, este marco conceptual explora la posibilidad que tienen las mujeres mayores para hacer uso de sus experiencia y posición, como su capital social, para recompensar la pérdida de otros capitales, como el corporal.

1.3.5. Espacialidad y construcción de lugar

Por último, con el propósito de brindar un marco teórico para comprender la vejez de forma situada y en experiencia con el entorno espacial y social, se utilizan aportes de la antropología urbana y del cuidado. Desde la antropología urbana el estudio del espacio ha sido una interrogante que ha acompañado a las investigaciones de forma constante. Los aportes de Lefebvre (2013 [1974]) y Cresswell (2004) se acercan al estudio de la urbe desde una perspectiva fenomenológica para desarrollar sobre la construcción de lugares. Desde este enfoque se busca estudiar el espacio desde su proceso de significación y simbolización, así como las maneras de apropiación del espacio.

Para el sociólogo francés Lefebvre el concepto de espacio social es producido, en primera instancia por las relaciones sociales, las cuales están vinculadas a relaciones de propiedad y así a las fuerzas productivas. Identifica el carácter polivalente del espacio, como un producto con el que se relaciona y un medio de relaciones (Lefebvre, 2013, p.141). El espacio social de Lefebvre, busca poner énfasis en las relaciones sociales que lo moldean y son moldeadas por él. Es así que, se entiende el mercado como un espacio estructurado por relaciones económicas, políticas y culturales que organizan la vida social. El espacio es experimentado y percibido según experiencias individuales y colectivas que remiten a clasificaciones sociales de género, clase, edad y etnicidad. Desde el aporte de Cresswell (2004) sobre los diferentes significados y definiciones que se han hecho sobre “lugar” se resumen los aportes en tres principales dimensiones, que pueden superponerse en algunos casos: primero identifica la aproximación descriptiva del lugar. Luego, describe la forma de aproximación del lugar como una construcción social, influenciado por corrientes marxistas, feministas y posestructuralistas, que busca poner atención a las condiciones estructurales como procesos sociales y condiciones de clase, género y raza. Por último, agrupa los estudios que se centran en analizar el lugar desde la aproximación fenomenológica, que se interesa en definir los lugares desde la existencia humana y la práctica. (Cresswell, 2004, p.51). La percepción, en este sentido, sería un recurso que permite el conocimiento del lugar, en diálogo con la perspectiva fenomenológica del cuerpo. También es importante prestar atención a cómo se construyen las trayectorias de las comerciantes en el lugar: el mercado.

Como sus discursos y narrativas están interconectadas entre el espacio y las prácticas sociales que se dan en él. Así se presta atención a cómo construyen y se apropian de sus puestos para acomodarlos a sus necesidades, como también negocian su presencia con el mercado como un lugar público.

Una propuesta colectiva por Jirón Martínez, Solar-Ortega, Rubio Rubio, Cortés Morales, Cid Aguayo y Carrasco Montagna sobre las dimensiones de la espacialidad del cuidado en ciudades chilenas se problematiza en torno al enfoque de la movilidad y se ubica la ciudad como esencial para las prácticas cotidianas de cuidado (2022, p.207). Las autoras sostienen que la mirada desde las dimensiones espaciales del cuidado tiene implicancias políticas, metodológicas y teóricas. La contribución de este estudio se concentra en proporcionar una perspectiva fluida y performática al estudio de los espacios y movilidades. Su enfoque en el cuidado, también relaciona la labor desde el género e interseccional, que permite comprender la construcción de lugares desde las particularidades de los sujetos. Así sostienen que: “Los espacios relacionales enfatizan la interdependencia entre quienes los habitan, sus cuerpos, objetos, prácticas y materialidades” (Jirón Martínez et al, 2022, p.203). De esta forma, estos conceptos se condensan para analizar cómo la vejez se puede situar en el mercado, y como el mercado y sus puestos pueden convertirse en espacios de cuidado. Estas herramientas teóricas son de suma importancia para comprender el potencial que tiene el mercado como un lugar para las vejeces. Explorar desde las prácticas sociales el espacio ayuda a comprender la agencia que tienen las comerciantes con puestos independientes para construir espacios para vivir y socializar.

1.4. Aproximación metodológica

Para explorar los significados y experiencias de las adultas mayores comerciantes del mercado sobre el envejecimiento se empleó una metodología cualitativa con enfoque etnográfico. Se realizó un trabajo de campo de 8 semanas durante los meses de agosto, septiembre y octubre del año 2023 y se delimitó el trabajo con comerciantes de los rubros de frutas, verduras y condimentos que se encontrarán en puesto dentro del mercado. Con el objetivo de profundizar sobre el proceso de envejecimiento desde los cambios corporales y sociales se puso énfasis

en capturar las percepciones, interpretaciones y sentimientos desde las trayectorias de las mujeres. La aproximación antropológica brinda la oportunidad de ahondar y reflexionar junto a las participantes sobre las narrativas y prácticas que se construyen sobre la vejez. De forma complementaria se realizaron observaciones de pre- campo durante los meses previos para conocer el lugar y las dinámicas del mercado de Magdalena del Mar.

El siguiente apartado está destinado a brindar un panorama del trabajo de campo y las estrategias metodológicas empleadas. En primer lugar, se hace una explicación de la delimitación del campo, para luego dar a conocer el perfil de las 5 participantes. Luego, se expone el diseño e implementación de la metodología, detallando las técnicas y métodos utilizados. Al final, se brinda un balance de campo donde se comparten las reflexiones y dificultades que se experimentaron a lo largo de la investigación.

1.4.1. Delimitación de campo

La decisión de trabajar sobre el mercado de Magdalena surgió a partir de observaciones previas del espacio. Se sabía que era un Mercado antiguo en la ciudad de Lima y que la zona albergaba un punto de comercio importante para los distritos aledaños. En ocasiones previas había paseado por el mercado como cliente al comprar verduras y frutas. Durante los meses anteriores al trabajo de campo se exploró en otros mercados de Lima ya que cada distrito suele tener por lo menos un mercado que reúne varios tipos de comercio de alimentos, menús, abarrotes y vestimenta. El mercado de Magdalena resultó ser un espacio complejo debido a la antigüedad que tenía y las modificaciones por las cuales había pasado a través de los años. Además del mercado central de Magdalena, que lleva por nombre “Magdalena Plaza”, que abarca toda una cuadra, en las calles aledañas hay otros mercados más pequeños. Estos son espacios que congregan varios tipos de comercio, frutas, verduras, hierbas, pollo, carne, abarrotes, quesos y jugos. Fue interesante observar que había locales exclusivos de frutas o verduras por las calles que rodean al mercado. El mercado parecía expandirse por las cuadras cercanas, teniendo como ventaja que una de las calles cercanas era un camino peatonal. En dicha calle, llamada Boulevard de Magdalena, se congregan mercados pequeños y puestos de

comercio diverso, como tiendas de ropa, de plásticos, puestos de comida, galerías y bancos. Como se observa en la Figura 1, en un mapa de la zona se señala en líneas rojas los mercados y puestos de verduras y frutas por las calles aledañas. Es así que el mercado se expande y da lugar a un área de comercio muy rica.

Figura 1
Mapa del sector del mercado de Magdalena



Fuente propia: Captura de pantalla propia obtenida de Apple Maps (Apple Inc, 2023), intervenida por la autora.

Más tarde, durante mi trabajo de campo me enteraría que la razón de esta “expansión” se dio hace unos 20 o 25 años cuando un alcalde prohibió la venta ambulatoria en la zona. Antes, afuera del mercado central de Magdalena se concentraba una gran cantidad de ambulantes y ante la prohibición, varios se

organizaron para alquilar o comprar espacios cercanos para tener sus puestos dentro de instalaciones sin irse de la zona. Ello hizo que en los alrededores se formarían nuevos mercados y se diera espacio para el comercio de alimentos como otros productos de ropa y plásticos. Es importante resaltar que se está entendiendo por “el mercado” tanto al local central que abarca una manzana entera como a las calles aledañas, en las cuales se han instalado mercados más pequeños y puestos de venta y aún se consideran dentro del perímetro de lo que es conocido como el mercado de Magdalena.

Dentro de Lima oeste, el mercado de Magdalena del Mar comenzó sus funciones en 1936, y ha sido parte de varios cambios a lo largo de los años. Una breve revisión de las investigaciones sobre el mercado de Magdalena nos da a conocer el predominio del enfoque arquitectónico en sus estudios. Con varios trabajos de tesis que plantean soluciones y planes para la infraestructura del mercado. Sus aportes son muy valiosos para conocer las distribuciones del espacio de mercado y el tipo de comercio que abunda (Rivalora, 2015; Bendezu & Castro, 2019; Pereda, 2020).

1.4.2. Diseño e implementación de la metodología

La investigación etnográfica permite un acercamiento profundo al tema de estudio desde la participación y la reflexión en la vida cotidiana y espacio del mercado. Por ello, su aplicación se considera fundamental para comprender y explorar las experiencias y significados en torno al proceso de envejecimiento. Como ya se mencionó con anterioridad, el trabajo de campo tuvo una duración de 8 semanas durante agosto, septiembre y octubre del año 2023. Tanto en el diseño como en la ejecución de trabajo primaron las primicias del consentimiento informado, la participación voluntaria, la confidencialidad y transparencia respecto a los objetivos.

En el mismo sentido, y en diálogo con el marco teórico, la investigación también contó con un enfoque fenomenológico. Cómo desarrolla Vieytes (2009):

El objetivo de la investigación fenomenológica es centralmente los fenómenos tal como son vividos y experimentados por los individuos. (...) es una llave que abre las puertas al campo de estudio de las experiencias vividas que en tanto tales, sólo el sujeto que las experimenta puede conocer. (Vieytes, 2009, p.53)

Por ende, la metodología y técnicas están orientadas a conocer las experiencias vividas de las adultas mayores comerciantes a través de la vivencia del

cuerpo, sus transformaciones, los espacios que habitan y las relaciones que establecen. Todo ello desde el relato de sus trayectorias y rutinas diarias. Durante todo el trabajo de campo se priorizó la construcción de vínculos de confianza. Por ello, en las primeras semanas, me concentré en contarles sobre mi tema y transmitirles de qué trataba mi carrera, antropología. También fue un espacio para asegurarles la confidencialidad y que cambiaría los nombres al momento de escribir mi tesis, aunque algunas me dijeron que si los podía mencionar, era mejor unificar porque algunas se sentían más cómodas si todo se mantenía de manera anónima. Esta etapa de presentación, fue importante también para contarles un poco sobre mi y brindarles mis datos (nombre, carrera y número) en un papel para que lo pudieran tener en caso me quieran contactar. Luego mostré mi interés por acompañarlas durante sus jornadas laborales y preguntar si podía ayudar en algo. En las semanas siguientes se desplegaron las técnicas de investigación planteadas y se prestó atención a las metodologías y alcances que se necesitarán modificar a lo largo del tiempo. Sobre los cambios y adaptaciones de la estrategia metodológica se narra con detalle en la siguiente sección titulada “balance de campo”. A continuación se explican las 4 técnicas que se desplegaron a lo largo del trabajo de campo.

- Observación participante

Es una técnica muy característica de la antropología y etnografía. La observación participante permite prestar atención a las acciones e interacciones que se dan en el espacio social, en este caso el mercado. De esta forma, permite la inmersión en el contexto y reconoce la participación que se tiene en este. Es importante recalcar el componente participante en la técnica, ya que evidencia el involucramiento de quien investiga, su influencia y posicionalidad. Durante el trabajo de campo se aplicaron diferentes tipos de observación participante que se distinguen por la temporalidad y la proximidad.

En primer lugar, la observación participante se basó en la dinámica de cliente y comerciante. Además de la acción de caminar y pasear por los mercados observando los puestos, a quienes venden y compran; con especial atención a las adultas mayores comerciantes, se daban interacciones en la compra de verduras y frutas. Es así que se planteó la visita durante diferentes horas del día y en diferentes días de la semana. Estas dinámicas tuvieron la finalidad de ir conociendo las horas

pico, las diferentes dinámicas entre caseros y comerciantes y conocer los espacios desde su construcción temporal.

Más tarde, mi observación participante también se daría desde la ayuda en los puestos de venta y durante las entrevistas. Parte de la metodología fue ofrecer ayuda y acompañar a las comerciantes en sus horarios de venta. En algunos casos, se tuvo la oportunidad de ayudar un poco en el puesto y en otros no tanto. Gracias a Elena (una de las comerciantes) que me permitió trabajar de ayudante en su puesto de forma más constante tuve la suerte de conocer el mercado y sus interacciones de una forma más cercana. Elena cuenta con un puesto en el mercado y lo maneja junto a su hermano Luis; así que durante cinco semanas se estuvo ayudando ocasionalmente con la venta de verduras. Esto se realizó los días martes, jueves y sábados en horarios que variaba entre la mañana y la tarde. Cabe resaltar que los horarios del martes y jueves se acordaban en constante conversación con Elena, a veces conversábamos mientras ayudaba, otras solo ayudaba y en otras ocasiones se realizaban las entrevistas. Los días más fuertes de venta eran los sábados, así que iba desde la mañana hasta después de las 3 de la tarde. Estas prácticas involucran la participación y observación de manera activa, viendo las acciones que llevan a cabo en el rubro de verduras, en especial las que estaban por fuera de la acción de vender. De esta forma, se pudo observar también cómo era la relación entre los clientes y comerciantes; así como otros actores del mercado y sus familias.

- Conversación informal

Tal y como su nombre lo muestra, las conversaciones informales se basan en pequeñas pláticas que se dan con diferentes actores desde un contexto más cotidiano. Las conversaciones informales las tenía con las y los comerciantes, personas que preguntaban sobre mi presencia en el mercado y familiares de los casos. Muchas veces se conversaba sobre mi tema y proponían reflexiones sobre la edad y el trabajo del comercio. Las conversaciones informales también abarcaron las historias que me contaban los clientes y otros temas que salían en el día a día con las comerciantes y sus entornos familiares y amicales. En este punto, presté puntual atención a las conversaciones donde surgía la edad, el género y el cuerpo, así como el trabajo de comercio; para luego analizar y contrastar los contextos en los que surgían.

- Entrevista a profundidad para reconstruir trayectorias

Con el fin de comprender la complejidad del proceso de envejecimiento, resulta fundamental entender el proceso desde una mirada biográfica, el cual se centra en las trayectorias de vida de las comerciantes del mercado. Siguiendo a Osorio (2006) y el ciclo de vida, se emplearon entrevistas a profundidad para reconstruir las trayectorias laborales y de género en relación a los cambios corporales y sociales. Las entrevistas a profundidad son una metodología que busca conocer de manera más cercana y lenta las narrativas de las entrevistadas. Esta técnica y enfoque permite acercarse al estudio desde el ciclo de vida, las trayectorias laborales y eventos importantes para conocer sus historias. Ello permite una aproximación desde la singularidad y dentro de los acontecimiento de sus vidas; así como posicionarlas dentro de sus contextos históricos, como lo son las migraciones. Permite conocer sus historias desde la interseccionalidad. Al tratarse de trayectorias de vida, se tuvo especial cuidado para pausar o preguntar si querían seguir hablando del tema si se revelaba un evento de violencias o algún tema sensible, se trataron todos los casos con empatía y priorizando el bienestar de las comerciantes a lo largo de todo el proceso. Para estas entrevistas, también se contó con una guía para realizar las líneas del tiempo junto a las comerciantes.

- Entrevistas semi estructuradas

Las entrevistas semi estructuradas se caracterizan por ser entrevistas que siguen una serie de preguntas y temas centrales, pero solo de forma referencial, para priorizar los temas que surjan en la interacción. Es decir, en cada guía de entrevista se planteaban preguntas que se buscaban completar durante la reunión, pero cuando surgían temáticas por parte de las mismas participantes o temas del día a día estos también eran abordados. Para organizar de mejor manera las entrevistas, a continuación se muestra una tabla que resume los temas que se abordaron con las adultas mayores comerciantes que participaron. Los temas que se presentan guardan relación con la pregunta de investigación central, así como con las secundarias. Cabe resaltar, que los temas planteados no fueron abordados de manera lineal con todas las participantes, en algunos casos se adelantaba un tema o se decidía acomodar la temática. Aun así, se abordaron todos los temas con las cinco comerciantes.

Tabla 1
Temas de entrevistas semi-estructuradas y descripción

Nº	Temas	Descripción
1	Línea del tiempo	Trayectorias laborales y de género. Incluye migraciones y familia a grandes rasgos.
2	Rutina laboral	Reconstrucción de un día cotidiano. En este tema fue central la observación participante y conversar con ellas sobre sus rutinas.
3	Salud y cuerpo	Para tratar el tema del cuerpo se decidió preguntar por la salud, a lo largo del tiempo y en los últimos años. Se preguntaron si notaban cambios o continuidades. Si surgía alguna enfermedad, se preguntaba sobre la ruta que habían seguido y el uso de remedios. Se prestó gran atención a como contaban las historias y el manejo del cuerpo.
4	Cambios por la edad	Se preguntó sobre los cambios en los últimos años. La entrevista se enfocó en la menopausia y cambios sociales.
5	Comparaciones de imágenes	Para conversar sobre cómo sus rutinas habían cambiado con el tiempo se utilizaron imágenes de una mujer joven y otra mayor para ayudar a recordar.
6	Motivaciones y futuro	Explorar razones y motivaciones sobre el trabajo del comercio. Así como sus aspiraciones y planes para el futuro.

Fuente: Elaboración propia.

1.4.3. Sobre los casos

El estudio se centra en los casos de cinco adultas mayores comerciantes del Mercado de Magdalena que participaron de manera voluntaria en las entrevistas. En un inicio, con el fin de delimitar la investigación y comprender de manera más particular el trabajo de comercio, se delimitó el perfil de las mujeres. Es así que, se decidió enfocar el estudio a los sectores de frutas, verduras y condimentos, principalmente porque es uno de los comercios que más abundan en los mercados de abastos y se trata de alimentos perecibles que siguen una ruta similar. Teniendo en cuenta las diferencias en el tipo de comercio y espacios, se delimitó a tratar los casos de adultas mayores que se encontraran en puestos dentro de los mercados (el mercado de Magdalena y los mercados más pequeños alrededor). Como las

comerciantes mencionaron, es muy diferente trabajar en comercio ambulatorio que contar con un puesto dentro de un local.

Sobre el criterio de la edad, en un primer momento, se delimitó un rango entre los 60 a 75 años. Ello en razón a un enfoque cronológico y social que el Estado peruano reconoce, este define a las personas adultas mayores como aquellas que tengan de 60 años a más edad (Ley N° 28803, 2006). Con esta información no se busca enmarcar el envejecimiento desde dicha edad, solo funciona como un rango para explorar las experiencias y significados; además es fundamental conocer el contexto e instituciones desde las cuales se va construyendo la edad. Sin embargo, en el mercado, nadie lleva su edad en un cartel al lado, sino que la edad surge como un aspecto más relacional, visual y contextual. Por consiguiente, mi delimitación también fue flexible y al final, como se muestra en tabla 2, el rango etario de las participantes fue entre 58 y 66 años.

Los casos de las comerciantes me conectaron con más actores sociales que eran parte de su día a día, como otros comerciantes, clientes y sus familias. Por ende cuando se hace referencia a sus casos, también se tratan las redes sociales y los lugares que las acompañan. En este sentido, se tuvieron conversaciones informales con algunos familiares y caseros, así como con otras comerciantes. En relación a la espacialidad y materialidad, se prestó atención a sus puestos, objetos, métodos de pago y elementos que surgen en sus rutinas para brindar un análisis más abundante. A continuación se presenta una tabla que muestra algunos datos de los cinco casos en los que profundicé:

Tabla 2
Datos de los casos

Nº	Seudónimo	Edad	Rubro	Lugar de nacimiento	Residencia	Nº de hijas/os	Estado civil	Nivel educativo
1	Elena	63	Verduras	Ancash	San Juan de Miraflores	1	Soltera	Primaria incompleta
2	Rosa	66	Condimentos y abarrotes	Arequipa	San Juan de Lurigancho	2	Casada	Secundaria completa
3	Lupe	65	Frutas	Puno	Magdalena del Mar	1	Casada	Primaria incompleta
4	Clara	59	Verduras	Puno	Los Olivos	3	Convivencia	Secundaria completa
5	Albertina	58	Verduras	Ayacucho	San Martín de Porres	2	Casada	Primaria completa

Fuente: Elaboración propia.

1.4.4. Balance de campo y reflexiones éticas

La riqueza del trabajo de campo y la etnografía recae en la flexibilidad y espacio que permite la reflexión y curiosidad permanentes. Teniendo en cuenta ello, en la presente sección se narran las actividades, experiencias y decisiones durante mi trabajo de campo, desde los cambios y adaptaciones que se hicieron a lo largo del tiempo. También se reflexiona sobre el tema de investigación, las dificultades que se presentaron y las soluciones que se desplegaron.

Las primeras semanas estuvieron destinadas a la observación participante, las primeras interacciones y presentaciones con las comerciantes. Los recorridos por los mercados y la compra fueron mi entrada a campo, desde mi papel de casera/cliente fui conociendo y conversando con las vendedoras. Al principio, para quedarme más tiempo en los puestos, preguntaba sobre los alimentos, sobre el mercado y algún tema del momento. En sí, empiezo caminando en los mercados, con una bolsa de tela para guardar mis compras, también me quedaba a tomar jugos, comer papa rellena y comprar hierbas. En estas semanas fue importante identificar a los actores que interactúan en el comercio del mercado, a las y los comerciantes, cargadores, ayudantes, clientes, cobradores, ambulantes y fiscalizadores. También noté que en el mercado circulaban niños, jóvenes y adultos a todas horas. Fue en conversaciones

casuales que me enteré que uno de los mercados de Magdalena se encontraba inmerso en juicios y conflictos de años entre la asociación de comerciantes. Este contexto me hizo replantear las estrategias metodológicas y sacar a la junta directiva como una posible fuente de información, ya que podía causar tensiones a la hora del acercamiento a las historias de las comerciantes. Me contaron que habían dos bandos en el conflicto, por ello decidí evitar preguntar por el juicio porque podría traer peleas. Teniendo en cuenta este panorama, también se decidió tener cuidado e intentar poner distancia entre los distintos casos de las comerciantes, para que no piensen que estoy contando chismes o estoy contando sus historias. Por ello también fue importante optar por tomar un caso por los mercados pequeños. Además, la ayuda que daba podía verse como traición en donde no ayudará. Me di cuenta que la asociación no tenía un papel fuerte, y preguntar por ella podía causar desconfianza entre las participantes.

Para acercarme a cada caso, empezaba con una compra y hacía una pequeña conversación, a veces contándoles lo que quería cocinar. En este proceso fue importante estar atenta a las horas de más movimiento y las horas donde bajaba, porque las interacciones eran más rápidas si tenían más clientes y no tenían tiempo para hablar. Así también tuve una etapa de presentación donde les contaba sobre mi carrera. Luego les contaba sobre mi investigación, que era una estudiante de antropología y me encontraba haciendo mi tesis. Me ayudó mucho que tuvieran hijas o hijos que habían pasado por la etapa de ser universitarias y empatizaban conmigo, diciendo que era dura la carga académica. Les pregunta si estaban interesadas en escuchar un poco más y si les gustaría participar. Un tema que me ayudó a conectar y conservar con ellas fue compartirles que yo era cusqueña y había venido a Lima a estudiar en la universidad. Este tema surgía también cuando recordaban sus historias de migración, ya que todas las 5 comerciantes eran de otras regiones del país, como Puno, Ayacucho, Arequipa y Ancash. En este punto me gustaría recalcar que durante todo mi trabajo de campo, no solo ellas compartían sus historias, yo también compartía mi historia y la de mi familia. Este me parece un aspecto fundamental ya que implica la creación de vínculos y construcción de amistades.

Un cambio en el enfoque teórico de la investigación fue respecto a la importancia que tomó el mercado como un espacio central. El mercado se configuró

como su espacio de trabajo, un lugar de extensión de la casa, como el espacio principal de las entrevistas y conversaciones. Durante el campo también me di cuenta la centralidad que tenía el espacio en la narración y actividades diarias. El mercado, como un espacio complejo de conflictos, amistades y dinámicas de reciprocidad, era un lugar importante para entender sus relatos e interacciones. Por ello, desde el marco teórico se empezó a prestar atención a textos que también abordan el espacio y la vejez, desde miradas más conceptuales. Otro de los cambios fue en cómo se identificaban, en la interacción de venta con los clientes son llamadas “caseras” y las clientes también eran llamadas “caseritas”. Yo planteé mi investigación desde la palabra “vendedoras”, pero me di cuenta en las primeras conversaciones que las mujeres se identifican como “comerciantes”, era un término mejor que vendedora, que solo hacía referencia a una acción dentro de todas las que realizan.

En un principio se planeó realizar el seguimiento de 6 casos de adultas mayores comerciantes, sin embargo de acuerdo al campo y los imprevistos no se continuó con algunos casos. Del total de 9 casos que se iniciaron, 5 fueron completados. En algunos casos era por cuestión de tiempo o se les presentaban otras cosas. Otras me comentaban que estaban ocupadas, cansadas o me decían que regrese otro día. Ello era totalmente comprensible ya que me podía presentar como una interrupción a sus negocios. Los momentos para hablar se deben adecuar a sus tiempos y ritmos de trabajo. Sin embargo, las conversaciones con las comerciantes con las que no se pudo completar todos los temas fueron muy fructíferas, me permitió conocer sus historias y opiniones. Así que agradezco el tiempo que me dieron.

En este sentido, durante toda la investigación primó la idea de la comodidad de las participantes. Antes les introducía el tema a tratar y preguntaba si podía grabar o preferían que lo conversemos más tranquilas. Siempre elegían la segunda opción. Así que opté por tener mi libreta de apuntes a mi lado y luego cuando estaba de regreso a casa grababa notas de voz para hacer memoria de lo conversado en las entrevistas. A veces conversábamos de otros temas mientras ayudaba en el puesto y así las dinámicas resultaban más cómodas. Una dificultad también fue retornar a las personas a la pregunta o tema de conversación inicial. En algunos casos las participantes se desviaban del tema, así que trataba de conectar nuevamente con el tema o abordarlo de otro forma. En este punto, también es importante poner atención

a algunas limitaciones del trabajo en torno al tiempo y la profundización, ya que construir vínculos de confianza y conocer las historias de cada mujer en su complejidad es un proceso largo y arduo. Es por ello, que desde el principio me concentro en sus trayectorias laborales y de género, en vez de abarcar sus historias de vida completas.

En el plan de proyecto se contempló la posibilidad de realizar entrevistas semi-estructuradas con familiares o personas que trabajaban junto a ellas; pero teniendo en cuenta las tensiones y diferentes posiciones de poder se decidió no realizarlas. Como solución, y en razón de ahondar en sus experiencias, se priorizó el vínculo con las participantes. Hablar sobre ellas con los demás cuando me habían contado sus historias no me parecía muy correcto porque se podían sentir incómodas. Para compensar este aspecto, se tuvieron conversaciones informales y se prestó más importancia a la observación participante. Asimismo, ayudar en sus puestos me permitió estar presente en diferentes situaciones.

Parte importante de mi inmersión en las dinámicas del mercado fue trabajar como ayudante en el puesto de Elena. Esta oportunidad me permitió conocer a profundidad unos pasillos del mercado y aprender del comercio de verduras. Me acercó a conocer las historias de otros comerciantes que estaban cerca y ser parte de las interacciones. Al principio era la “señorita” que ayuda, o como algunos comerciantes bromeaban diciéndole a Elena “tienes secretaría”, porque a veces me sentaba a lado de Elena dibujando o conversando. Luego Elena me presentaba de manera orgullosa como su amiga que la ayudaba. Parte fundamental de mi acercamiento y desarrollo de campo fue mantener dinámicas de reciprocidad con las adultas mayores que compartían su tiempo e historias conmigo. Después de todo, el mercado está lleno de intercambios, no necesariamente económicos. Es así que a veces ellas me invitaban fruta o verduras, y otras yo llevaba frutas o algún detalle.

He sostenido durante todo mi planteamiento que busco entender el envejecimiento desde su definición como un proceso del cual todos somos parte, desde una mirada más antropológica de cómo se entiende y experimenta el paso del tiempo y no como una etapa que llega a cierta edad. En un principio planteé que el rango de edad iba a ser de mujeres entre 60 a 75 años. Estando en campo, me di cuenta de lo difícil que iba a ser acertar con la edad de las personas, ya que la edad

cronológica no es un reflejo de la edad social. La edad y el envejecimiento parecen ser categorías que se definen desde el otro, en comparación con otros y ahora los estaba poniendo yo.

En algunos de mis acercamientos, me sorprendí a mí misma acercándome a comerciantes jóvenes, que pensaba que eran mayores. A veces me fijaba en el pelo o en las canas, entonces intentaba fijarme en la piel; pero no hay un medidor de edad visual. Me hizo reflexionar que la pregunta por la edad no es muy cómoda, en especial hacia las mujeres. Implica suponer que edad aparentan dentro de una sociedad que valora la juventud y la asocia con la productividad. Además la palabra “envejecimiento”, en el discurso popular, carga con una connotación negativa, suele ser asociada a una persona dependiente y frágil. Decir “viejo” o “vieja”, como reflexiona Gabriela Ramos en su tesis (2018), se asocia a un cuerpo no productivo y en deterioro. Desde la literatura anglosajona se utiliza la palabra “aging” para hacer referencia al proceso del paso del tiempo en el cuerpo y el sujeto, y no lleva una carga tan negativa como “getting old”. En español ambos términos se traducen a “envejecer” que ya lleva una carga y estigmatización hacia el ‘hacerse mayor’. Me parece importante traer a discusión el uso de términos, ya que las palabras cobran significados de acuerdo a los contextos, y el “envejecimiento” no escapa de esto. La pregunta por un término mejor aún me acompaña en la escritura, pero por fines académicos, se opta que en la investigación se presente de esta manera.

Volviendo al campo y al dilema de la palabra “envejecimiento” decidí prestar atención a las palabras que surgían cuando se hablaba de vejez; observar cuando surgían y en qué contextos.

Paso por los pasillos del mercado escuchando algunas conversaciones y estando atenta a las interacciones entre comerciantes y caseros. Una clienta está comprando carne, la señora que vende le pesa la carne y le dice el precio. Cuando da el vuelto, la clienta se da cuenta que le ha dado un sol extra, mientras le devuelve, la señora de la carne le da una explicación a su error y exclama: ‘es la edad’. (Nota de campo, agosto 2023, mercado de Magdalena)

Permaneciendo alerta al mercado y sus dinámicas me di cuenta que cuando alguien mencionaba que alguien mayor que se encontraba mal de salud, decía que era por la “edad” o cuando se hablaba de canas y la piel arrugada, se refería de forma coloquial a la “edad”. Aprovechaba situaciones en las cuales surgía el tema para preguntar más, o luego recordar con las comerciantes participantes algo que habían

mencionado respecto a “la edad”. De esta forma, llegué a la pregunta: ¿Qué se entiende por cambios por la edad? Como se muestra en el esquema, esta cuestión se convirtió en el tema central de toda una entrevista.

Mi aproximación y constante reflexión no excluyó el hecho de que a veces me aventure a preguntar de manera más directa, como en la siguiente narración de mi bitácora de campo:

Elena y yo estamos sentadas en una de las esquinas del mercado. Ella va al frente, con la bandeja con verduritas sobre una silla más alta, sentada en una banca más pequeña de madera, yo estoy justo detrás de ella, también sentada en una banca pequeña de plástico. Estoy sentada con mi libreta y mi lapicero que me acompañan en mis entrevistas. Mientras Elena va ofreciendo y vendiendo, conversamos un poco sobre el mercado, sobre los vendedores, los clientes, el clima y sobre cómo estamos. Ya hemos conversado un poco sobre salud y cambios. Mientras pienso en cómo preguntar sobre “envejecimiento” se me ocurre preguntarle directamente la pregunta que persigue mi investigación.

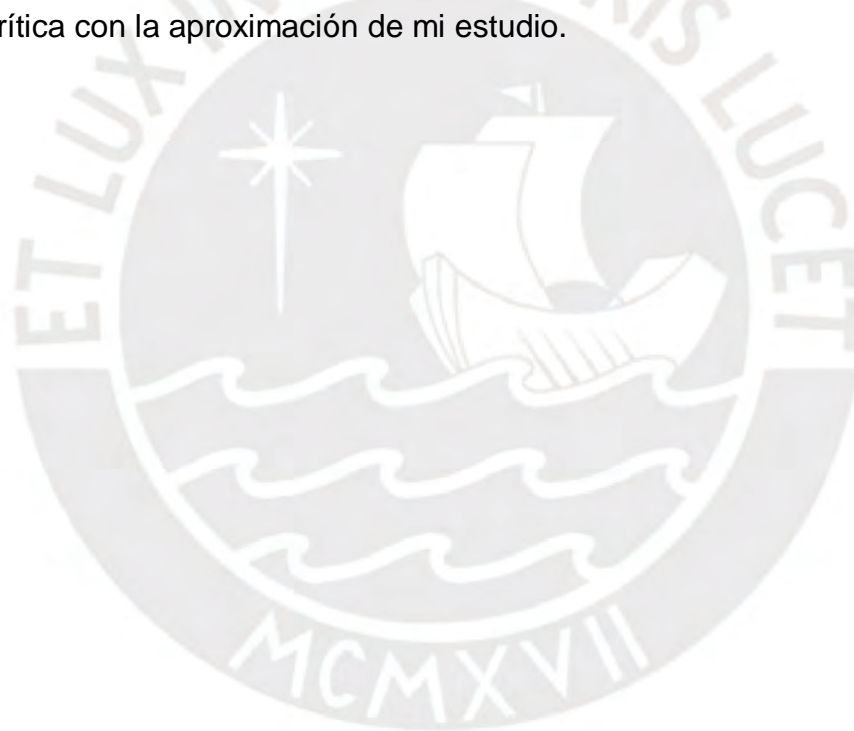
- ¿Cómo experimentas el envejecimiento?- apenas termino de formular la pregunta siento que ‘he metido la pata’, mi pregunta suena muy abstracta y puede interpretarse de forma negativa. Como una avalancha todas las dudas sobre lo que estoy haciendo me invaden ¿qué estoy preguntando? ¿cómo se puede responder a mi pregunta?
- ¿Qué me estás diciendo? -me responde Elena con una expresión intrigante y a punto de soltar una risa.
- No sé- le contestó de forma sincera.

Elena se empieza a reír a carcajadas y su risa me contagia. Ambas reímos mientras ella dice “ay Danielita”, y yo rió más por los nervios y la situación. Aunque mi pregunta parece haber quedado en la forma abstracta en la que vino, el suceso nos hace más cercanas al compartir risas. Luego le explico con más calma a lo que me refiero, a los cambios por la edad, los años y el tiempo y ahí recién hablamos de temas más concretos.” (Nota de campo, septiembre 2023, mercado de Magdalena)

Preguntar por el envejecimiento de forma directa era muy abstracto y podía contener una connotación negativa. Sin embargo, crear lazos de amistad y contarles más sobre mi investigación abrían espacios para conversar sobre el término.

Sarah Lamb es una antropóloga que ha realizado estudios sobre el envejecimiento y vejez en diferentes contextos como en Estados Unidos y en la India. En uno de sus estudios sobre la sociedad estadounidense reflexiona sobre cómo ella también está insertada y reproduce discursos anti-vejez que predomina en occidente. Cuando uno de sus entrevistados le dice que está ‘viejo’, ella responde “I performed the age-defying discursive labor expected in our society, “Well, actually, you’re still - you look vibrant to me [Actué de acuerdo al discurso definido a la edad esperado de nuestra sociedad, “bueno, en realidad, todavía estás - me parece que

estás radiante”]”(traducción propia, 2019, p.2). Durante mi trabajo de campo me encontré también en este tipo de situaciones y reacciones. Cuando me decían que eran “viejas” mi respuesta, casi como un reflejo era decir: “No, estás bien” o cuando hacían un comentario sobre la cercanía a la muerte, mi reacción casi inmediata era negarlo y dar una respuesta positiva sobre la vida. Me parece importante traer a la luz estas respuestas porque eran reacciones no planeadas y salían en el contexto, parte de las respuestas esperadas en la situación. Un reto fue cómo desplegar mi investigación sin relacionar de forma intrínseca el envejecimiento con el deterioro. Desde los discursos populares y hegemónicos hay una carga negativa hacia la palabra y los cuerpos viejos son asociados con el deterioro y la no productividad. Para contrarrestar estas narrativas, primero buscaba reconocer y comprender su aparición dentro del contexto social en el que me encontraba; así mismo, siempre intentaba ser reflexiva y crítica con la aproximación de mi estudio.



Capítulo 2: Casos y lugares: comerciantes adultas mayores en el mercado

El objetivo del presente capítulo es contextualizar sobre el lugar y los casos profundizados en la investigación. Aunque me centro en cinco casos de adultas mayores, a la par de seguir sus procesos, conocí otros casos de adultas mayores que también compartieron sus experiencias y relatos. Es así que, el estudio también aborda las experiencias de estas adultas mayores, algunas que fueron comerciantes y otras que son comerciantes en el mercado en otros rubros. Por cada caso y relato de adulta mayor surgía un red de personas que estaban presente en sus rutinas diarias, las cuales también forman parte importante de los relatos. Además, entendiendo la importancia del espacio en sus trayectorias laborales y vidas cotidianas, se resalta la descripción y análisis de mercado. Es así que, se comprende al Mercado de Magdalena como un lugar construido por las prácticas sociales de actores que habitan y transitan en el espacio.

2.1. Trayectorias laborales: líneas de tiempo

Para responder a la pregunta de experiencias y significados del proceso de envejecimiento se partió por la teoría del ciclo de la vida, con el fin de comprender el envejecimiento desde la biografía de las adultas mayores. Se hizo énfasis en la trayectoria laboral, pero se prestó atención a los eventos fuera de la esfera laboral que influenciaron sus historias. La herramienta metodológica de construir las líneas de tiempo junto a las participantes fue muy útil para ubicar momentos importantes e hitos a lo largo de sus vidas. Fue muy interesante observar que en las reconstrucciones, muchos de los sucesos que recordaban giraban en torno a cuando tuvieron a sus hijos, a la edad de sus hijos o el nacimiento de sus nietos. Más que una reconstrucción por fechas específicas, se rememoran eventos en relación a las personas que estaban alrededor de ellas. A continuación, se cuentan las historias de Elena, Rosa, Lupe, Clara y Albertina, cuyas trayectorias de vida y experiencias sobre el envejecimiento guiarán toda la investigación.

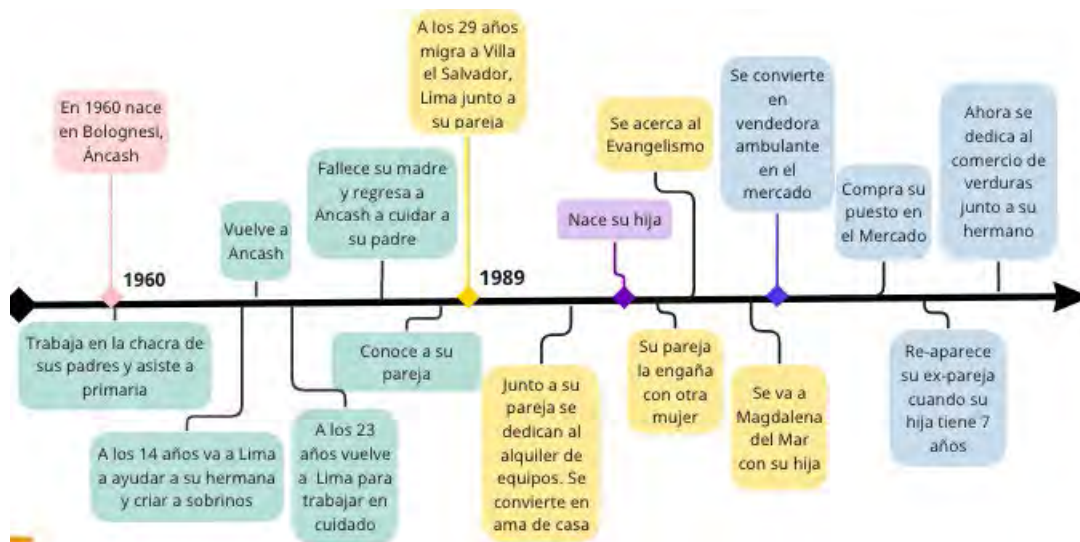
1) Elena (63 años)

Elena nació en Bolognesi, Ancash en 1960. Recuerda que cuando era niña trabajaba en la chacra de sus padres y para ello se levantaba a las 4 de la mañana. En la época asistió a la primaria, aunque su escuela se encontraba a una hora de viaje de donde vivía. No terminó la primaria. A los 14 años viajó a Lima para ayudar a su hermana con la crianza de sus sobrinos. Por el fallecimiento de su madre, regresó a Ancash para cuidar de su padre. En una fiesta costumbrista conoció a su pareja, de quién se enamoró y se convertiría en el futuro en el padre de su hija. A los 23 años emigraron juntos a Lima y se instalaron en el distrito de Villa el Salvador. Ahí se dedicaron a la venta de equipos de música, y ella se convirtió en ama de casa. Durante esos años se enteró de que su pareja le era infiel con otra mujer. Cuando Elena se enteró, no sabía que hacer, por lo que se aproximó a la iglesia evangélica en busca de consejos. Durante esa época tuvo a su hija. A pesar de intentar continuar con la relación por su hija, se enteró que su pareja seguía estando con la otra mujer, quien ya tenía 3 hijos. Ante la situación, Elena decidió escapar con su hija a Magdalena del Mar, encontró una habitación y decidió dedicarse al comercio ambulatorio. Primero empezó vendiendo plátanos, ayudando a una de sus cuñadas que ya vendía por el mercado de Magdalena. Les pidió a los familiares de su ex-pareja que no le cuenten dónde estaba ella con su hija. Luego empezó a concentrarse en los vegetales, se colocó en una parte del mercado como ambulante vendiendo brócoli. Cuenta que era conocida como “brócoli” por sus caseros. Elena dice que en el mercado aprendió a trabajar. Más adelante, consiguió un puesto en el mercado donde crió a su hija. Cuando su hija tenía 7 años, reapareció su ex-pareja en el panorama, ella lo convenció para que pague por su educación. Gracias al trabajo del comercio, Elena logró levantarse y criar a su hija, con sus ganancias logró construir su casa en San Juan de Lurigancho. Ahora vive en dicha casa junto a su hija, yerno y nietas. Ella tiene todo un piso para ella, y la familia de su hija vive en el otro piso. Cuenta con orgullo la carrera universitaria de su hija que es ingeniera de sistemas y que trabaja por modalidad remota. Algunos días, Elena cuida a sus nietas en el puesto del mercado.

Hace unos 3 años pensaba retirarse del comercio y ceder su puesto a su hermano menor, Luis, pero por problemas económicos y deudas que sacó para ayudar a su hermano, regresó al comercio de verduras. Elena compra sus productos de la

paradita de Santa Anita. Tiene que ir muy temprano, a las 2 de la mañana para conseguir buena mercadería. Dice que si vas a las 6 am ya no encuentras nada, “la vida de un comerciante es dura”. Todos los días Luis cocina el almuerzo, ya que comprar el menú del mercado sería muy caro y “no daría”. Algunos fines de semana viene su sobrina a ayudar y otros días está Laura, una ayudante.

Figura 2
Línea del tiempo de Elena



Fuente: Elaboración propia.

2) Rosa (66 años)

A Rosa la conocí cuando la vi saludando a la nieta de Elena. A unos cuantos puestos de distancia, ella vende condimentos que prepara y productos como abarrotes, leche, fideos y algunas legumbres. También vende kion y ajo, y de vez en cuando hace unas bolsitas de verduras para estofado y arroz con pollo. Rosa nació en Islay, Mollendo, Arequipa en 1957, tiene un hermano y tres hermanas. Su infancia la pasó en Sigüas, Arequipa donde vivía con su tío en un gran viñedo. Cuenta que cuando estaba en primaria repitió algunos grados, lo cuenta con risas porque no le iba muy bien en algunas materias, pero en Sigüas tenía muchos amigos a los cuales apoyaba y aún ahora visita. A los 16 años decidió emigrar a Lima y llegó al Callao donde tenía unos paisanos. En Lima encontró trabajo cuidando a un niño de una familia japonesa, mientras asiste a secundaria. A los 18 años se quedó sin hogar y estuvo un tiempo viviendo en un museo. Cuenta que junto a una amiga, que conocía

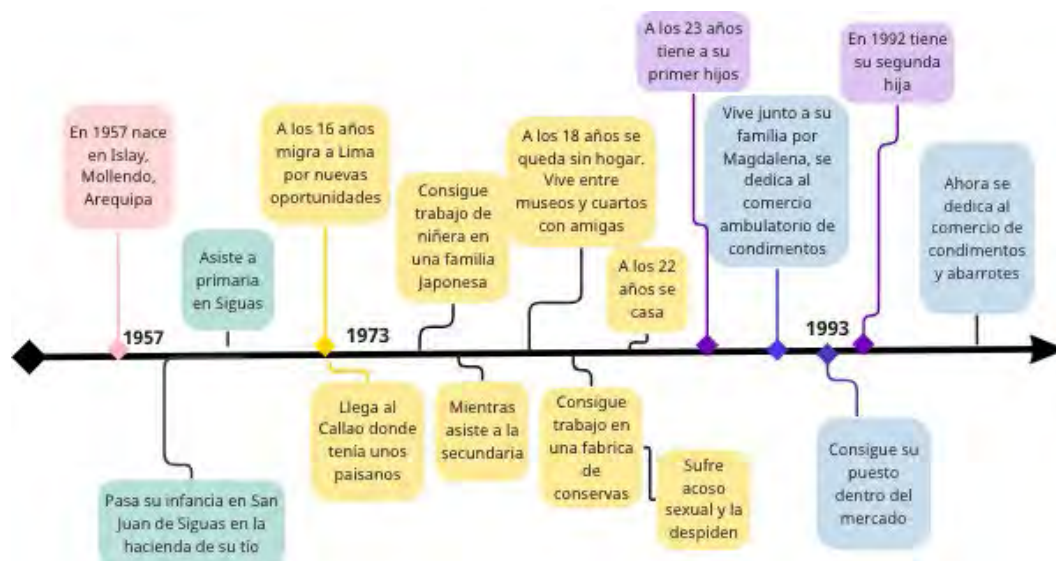
a uno de los vigilantes, podían quedarse en el museo ya que tenían los servicios de baños y un techo donde dormir. Más tarde consiguió un cuarto con una amiga y empezó a buscar trabajo. Como parte de unas convocatorias del Ministerio del trabajo, entró a laborar en una fábrica de mayonesas y duraznos de conserva. Era un trabajo estable, con un salario y le brindaban transporte. Rosa recuerda que un día salió tarde del trabajo y la dejó el bus de regreso; así que decidió tomar el transporte público aunque no conocía muy bien la zona. Mientras caminaba se le acercó un carro y vio que dentro estaba el gerente de la fábrica, uno de sus jefes. El gerente le ofreció llevarla a su casa y ella aceptó porque ya se hacía tarde. Cuando iban de camino, el gerente empezó a insinuarse y hasta le hizo preguntas sobre si tenía pareja, le dijo que salga con él y le contó que tenía poder en la fábrica. Ella no sabía qué hacer. Al día siguiente no fue a trabajar y los dos días siguientes tampoco. Le contó a sus amigas el suceso y ellas le dijeron que lo denuncie, era acoso. El gerente se enteró antes y la despidió. El suceso le afectó y luego le fue costando más encontrar trabajos.

A los 22 años conoció a su pareja y se casaron y a los 23 tuvo a su primer hijo. Su esposo, que trabajaba como profesor, le prometió después de escuchar la historia de su anterior trabajo que ella no necesitaba volver a trabajar, que él la mantendría. Sin embargo, Rosa decidió empezar a trabajar como vendedora ambulante por el mercado de Magdalena. Ella cuenta que instalaba un tablero pequeño en el piso y ahí vendía condimentos y otras hierbas; así como algunas legumbres. Por la época vivía por el distrito de Magdalena del Mar y el trabajo le permitía vender y a la vez estar cerca de su hogar para criar a su hijo. Más tarde, junto a su esposo compraron un puesto dentro del mercado. Para esta época ya tenía a su segunda hija y tenía un puesto más estable donde empezó a comerciar más condimentos, y cosas de bodega, como legumbres y quesos. Rosa cuenta que su hija se crió en el mercado y era muy hábil para vender, dice que en las épocas de año nuevo y Navidad era la mejor vendiendo cuetillos.

Ahora vive en San Juan de Lurigancho y ya que sus hijos han terminado la universidad, solo vive con su esposo que ya está retirado. Rosa toma los días miércoles como sus días libres y el resto de la semana viene al mercado a vender. Se queda más o menos hasta las 4 de la tarde. Su esposo vende rosquitas por el centro de Lima, dice que no le gusta quedarse sin trabajar. Cuenta que antes vendía vidrio

pero pesaba mucho y “como ya es viejito y se puede hacer daño” cambió a rosquitas. Su hijo mayor estudió enfermería y ahora vive en Piura con su esposa, tiene un nieto de unos meses y muestra con orgullo las fotos que tiene en su celular del bebé. A veces viene su hija, que ya tiene más de 30 años, a ayudarla a vender o acompañarla para hacer algunas cosas en el puesto. Lo que más le gusta es viajar y visitar a sus compañeros de la escuela en Arequipa, dice que es muy amiguera.

Figura 3
Línea del tiempo de Rosa



Fuente: Elaboración propia.

3) Lupe (65 años)

Lupe nació en Puno en 1958 y en su infancia recuerda que tenía varios animales. A veces sueña con ellos. Su primera estancia en Lima fue a los 7 años para ser trabajadora del hogar de una familia; a los 13 años regresó a Puno. A los 14 años se casó por matrimonio civil, fue una unión arreglada. Lupe no profundiza mucho cuando habla de su esposo, pero dice que ha sido difícil, con el tema menciona: "Los hombres son machitos, te puede tocar un borracho o un golpeador, la vida es dura". A los 17 años regresó a Lima y trabajó para familias como trabajadora del hogar en modalidad cama adentro por Chorrillos. Para esa época, más miembros de su familia

también emigraban a Lima. A los 20 años decidió optar por un trabajo más independiente, por ello empezó en el comercio de frutas y se compró un triciclo. Lupe compraba sus productos del mayorista y como por Magdalena del Mar había buen comercio se convirtió en su zona. En el 2000, cuando el alcalde Andrade prohibió a los ambulantes por la zona tuvo que conseguir un puesto. Durante los siguientes años, se movilizó entre puestos alquilados. A los 30 años tuvo a su única hija. Menciona que a su hija la crió en los puestos que ha tenido alrededor del tiempo, la tenía en la espalda, y señala a otras mujeres que también llevan a sus hijas/os con ellas. Lupe no tiene ni primaria ni secundaria, pero aprendió a leer en la Iglesia. Desde los 22 años es evangelista, dice que Dios la ha salvado y por eso está aquí. A los 40 años empezó a tomar vitaminas, le dijeron que eran muy buenas para la salud, a parte que también las vendía, son de la marca Omnilife. También toma “oxigen” que la ayuda con las infecciones urinarias que ha tenido durante toda su vida.

Lupe tiene 65 años y cuando lo dice se sorprende “ya he vivido mucho, he tenido una vida dura”. Ha vivido por todo Lima, por Chorrillos, por Pamplona, la Victoria y ahora vive cerca al mercado de Magdalena. Su hija estudió odontología por 4 años pero luego lo dejó. Lupe lloró mucho cuando dejó la carrera, luego su hija se unió al negocio “todo sueño de un padre es que sus hijos sean profesionales”. Tiene 7 hermanos y muchos sobrinos, se preocupa por ellos. Tiene una casa en Puno, piensa ir de acá un año. Va a terapia para el cuerpo todas las semanas. Pasa toda su jornada laboral sentada, a lado tiene su bastón y solo se para ir a los servicios higiénicos. Me contó que es muy buena en matemática, en multiplicaciones y sumas, “Los caseros se sorprenden” dice. Los domingos la ayuda su sobrina que estudia arquitectura. Ser comerciante es difícil, tiene que ser ágil o los compradores se van. A veces le ayuda su esposo, él a veces está sentado a su lado, otras veces está parado o paseando por ahí. El mercado donde se encuentra atiende hasta las 8 pm, me cuenta que a partir de las 6 pm vienen bastantes caseros “son los que salen del trabajo” dice. Ya lleva unos 2 años en el puesto de ahora, que es el de su hija. Lupe vende en la extensión de este, que se extiende de una esquina hasta el pasillo. Ella se sienta en el pasillo con su silla y bancas a los lados con recipientes que exponen la fruta, su fuerte es la palta. Lupe se identifica como una comerciante, además de las frutas, ha

sido comerciante de otros productos como las ollas Rena Ware, Café DXN, Oxigen y Omnilife, tiene ganancia de esos productos.

Figura 4
Línea del tiempo de Lupe



Fuente: Elaboración propia.

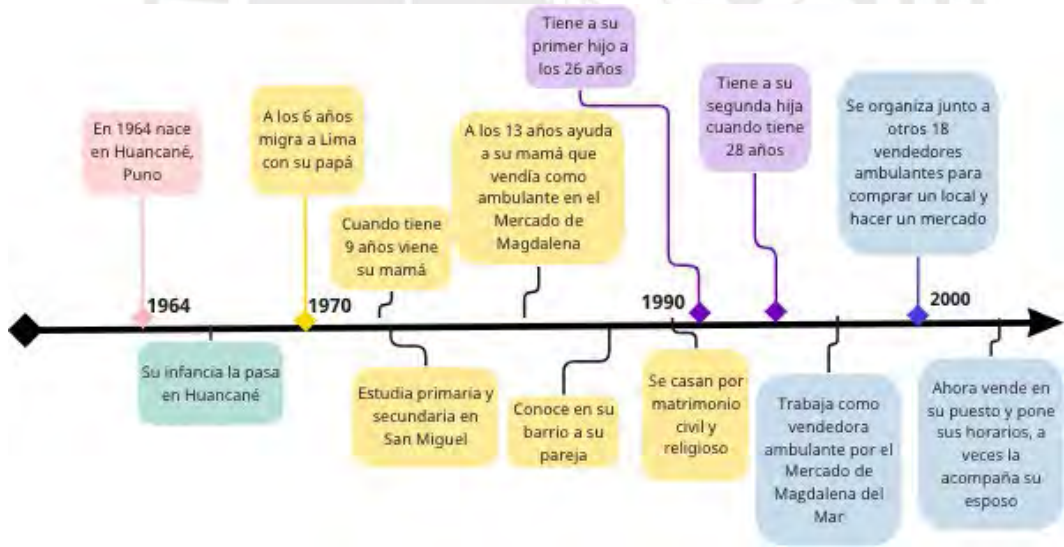
4) Clara (59 años)

Clara nació en Huancané, Puno en 1964. Cuenta que tiene 4 hermanos y a los 6 años vino a Lima junto a su papá. En un inicio se instaló en el distrito de San Miguel. Cuando tenía nueve años su mamá vino a Lima. Su mamá se dedicaba al comercio, siendo ambulante de verduras por el Mercado de Magdalena. En Lima hizo primaria y secundaria. Desde los 13 años, cuando contaba con tiempo libre, ayudaba a su madre en el negocio de comercio. Después de terminar la secundaria, Clara empezó como una ambulante de vegetales, como su mamá. Cuando decidió dedicarse al comercio lo hizo junto a otro comerciante, se apoyaban para aminorar los días en los que tienen que madrugar para ir al mayorista. En su barrio, conoció a su esposo, quién también es de Puno, se enamoraron y casaron en 1990. En el mismo año tuvieron a su primer hijo, cuando tenía 26 años. Su esposo era policía. A los 28 años tiene a su segunda hija. Cuenta que por los años 2000, con las regulaciones del alcalde prohibieron la venta ambulatoria y junto a 18 vendedores se organizaron para comprar un local y crear su propio mercado. Ese fue el inicio del mercado donde ahora venden,

es uno de los mercados más organizados y solo está a una cuadra del punto focal del Mercado de Magdalena.

Ahora que sus hijos están más grandes ya no tiene tanta presión económica en su puesto del mercado. Junto a su esposo viven en el distrito de los Olivos, ya tienen 4 nietos. Apoyan a su hija, quien ha retomado sus estudios en administración después de años que lo dejó cuando tuvo hijos. Ahora que puede decidir más sobre su tiempo, a veces puede cerrar antes su puesto, organizar viajes a Puno, o pasar tiempo con sus nietos. Su esposo, Oscar, ya se retiró de la policía y ahora recibe la pensión, algunos días va al puesto a vender junto a Clara. Oscar agradece haberse retirado antes de la pandemia por COVID-19 porque algunos de sus compañeros fallecieron en esa época. Gracias a los beneficios por su trabajo, Clara también cuenta con seguro de salud. Ambos recalcan que lo mejor que les pueden dar los padres a sus hijos es la educación. La ruta de Clara para proveer al puesto inicia a las 2 de la mañana cuando va a Santa Anita y compra los productos para luego vender.

Figura 5
Línea del tiempo de Clara



Fuente: Elaboración propia.

5) Albertina (58 años)

Albertina nació en Saiza en Ayacucho un 16 de agosto de 1965. Cuenta que durante su infancia trabajaba cerca del lugar y que algunas veces hacía viajes a la selva donde trabajaba cargando la mercancía en la cosecha de café y papa. Albertina asistió a la primaria, pero no la terminó porque su madre falleció cuando ella tenía 11 años y “debía apoyar en casa”. A los 18 años decidió emigrar a Lima para conocer, buscar trabajo y encontrar un futuro mejor. Encontró trabajo como trabajadora del hogar en Lince con una familia. Más tarde cambió de lugar y trabajó para otra familia que vivía en Magdalena. Cuenta que había un señor que la dejaba vender en su puerta algunas mercancías y verduras que tenía. Cuando el señor falleció, ya no pudo dedicarse a la venta en ese lugar, por lo cual empezó a trabajar como vendedora ambulante alrededor de Magdalena del Mar. Es a los 20 años, cuando deja de trabajar como trabajadora del hogar y se dedica solamente al comercio de verduras. Durante un tiempo tuvo una bodega de abarrotes por el Callao, pero cuando se acabó el alquiler ya no lo renovó. En 1995 conoció a su pareja y tiene a su hijo, quien ahora tiene 28 años. Albertina regresó a vender por el mercado Magdalena verduras cuando su hijo era pequeño, su sobrina la ayudaba a cuidarlo. Cuando su hijo tenía dos meses se fue a la selva a trabajar por un tiempo porque quería ayudar a que su hermano sienta cabeza, ya que estaba tomando y se encontraba inmerso en “todos los males de Lima”. Junto a su hermano, su sobrina de 15 años y su bebé fueron donde un familiar que trabajaba en el café. Luego de unos meses volvió a vender a las calles de Magdalena. En 1999 tuvo a su segundo hijo. Mientras vendía en el comercio ambulatorio, algunos días la acompañaban sus hijos pero durante esa época también decidió reacomodar sus horarios de venta para dedicarse a la crianza de sus hijos. Señala que su sobrina le ayudó mucho para poder cuidar a los niños y que pueda seguir teniendo su trabajo de vendedora. Su pareja siempre se ha dedicado a trabajar en una panadería.

En otra ocasión, un día que voy a ayudar al puesto a pelar algunas arvejas y cortar zanahorias, me empieza a contar un poco de sus hijos. Ella dice que a veces tocan buenos hijos y malos hijos. Dice que su primer hijo le salió “malo”: “Se ha metido en varias cosas y hace unos años tuvo un accidente en moto donde casi lo matan”. Ella tuvo que intervenir y le buscó trabajo en la selva, donde ahora vive. Dice que su segundo hijo es bueno, porque él se ha mantenido en el buen camino y ahora ya está terminando su formación porque va a ser policía. Ella le lava su uniforme después de regresar de trabajar los sábados. Ella está orgullosa de él porque sabe que cuando

tenga su título y su oficio también podrá asegurarla para tener un seguro médico (Nota de campo, septiembre 2023, mercado de Magdalena).

Ahora Albertina vive en San Martín de Porres junto a su pareja, dice que parecen más que todo amigos. Tiene un puesto alquilado en uno de los mercados del Boulevard de Magdalena, tiene más o menos 25 años en este puesto, se dedica al comercio de verduras. Cuenta que le gusta tejer y también escuchar videos cristianos en YouTube, a veces le gusta ver tele y sus novelas.

Figura 6
Línea del tiempo de Albertina



Fuente: Elaboración propia.

Habiendo conocido las historias de las adultas mayores comerciantes en el mercado es importante resaltar la singularidad de cada historia, pero a la vez encontrar hitos que marcan el curso de sus vidas. Todas las adultas mayores comerciantes han migrado de otras regiones del país a la capital como: Ancash, Arequipa, Puno y Ayacucho. Clara y Lupe, ambas de Puno, emigraron junto a sus familias. Mientras las migraciones de Elena, Rosa y Albertina se caracterizan por ser más individuales, ya más tarde fueron soporte de otros familiares que también emigraron. La mayoría migró para cumplir labores de cuidado. Siguen la ruta de otras mujeres que también migran a la capital y empiezan desempeñándose en el trabajo del hogar y cuidado. Los casos de Elena, Rosa, Lupe y Albertina muestran que se han dedicado en la infancia a trabajos relacionados a la agricultura y la chacra. Todas las

participantes empezaron en el comercio como ambulantes. Este es un dato importante de resaltar, porque recuerdan con pesadez y sacrificio lo difícil que es ser ambulante.

Parte de la metodología de la investigación fue ayudar en los puestos de venta de las adultas mayores, con el objetivo de acompañar y aprender sobre el trabajo de comercio. No en todos los casos se tuvo el mismo nivel de involucramiento, en algunos puestos solo se acompañaba y conversaba. Fue en el puesto de Elena donde se pasó más tiempo, al hacer de ayudante tres veces a la semana, se pudo conocer más sobre su rutina y personas que la rodeaban. Fue en este espacio donde se conocieron las historias de otras adultas mayores, comerciantes y ex comerciantes del mercado. Este fue el caso de Victoria (comerciante de condimentos y hierbas), Rocío (comerciante de productos de limpieza y plásticos), Mónica (comerciante de plásticos y papeles), Linda (comerciante de verduras y productos asiáticos), Isabel (ex comerciante de condimentos y legumbres) y María (una de las comerciantes más antiguas). Con ellas tuve pequeñas pláticas, en las cuales compartían sobre sus historias y les contaba sobre mi presencia en el mercado. En los siguientes capítulos, se introducen en las historias del mercado, sus testimonios y reflexiones son importantes para el desarrollo de la investigación.

2.2. Análisis desde el género interseccional del ciclo y las trayectorias de vida

Parte fundamental de la investigación es comprender desde el ciclo y trayectoria de vida, los significados y experiencias que tienen las comerciantes en torno al proceso del envejecimiento. Por ello, es importante resaltar cómo el género y otras desigualdades que se intersecan (Viveros, 2016), como la clase social e identidad migratoria, configuran de manera específica sus trayectorias. Las adultas mayores entrevistadas siguen un patrón migratorio que ha caracterizado los desplazamientos de las mujeres en los andes a las ciudades, como señala Seligmann (2015) las opciones a las que se podían dedicar se resumen en dos ocupaciones: servicio doméstico y comercio (p.61). Las reducidas oportunidades laborales responden a desigualdades socioeconómicas, además de opresiones estructurales por género, clase y etnicidad que caracterizan la historia del Perú.

Es relevante señalar que las comerciantes no son explícitas sobre una identificación étnica o racial; en cambio, se reclaman desde su identidad como

trabajadoras migrantes. La crítica que plantean Weismantel (2017) y Seligmann (2015) sobre las nociones de raza y etnia, resultan fructíferas para reflexionar sobre cómo estas categorías suelen ser impuestas por actores externos, más que asumidas por las propias comerciantes. Aunque dichas categorías no se mencionan directamente en sus narrativas, es importante resaltar que continúan operando en sus experiencias y prácticas diarias, y se integran en el enfoque interseccional, estando inmersas en aspectos de sus vidas como el trabajo, relaciones de género e historias de migración.

En este sentido, se debe reflexionar sobre la falta de referencias explícitas a la etnicidad o la raza en la autoidentificación de las participantes, en comparación con otros estudios antropológicos sobre los mercados. Para ello, retomo lo planteado por Marisol de la Cadena (2004) en *Indígenas mestizos*, donde analiza el proceso de “desindianización” a partir de una aproximación etnográfica e histórica desarrollada en los años 1991 y 1992 en Cusco. La autora muestra cómo los cusqueños de la clase trabajadora configuran sus identidades de forma relativa y relacional, desplegando discursos sobre la raza y clasificación social, redefiniendo así nociones sobre lo “indio” y “mestizo” (p.23). En particular, De la Cadena profundiza en la identificación de las vendedoras del mercado, quienes han resignificado su identidad como mestizas. Al respecto señala:

Rechazando categóricamente la etiqueta de “cholas”-que está teñida de alusiones a una incontrolable sexualidad femenina-, han desarrollado su propia interpretación del comportamiento moral, que construyeron a partir del trabajo honrado y el atrevimiento para la protección de sus familias. Ellas describen su comportamiento como una búsqueda de respeto, lo que incluye el promover la educación formal de sus hijos. La poderosa mestiza, usualmente madre y esposa, que orgullosamente rechaza los códigos morales de la decencia femenina al trabajar y luchar en el mercado, es la figura con la cual los hombres y mujeres de las clases trabajadoras del Cusco se identifican hoy en día. (De la Cadena, 2004, p. 238)

De esta forma, De la Cadena (2004) muestra que las vendedoras del mercado han configurado su identidad a lo largo del tiempo en diálogo con procesos políticos, sociales e históricos. Su autoidentificación como mestizas dentro de la sociedad cusqueña responde a complejos procesos de construcción identitaria marcados por relaciones de poder y dinámicas contextuales. Al rechazar las identidades impuestas por las élites cusqueñas e intelectuales, se distancian de etiquetas como “indígenas” o “cholas” y moldean su identidad en función a su trabajo, vinculación con la urbanidad

y lucha por el respeto. Algo similar podría estar ocurriendo con las comerciantes del mercado de Magdalena, quienes también reclaman su identidad desde su rol como trabajadoras y esfuerzo por salir adelante, distanciándose de categorías que siguen siendo usadas para discriminar. Sin embargo, es un tema sobre el cual habría que seguir profundizando.

Por otro lado, y volviendo a las trayectorias de las adultas mayores comerciantes, se debe destacar que con la construcción de líneas de tiempo surgieron datos interesantes sobre el trabajo de cuidado que cumplen a lo largo de sus vidas. En diferentes etapas de sus vidas, las entrevistadas narran que han sido responsables de cuidados. Se evidencia que, en momentos distintos, Elena y Albertina detienen lo que están haciendo para volver a su unidad doméstica ante el fallecimiento de sus madres. La mayoría llega a la capital para desempeñarse en un labor de cuidado, ya sea como trabajadora del hogar o en forma de ayuda a algún familiar. Rosa, Elena, Lupe y Albertina narran que cuidaron niños y niñas en familias ajenas, así como a hijos e hijas de familiares directos. Más tarde, también desempeñaron la labor de cuidado de sus hijas e hijos y en algunos casos de sobrinos y sobrinas. Durante esta época de su vida, cuentan que era difícil encontrar un balance entre su trabajo como comerciante y la crianza de sus hijos e hijas. En algunos casos, dejaron de trabajar o cambiaron sus horarios de venta, en otros recibieron ayuda por parte de otra mujer de su familia. Se debe mencionar que Clara y Lupe, destacan una presencia más activa por parte de sus esposos; pero ellas siguen ubicándose como las responsables principales del cuidado.

De esta manera, las comerciantes se enfrentan a una doble jornada, su trabajo como comerciantes y la responsabilidad del ámbito doméstico y del cuidado. Es relevante, por consiguiente, traer a colación el concepto de economía del cuidado para visibilizar y analizar sus trayectorias. C. Rodríguez (2015) explica que desde la economía feminista se busca “visibilizar el rol sistémico del trabajo de cuidado en la dinámica económica en el marco de sociedades capitalistas” (p.36), así como prestar atención a como la organización del cuidado impacta en la vida de las mujeres. Comprender el género como una construcción social que se actualiza en prácticas concretas (Butler, 1998) es esencial para entender cómo los roles de género se configuran en respuesta a formas de organizar socialmente el cuidado en contextos

sociales y culturales específicos, los cuales, en este caso, asignan el trabajo reproductivo y de cuidado a las mujeres. En el contexto peruano, el cuidado es una labor invisibilizada y desvalorizada que tiene como principales agentes a las mujeres. No se debe dejar de prestar atención que el cuidado también está organizado respecto a las jerarquías socioeconómicas. Bunster & Chaney (1989), a través de la narración de casos de vendedoras ambulantes en Lima, señala que las migraciones de las jóvenes siguen un patrón familiar parecido. Debido a la extrema pobreza de sus familias en la sierra, las vendedoras se dedican al trabajo en la chacra desde edades tempranas, para luego migrar a la capital y dedicarse al trabajo doméstico mal remunerado; posteriormente, el comercio se configura como el único trabajo que pueden realizar junto a sus hijos (p.88). Ello concuerda con las historias de las adultas mayores comerciantes, que migraron de Puno, Ayacucho, Ancash y Arequipa. La organización del cuidado, invisibilización y desvalorización, han influenciado directamente en las oportunidades y limitaciones en sus vidas. Para Elena, Albertina y Lupe, el trabajo del cuidado significó dejar a temprana edad la escuela, con los estudios inconclusos, sus oportunidades para acceder a un trabajo asalariado y formal casi desaparecieron. En el caso de Rosa se puede evidenciar cómo la violencia de género la alejó de continuar con un trabajo formal. Rosa terminó secundaria y accedió a un trabajo asalariado en una fábrica, pero debido al acoso sexual de uno de sus jefes y un despido injusto, se vio emocional y económicamente afectada.

En la actualidad, las comerciantes entrevistadas también se desempeñan en roles de cuidado, algunas cuidan a sus nietos y nietas. Martínez et al. (2008) en su estudio en Argentina lanzan relevantes hallazgos respecto al papel que cumplen algunas abuelas en la crianza de sus nietos, se muestran como un soporte para sus hijos, así como ser parte fundamental de las unidades domésticas. Sobre este punto, se debe mencionar que el cuidado a sus nietos se hace con cariño pero también puede ser una labor que les genera cansancio. Cuando se les adjudica el rol cuidar se asume que “ya tienen experiencia, entonces cuidaran bien”; además que se ve de forma positiva la construcción de lazos entre generaciones. Sin embargo, ello también puede interferir con sus aspiraciones y carga laboral. Por otro lado, algunas adultas mayores también cuidan a sus padres o madres. Pero también pueden ser sujetas que reciben cuidado, por parte de las hijas, hijos o pareja. Un caso interesante es el de Lupe, que

ahora no tiene mucha movilidad y su esposo la lleva a sus terapias de rehabilitación. El concepto de “cadena de cuidados” por González (2018) es útil para explorar cómo el cuidado se presenta a lo largo de sus vidas. En este sentido, no solo se busca ubicar el cuidado como feminizado y desvalorado, sino prestar atención a la agencia de las mujeres para cargar con esta labor y construir redes de apoyo. Sobre ello, la autora señala la importancia de la mantención de redes que crea “una cadena de cuidados que se mantiene a lo largo de la vida y que continúa expresándose en la vejez, impactando en su bienestar cuando ya son mayores” (p.199). En el texto se sostiene que las redes de familiares de mujeres y amigas ayudan a sostener sus trabajos remunerados y de cuidado.

Respecto a las labores de limpieza de la casa, muchas señalan que cuentan con la ayuda de sus parejas en las actividades, pero su implicación se expresa en términos de ayuda, siendo ellas las principales responsables. No obstante también se debe recalcar que hay casos donde los hombres, como hermanos y esposos están involucrados de manera activa en estas actividades, en especial después de sus jubilaciones.

Monica Ramos Toro (2018) sostiene que las desigualdades que se experimentan a lo largo de la vida influyen en el envejecimiento y se expresan en hacer del envejecimiento más vulnerable. Este punto, tiene una conexión directa con las 5 historias de las comerciantes, ya que la doble carga de trabajo, de comercio y de cuidado, a lo largo de sus vidas se refleja, en la imposibilidad de desempeñarse en un trabajo asalariado y estable, que les brinde en la vejez acceso a servicios de salud y sistema de pensión. Aunque Rosa y Clara cuentan con seguros de salud por los oficios de sus esposos, están sujetas a la relación con pareja. En comparación con sus esposos, que pueden contemplar la posibilidad de trabajar en lugares que les brinden seguros después de su retiro, las adultas mayores dependen de sus relaciones. En el caso de Albertina, Lupe y Elena la situación es más preocupante porque exponen la falta de atención que tienen los servicios estatales, la desconfianza y poca accesibilidad de los privados. Además es difícil ahorrar porque su medio de subsistencia está enfocado en el día a día, en el pago continuo de sus centros de comercio y seguir siendo una fuente de ingresos para asegurar el futuro de sus hijos e hijas. En este sentido se evidencia que las desigualdades estructurales que se

acumulan en la vida impactan en los recursos y seguridad que se puede tener durante la vejez.

2.3. La vida en el mercado

2.3.1. Breve contexto histórico

El mercado de Magdalena ha sido sujeto de varios cambios a lo largo de los años, que responden a transformaciones sociales, políticas y económicas del país. En una placa dentro del cuarto de administración se lee que el espacio fue destinado al servicio público en 1936. El sector comercial ha experimentado una notoria expansión en las calles colindantes a la cuadra que alberga el mercado más grande de la zona, que tal como se indica en el letrero principal, lleva el nombre de “Magdalena Plaza”. Aunque todo el espacio es referido como “Mercado de Magdalena” por comerciantes, clientes y transeúntes; es relevante prestar atención a este dato, ya que es resultado de una serie de conflictos legales y burocráticos en los que el mercado se encuentra inmerso.

Según el artículo periodístico de Fernández (2016), hasta el año 2001 la Municipalidad de Magdalena fue propietaria del terreno, pero bajo la ley N° 26569 de privatización de mercados, el dominio fue vendido a una parte de los socios del mercado. A pesar de conflictos y la imposibilidad de algunos comerciantes de comprar sus puestos, la tenencia pasó a las manos de una persona jurídica que no representaba a todos los comerciantes. En el proceso se tomaron decisiones, por dirigentes y terceros, que perjudicaron a los dueños y comerciantes, como la incorrecta tasación del terreno e hipoteca. Muchos de ellos, a pesar de pagar por sus puestos en el momento, no figuran como dueños legales en los papeles. La asociación de comerciantes se vió sumergida en un proceso burocrático y legal ante las continuas irregularidades (El Comercio, 2016). Este proceso de privatización, que sigue presente en las preocupaciones y tensiones del mercado, fue parte de las políticas que se desplegaron durante el gobierno de Fujimori en 1996. García (2018) explica, desde un enfoque jurídico, que la ley N° 26569 de privatización de mercados permitía la compra de los mercados por personas jurídicas y establecía la prioridad de compra a quienes conducían los mercados; sin embargo fue espacio de delitos por abuso de autoridad que puso en peligro al espacio de los comerciantes (p.28). En la actualidad,

el tema sobre el juicio del mercado despierta conflictos antiguos entre comerciantes y disputas entre diferentes bandos. Las comerciantes sostienen diferentes historias y versiones sobre la privatización del mercado.

En el mismo contexto y frente a las leyes impuestas durante el gobierno de Fujimori, se enmarcan políticas que prohibieron el comercio ambulatorio en distintas partes de Lima, y ante las cuales, las comerciantes entrevistadas se vieron afectadas. Con la prohibición de la venta ambulatoria, algunos comerciantes se organizaron para alquilar o comprar locales cercanos al mercado central y convertirlos en pequeños mercados. Las implicancias de estas políticas forzaron a muchos ambulantes a buscar un puesto de alquiler o la compra de puestos, para algunos significó no poder ejercer su labor de ventas alrededor del área comercial del mercado de Magdalena. Durante este periodo, las comerciantes recalcan la figura de Alberto Andrade, quien fue alcalde de Lima en 1996 y luego, por reelección, tuvo un periodo de gobierno en 2002. Una de sus políticas más recordadas por las comerciantes es la erradicación de ambulantes que se insertó con un discurso de “limpiar la ciudad” (Ghassemi, 2014, p.53). En el afán de formalizar a los trabajadores informales, se impusieron normas que sancionaron la venta ambulatoria; lo que ocasionó algunas protestas en algunos sectores de comercio. Todas las entrevistadas indicaron que este proceso les afectó directamente, pues al ser en ese momento vendedoras ambulantes, tuvieron que buscar de forma desesperada puestos de venta y recursos para mantener su trabajo en el comercio.

2.3.2. El mercado como lugar

En la presente investigación, se busca comprender al Mercado de Magdalena como un lugar construido por procesos y prácticas sociales de quienes habitan y transitan por el espacio. Lefebvre (1974), desde sus aportes a la antropología urbana, sostiene que el espacio social es resultado y producto de las relaciones, prácticas, y acciones sociales y al mismo tiempo, es parte de ellas (p.14). Cresswell (2008) sigue una línea similar al asegurar que los lugares son construidos desde la práctica social reiterada; es decir, son hechos y rehechos en el día a día (p.39). Para el estudio de los lugares, el autor plantea prestar atención a los procesos sociales y económicos, como condiciones estructurales que influyen en la construcción de los espacios,

como a la agencia de los actores y sus prácticas desde una aproximación fenomenológica (p.51). En este sentido, el estudio del mercado como un lugar es fundamental para comprender las historias y experiencias de las adultas mayores, y explorar más adelante cómo la vejez se sitúa en este escenario.

Cabe recordar, como se precisó en la metodología, que el Mercado de Magdalena es entendido como la zona comercial que abarca tres cuadras, conformado por “Magdalena Plaza” y los mercados aledaños. Los mercados representan un área muy rica de comercio y condesan una variedad de alimentos y productos. Se construyen a base de puestos independientes de frutas, verduras, carnes, plásticos, condimentos, abarrotes; así como la presencia de servicios de sastrería, zapatería, comida, entre otros. El tránsito de gente por el Mercado de Magdalena es constante y varía de acuerdo a la hora y día. Quienes circulan y construyen el lugar son los comerciantes, sus familias, ayudantes, cargadores, cobradores, fiscalizadores, vendedores ambulantes y clientes.

No es posible hablar del mercado sin mencionar los constantes cambios a los que ha estado sujeto en el tiempo. Cambios y continuidades que se expresan tanto en la materialidad del mercado respecto a la organización arquitectónica, como en la percepción del mercado por quienes lo transitan y habitan. El boom gastronómico es una de los acontecimientos que ha dejado marcas por el espacio del mercado. El mercado cuenta con varios puestos destinados a la venta de menús, la variedad de comidas se extiende desde menús marinos, amazónicos y criollos. Por los pasadizos se pueden apreciar puestos que gozan de popularidad y provocan colas por los clientes, entre los más populares están las papas rellenas, el ceviche, las causas y la comida amazónica. En varios de estos puestos destaca la gigantografía desgastada de una fotografía del dueño o dueña junto Gastón Acurio, aclamado gastrónomo; junto a ello, hay una ya gastada imagen de la marca Mistura que posicionó hace más de 10 años a varios negocios en el foco de la popularidad gastronómica. Otro de los sucesos que ha dejado marca en el mercado es la pandemia por COVID-19, entre los puestos se ven rezagos de las restricciones que se implementaron durante más de dos años, en algunos puestos aún se nota las láminas de plástico, que una vez fueron la línea divisoria entre compradores y vendedores. En otros, las mascarillas colgadas dentro del puesto recuerdan la incertidumbre y crisis sanitaria durante la pandemia de

COVID-19. Y en el piso, ya sin tanta claridad, se observan los círculos amarillos que se colocaron para promover el distanciamiento social durante la época. En algún momento de la conversación con Elena, Rosa, Lupe, Clara y Albertina, el tema de la pandemia y la inestabilidad que experimentaron salió a flote. Cuentan que se vivió con mucho miedo, no solo por el miedo al virus, sino por las restricciones y cierres en los mercados. Algunas dejaron sus labores, pero ante la necesidad económica, otras regresaron a pesar de la incertidumbre de la situación.

La señora Victoria y la señora Lupe aseguran que “el mercado está construido por migrantes”. La mayoría de comerciantes del mercado de Magdalena, provienen de otras regiones del Perú, algunos ya forman parte de una segunda generación nacida en Lima, ya que sus padres y madres fueron quienes migraron de otras regiones. El mercado ha cambiado con el tiempo, algunos comerciantes ya no regresaron después del aislamiento social por la pandemia de COVID-19, “muchos abuelos murieron y otros ya no regresaron a vender” me contó Ana, una comerciante de lanas. Uno de los cambios más recientes es la creciente presencia de ayudantes y comerciantes de nacionalidad venezolana. Tanto como cargadores y en el trabajo de vendedor en puestos de frutas, verduras y menús, es en el mercado donde han encontrado oportunidades para incorporarse al trabajo asalariado. Asimismo, también forman una parte importante de los vendedores ambulantes, muchos dan vueltas alrededor del mercado y otros se ubican entre las alamedas del sector comercial. Algunos comerciantes en los puestos, colaboran o son clientes de los vendedores venezolanos. En las conversaciones, se expresa la preocupación por ellos, por la situación de su país y la posición vulnerable y difícil donde se encuentran. Sin embargo, en otras ocasiones el discurso sobre los migrantes puede adquirir una connotación negativa, asociándolos con la delincuencia y cayendo en estereotipos xenofóbicos.

En el mercado se puede observar que hay una mayoría de mujeres en diferentes puestos, desde dueñas comerciantes, cobradoras y ayudantes en los puestos. Sin embargo, cada vez es más notoria la presencia de hombres en puestos de venta, aunque no suelen estar solos, sino como parte de unidades domésticas o como ayudantes. En el mercado hay gente de todas las edades, hay bebés en coches a cuidado de comerciantes y compradores; niños y niñas con uniformes escolares;

jóvenes, adultos y adultas comprando y vendiendo; así como adultas y adultos mayores. Aunque la estructura de los pasillos de algunos mercados no es tan amigable, también hay personas en silla de ruedas y andadores en los puestos del mercado. Es en las horas de la tarde, cuando hay menos compradores, que se puede observar de mejor manera como el mercado se construye en base a sus prácticas como una comunidad. En la siguiente nota de campo se puede evidenciar su carácter versátil:

Cuando ya son pasadas las 4 p.m, en una parte del mercado se juntan hombres a ver un partido de fútbol en una televisión instalada en un puesto; en otro pasillo, una niña hace su tarea en una silla, y doblando la esquina, hay cuna con una bebé a lado de un puesto. El mercado como espacio, parece ser espacio de todo. Los comerciantes y las comerciantes bromean entre ellos. (Nota de campo, agosto 2023, mercado de Magdalena)

De esta forma, el mercado no debe ser solo comprendido desde las transacciones económicas; sino, desde su componente relacional que permite la construcción y mantenimiento de lazos sociales, que moldean y son moldeadas por las experiencias de los y las comerciantes. En su estudio en Huaraz, Ancash Florence Babb (2019) describe el mercado como un espacio de solidaridad y resistencia, en referencia al potencial de participación política que hay entre vendedoras en los sindicatos y las relaciones que mantienen para subsistir (p.171). Aunque en el Mercado de Magdalena no se muestre este involucramiento en sindicatos, si es importante resaltar su potencial como espacio de solidaridad y resistencia, en especial en vínculo con las relaciones vitales que las comerciantes construyen.

Comprender al mercado desde su potencial como comunidad, también implica posicionarlo dentro del contexto más grande de la ciudad de Lima. El clima que las comerciantes describen sobre la capital está teñido por la sensación de desconfianza e incertidumbre. A veces se desconfía de los ambulantes, de los que piden donaciones o los caseros, ello se expresa en frases como: "Acá hay que tener cuidado porque roban" "no le digas" "aquí te tienes que valer por ti mismo" "Ahora ya no sabes qué puede pasar". Clara contaba que antes hacían más intercambios, trueques y hasta eran más comunes las fianzas, pero ahora ya no porque 'hay que cuidarse'. La señora Victoria, también sostiene este discurso, el de tener cuidado en el mercado. Estas descripciones responden a procesos sociales y políticos, que han moldeado sus experiencias en la ciudad, como comerciantes mujeres migrantes. Ello afecta las

relaciones y percepción del mercado, como un espacio público y a la vez como lugar construido en su día a día.

A pesar de ello, siempre hay espacios donde se busca construir relaciones de confianza. Algunos comerciantes son muy amables con las personas que están pidiendo dinero y ambulantes. Les preguntan sus historias y colaboran, en contraposición con el transeúnte que da una moneda y sigue caminando o solo continua caminando. Ellas les preguntan 'qué ha pasado' y 'por qué están haciendo eso', y les avisan cuando viene la policía. Por ejemplo Clara, le da trabajo a un venezolano que la pasa echado en una banca del boulevard. Ella puede ir hasta la esquina a botar sus bolsas de basura, pero a veces lo llama y le pide que las bote por una propina. Después de todo es ayudarlo. El sistema de confianza es frágil pero sigue funcionando por la confianza que deciden depositar en otros cada día. En este sentido, el mercado se concibe como un lugar para dialogar y central para la socialización. Es un lugar de trabajo, amistades y tensiones, una comunidad con sus propias reglas. Un espacio de trueques, peleas e historias de muchos migrantes con visitas a sus tierras.

En el mercado se escuchan constantes reflexiones y opiniones sobre temas políticos, económicos y religiosos, así como se discute sobre comercio y noticias nacionales. El análisis de Filgueiras (2009) sobre el comercio ambulatorio y mercados en Lima, retoma un eje central para la discusión: "Vale recordar que estos mercados están, en la historia y en la filosofía, en el origen de la idea de espacio público – actualmente tan en boga en los esfuerzos de democratización del espacio urbano." (Vargas, 2001 en Filgueiras, 2009, p.55). Bajo esta óptica, el mercado también se configura como un lugar de debate político. Entre pasillos se escuchan conversaciones sobre préstamos, partidos de fútbol y gobiernos. Se habla sobre cómo va la gestión del alcalde y lo que se está haciendo por el mercado. Así como también se opina sobre dimensiones más personales, las comerciantes hablan de los hombres y las noticias alarmantes de violencia. En estos intercambios verbales, entre comerciantes, transeúntes y compradores se despliegan narrativas sobre género y clase.

Prestar atención al uso del lenguaje también proporciona valiosos indicios para conocer sobre la identidad étnica y regional de las comerciantes, lo que concordaría con lo planteado por De la Cadena (2004) sobre la característica contextual y

dinámicas de las formas de identidad. El quechua se escucha en intercambios entre comerciantes, así como entre vendedores ambulantes y comerciantes. Una nota de campo sobre el quechua puede ayudar a comprender más sobre el vínculo que tiene con su identidad como migrantes:

Elena me pregunta si sé quechua, le digo que sé un poquito. Y le habló un poco en quechua (de Cusco), Elena dice que ese no es el quechua que ella hablaba, ella tiene otro quechua. Victoria escucha y dice que el quechua de Huamanga, Ayacucho es distinto y cuando se pone a hablar, en efecto lo es. 'El de Huaraz es aún más distinto', dice Elena. La conversación cambia. La señora Victoria comenta que cuando sus paisanos vienen (a Lima) 'se chupan de hablar quechua', ella cree que es por un complejo de inferioridad. En cambio, asegura con orgullo, que ella sí habla quechua. Por eso se dirige a una comerciante en la otra esquina, que está desgranando arvejas. Es una señora mayor que está siempre al frente de su puesto, está sentada en una pequeña banca y siempre está haciendo algo, pelando, cortando o desgranando. Victoria le pregunta en quechua 'cómo está' y ella le responde que tiene sueño en quechua. Luego se dirige a nosotras y nos dice que Pilar, la señora con la que acaba de hablar, también habla aymara. (Nota de campo, septiembre 2023, mercado de Magdalena)

De manera similar, un ejemplo que merece atención es el caso de Albertina. Un día que la acompañaba, una vendedora ambulante se acercó a venderle flores. La comerciante vestía una pollera, llevaba trenzas y se dirigía a ella en quechua, mientras que Albertina le respondía en español. Al mismo tiempo que compraba flores blancas, intercambiaron por un rato palabras y luego se despidieron, parecía que no era la primera vez que interactuaban. Luego, le pregunté a Albertina sobre el quechua. Ella dijo que sí lo hablaba, pero solo con sus paisanos. La estigmatización hacia el quechua no es un tema nuevo, sobre ello, Zavala sostiene:

En Perú, el quechua ha sido siempre una lengua relegada desde su contacto con el castellano. El menosprecio hacia la cultura andina por parte del proyecto ilustrado del siglo XIX estuvo fuertemente anclado en la desvalorización de su lengua, que fue considerada incapaz de ser utilizada legítimamente dentro de la esfera pública y la cultura letrada. (Zavala, 2016, p.214)

De esta manera, la construcción del Mercado de Magdalena como un lugar es clave para analizar las trayectorias y vidas cotidianas de los comerciantes. El mercado tiene un fuerte potencial respecto a su carácter flexible y relacional, además de ser espacio de prácticas y discursos sociales y políticos. Es importante recalcar, que no busco idealizar los mercados como espacios armoniosos y llenos de solidaridad, ya que el día a día también está marcado por tensiones y conflictos. Hay personas que sacrifican mucho para sacar adelante sus negocios, experimentando frustración

cuando no se vende lo esperado o cuando se enfrentan a clientes groseros. Sin embargo, a pesar de estas situaciones, persiste la motivación de las y los comerciantes por seguir creando y manteniendo relaciones sociales de apoyo dentro del mercado. Ello se evidencia en los desayunos que se fían, pequeños descansos, visitas a otros puestos y bromas entre compañeros. En medio de una ciudad marcada por la desconfianza, los mercados se configuran como tejidos sociales que permiten apoyo entre quienes más lo necesitan. Se podría decir que, los mercados desafían la tendencia hacia el individualismo que caracteriza a muchas urbes.

2.3.3. El puesto-casa

El análisis del mercado como un lugar, también nos lleva a aproximarnos al uso que hacen las comerciantes de sus espacios. Por ello, en este apartado se presta atención a sus puestos. Los puestos en el mercado son manejados de manera independiente por cada comerciante o unidad doméstica. A parte de ser lugar de comercio, también se configura como un espacio para otras actividades: como el descanso, la alimentación y el cuidado. En la investigación de Jirón Martínez et al. (2022), se plantea el concepto de “movilidades” para comprender los espacios entendidos desde su componente relacional, constituido por personas, vínculos y materialidades dinámicas que producen y forman parte de las experiencias (p.204). En este sentido, los puestos-casas se construyen en base a las prácticas de los comerciantes y sus entornos, convirtiendo sus puestos de venta en espacios domésticos y a la vez públicos. El puesto-casa puede no ser tan visible para los clientes. Al frente, a la vista del público, se presentan los productos de venta, las frutas, verduras y condimentos, al alcance del comprador. Otros objetivos y acciones asociadas a la casa, intentan pasar desapercibidas, como la lana para tejer, la tarea de los niños/as y el uso del celular para ver novelas. En el puesto también se duerme y come, en las mañanas pasa la primera ronda de comerciantes que venden desayuno (y cobran al final del día), para sus clientes habituales, las tazas son de porcelana; mientras algunas anuncian lo que se preparará para el almuerzo. Después de medio día, cuando baja la clientela, los y las comerciantes disfrutan de sus almuerzos, algunas compran menús, otras traen de casa y otras preparan el almuerzo en el puesto.

El puesto literalmente se convierte en casa con las divisiones que hacen los comerciantes de sus espacios. Como en el caso de Linda: con ella conversé unas cuantas veces, pero no se pudo tener todas las entrevistas porque estaba muy ocupada y a veces ya no venía al mercado. Linda se dedicaba a la venta de vegetales y productos asiáticos, tenía salsa de soya, wantan, fideos para chifa entre otras cosas. En su puesto también resaltaba la presencia de su gato “negro”, que tenía un plato con agua y bolsa de comida a un lado. El puesto de Linda antes era el de su mamá, que también vendía vegetales. Estaba dividido de una forma curiosa, al frente se encuentran las verduras: los tomates, zapallos, papas y brócolis; por las paredes cuelgan otros productos: condimentos empaquetados, ajinomoto y salsas de soya. En la parte superior de la pared, colocaba otros productos: vinagre, vinagre de manzana, aceite vegetal. Desde una mirada rápida, su puesto acabaría ahí; pero en realidad, la pared donde están colocados los productos divide el espacio y atrás del ‘puesto’ se crea otra habitación. Atrás almacena más productos y deja sus objetos personales. Un caso similar, es el uso que dan Elena y Luis a su puesto:

Después de conversar con Elena y quedar en que yo ayudaría en el puesto para aprender sobre cómo era el comercio de vegetales, el sábado me presento a las 8am para empezar mi primer día. Elena está dentro del puesto acomodando unas cosas y desde afuera solo se ve la parte superior de su cuerpo, por lo pronto me quedo afuera del puesto. El señor Luis, su hermano, viene y va con una carretilla trayendo bolsas con los vegetales que han comprado del mayorista. Es ahí cuando me invita a entrar a su puesto. Una pequeña puerta por la mitad divide los espacios, además de los estantes con verduras y papas. Cuando ingreso, me sorprende con lo veo, adentro del puesto por un lado hay una caño y lavadero, más abajo hay productos de cocina y cerca del piso hay una cocinita que funciona a gas, con el balón de gas a unos metros. Por el otro lado se encuentra una refrigeradora, la cual si se alcanza a ver desde afuera. Y en la esquina, entre mantas y un piso cubierto con cartón, está durmiendo una bebé. Elena me presenta y dice que estaré ayudando en el puesto. (Nota de campo, septiembre 2023, mercado de Magdalena)

El día de mi entrada al puesto de Elena, conocí a su hija, Esther. Quien se encontraba de visita junto a sus dos hijas pequeñas, la bebé que dormía en el puesto era su segunda hija de menos de un año. Ese sábado había ido a pasar el día en el puesto y aprovechaba mientras la más pequeña dormía para pasear con su otra hija por el boulevard. En ambos casos, las comerciantes modifican sus puestos en el mercado para crear otros espacios, que les permiten realizar otras actividades, de cuidado y descanso. En otra ocasión, Esther venía al puesto a trabajar de manera remota en su laptop, mientras Elena vendía y cuidaba a sus nietas. El puesto y el

carácter flexible del comercio permitían que Elena pueda apoyar en el labor de cuidado. Babb (2019), con sus múltiples estudios de las mujeres comerciantes en los andes, ha prestado atención a cómo las vendedoras combinan labores domésticas y comerciales para subsistir. Sobre esta cargada labor de cuidar y vender, las comerciantes adultas mayores han expresado la dificultad que experimentaron cuando sus hijas e hijos eran pequeños y se las arreglaban para combinar el trabajo doméstico y productivo. Asimismo, Bunster & Chaney (1989) han expresado, en su estudio sobre mujeres ambulantes en Lima en los 90's, su preocupación por la doble labor que desempeñan las comerciantes (p.107). Estos datos no pueden pasar desapercibidos para comprender la configuración del puesto-casa, ya que es una estrategia previamente usada por las comerciantes para sostener sus unidades domésticas.

Retomando lo planteado por Florence Babb (2019) sobre el mercado y el trabajo reproductivo y productivo que realizan las mujeres, es importante mencionar la reflexión que propone después de una revisión teórica. Sin devaluar el aporte teórico de lo “reproductivo/productivo” concluye que no deben ser conceptos usados de manera rígida ni ahistórica porque se puede caer en dicotomías que asocien de manera intrínseca lo reproductivo con la mujer, y lo productivo con el hombre, y lo privado y lo público como completos opuestos (p.186). Por ello, es importante mencionar que el puesto como extensión de la casa también es utilizado como una estrategia por los hombres. Este es el caso de Luis, hermano de Elena, quien cocina para su hijo y esposa (comerciante en otro puesto). Su hijo, Joselito, pasa algunas mañanas en el mercado, ya que va al colegio por las tarde. Por un lado, Luis se encarga del desayuno, almuerzo y llevar a su hijo al colegio; mientras que su esposa, Gloria, se hace cargo del refrigerio y de cambiarlo con su uniforme. Sin embargo, el caso de Luis no suele ser muy común y eso es respaldado por los caseros en las siguientes notas de campo:

Cuando Luis está por salir a dejar a Joselito a la escuela, parece el casero de camiseta de Perú. Saluda a Luis, diciendo: ‘aquí está el pisado’, Luis solo se ríe, mientras termina de cortar las zanahorias. Yo estoy detrás del mostrador, le saludo y atiendo. El casero dice “que bueno ver una cara linda al fin en el puesto, en vez de solo tu cara” aludiendo a Luis. (Nota de campo, septiembre 2023, mercado de Magdalena)

Vino el mismo casero del señor Luis, creo que se llama Bruno. Ahora la dinámica fue diferente. El señor Luis le dijo: “¿cómo está el pisado?” y el otro respondió: “Aquí pues

pisado”. Ambos bromean con ser “pisado”. El casero dice que su esposa lo ha mandado a comprar para su suegra, así que compra en menor cantidad a lo que generalmente hace. (Nota de campo, octubre 2023, mercado de Magdalena)

Mientras que algunos hombres, como Bruno, pueden extender comentarios negativos por la involucración en labores domésticas, cabe notar que las comerciantes suelen expresar impresiones positivas hacia las acciones de Luis. Desde la espacialidad de los cuidados, usado por Jirón Martínez et al. (2022), los puestos del mercado son creados por las intenciones de las y los comerciantes en diálogo y práctica con el entorno material donde se localizan (p.215). El mercado y los puestos-casa son leídos desde esta noción como una dimensión espacial importante para el cuidado. Dicha estrategia y práctica puede extenderse para la vida adulta y el cuidado de los nietos.

2.4. Balance del capítulo

Este capítulo presenta las trayectorias laborales de las cinco mujeres que constituyen los casos a estudiar: Elena (63 años), Rosa (66 años), Lupe (65 años), Clara (59 años) y Albertina (58 años). Sus historias se expresan a través de narraciones y en líneas de tiempo que se elaboraron junto a las comerciantes, destacando hitos significativos en sus vidas como migraciones, casamientos, nacimiento de sus hijos e hijas, y su trayectoria en el comercio. El análisis se enmarca en la perspectiva de género interseccional, que resalta cómo el género y otras categorías se intersectan para comprender sus trayectorias como mujeres migrantes comerciantes del mercado. Desde las investigaciones de Seligmann (2015) y Weismantel (2017), se contextualiza el patrón migratorio seguido por las participantes, con una movilización de los Andes hacia la capital, Lima.

Las trayectorias permiten comprender cómo las cinco comerciantes han estado involucradas en labores de cuidado en diferentes niveles a lo largo de sus vidas, ya sea como trabajadoras del hogar o como cuidadoras de hijos e hijas de familiares directos. Más tarde, también han sido las principales cuidadoras de sus propios hijos, implicando una doble jornada, al combinar su trabajo del comercio con las responsabilidades en el ámbito doméstico y laboral. A partir de los conceptos sobre economía feminista de C. Rodríguez (2015) y el análisis de las vendedoras

ambulantes en Lima por Bunster & Chaney (1989), se evidencia cómo la organización y desvalorización del cuidado han influido en las oportunidades y limitaciones que enfrentaron las adultas mayores a lo largo de sus vidas. El concepto de "cadena de cuidados" (González, 2018) es clave para entender cómo este trabajo, aunque invisible, se mantiene presente y es esencial para sostener tanto los trabajos remunerados como las unidades familiares. Además, el análisis del ciclo de vida y el enfoque interseccional permite comprender cómo las desigualdades experimentadas a lo largo de sus vidas han impactado sus condiciones de envejecimiento. Por ejemplo, el escaso acceso a trabajos formales y bien remunerados está directamente relacionado con la falta de acceso a los sistemas de pensiones y seguros de salud.

Respecto al espacio del mercado y sus puestos de trabajo como lugar que también configura sus experiencias y a la vez ellas construyen, es valioso el uso del marco conceptual de la construcción de lugares (Lefebvre, 2013; Cresswell, 2004) para comprender sus trayectorias desde el uso del espacio y prácticas sociales que despliegan para subsistir y sostener la doble jornada de trabajo. Este enfoque permite entender cómo el mercado se configura como un lugar central en la construcción de sus experiencias de género en relación a su condición de comerciantes del mercado a lo largo del tiempo, sirviendo tanto para establecer relaciones sociales como para interpretar el envejecimiento, como se explorará en los siguientes capítulos.

Capítulo 3: Trabajo, rutinas y redes sociales

El objetivo del tercer capítulo es describir las rutinas laborales de las comerciantes entrevistadas, así como contextualizar el comercio minorista y comprender las dinámicas sociales y corporales en su labor. En sus rutinas, también se evidencia el trabajo de cuidado y el aportes a sus esferas familiares. Es interesante notar el significado y valor que asignan a su trabajo como comerciantes, mientras que el trabajo de cuidado no resalta de la misma manera. Las narraciones que se presentan corresponden a las conversaciones que se tuvieron con las adultas mayores sobre su día a día en dos momentos: cuando tuvieron a sus hijos y ahora. Esto se debe a que en los relatos de su trayectoria y línea del tiempo, las comerciantes recordaban eventos de su vida en relación a hitos de sus hijos e hijas: como su nacimiento, etapa escolar y luego universitaria. Prestar atención a cómo se recuerda la historia, nos ayuda a identificar los ámbitos significativos para las mujeres. En este sentido, se hace énfasis en los cambios sociales para responder a las pregunta sobre las respuestas y prácticas alrededor de los cambios asociados al envejecimiento.

Osorio (2006) sostiene que es fundamental dirigir la atención a la vida cotidiana de las personas mayores para comprender cómo se construye socialmente la vejez, en especial notar el diálogo entre la experiencia del individuo y su interacción con la sociedad. Por consiguiente, se busca comprender el significado que las adultas mayores asignan al paso del tiempo y cómo ello configura y es configurado por ellas. Esto se evidencia en transformaciones de sus relaciones interpersonales o cambio y adaptaciones en sus actividades laborales. Estos cambios serán analizados desde los conceptos de capital social y simbólico (Bourdieu, 1986) y la importancia del capital social en relación al envejecimiento (Rutagumirwa & Bailey, 2017).

3.1. El comercio minorista: verduras, frutas y condimentos

El comercio minorista se caracteriza por la venta y compra de productos en menor escala. Puede ser un trabajo formal o informal, realizado de forma ambulatória o en puestos establecidos. De las cinco entrevistadas, Elena, Clara y Albertina se dedican al comercio de verduras; mientras que Lupe se concentra en el comercio de frutas y Rosa se dedica al comercio de condimentos, legumbres y algunos productos

de bodega. El trabajo que realizan no debe comprenderse sólo desde la compra y venta de productos, en cambio, se debe resaltar todas las tareas que se realizan como: la movilización, modificación, limpieza y transformación de los alimentos. Weismantel (2017) y Babb (2019) han descrito el trabajo de las comerciantes desde su compleja elaboración y cuidado. Las frutas y verduras se eligen de acuerdo al color y composición, se sigue una lógica económica para sacar el máximo provecho al producto, a través de cortarlos, rayarlos, separarlos en bolsas, creando ofertas e intercambiando con otros comerciantes.

A ello se le suma, las actividades de venta y socialización en el mercado. Las comerciantes deben construir buenas relaciones con sus compañeras de trabajo, ayudantes, cargadores y cobradores para tener éxito en el negocio. La buena mantención de relaciones las beneficia en la venta, les ayuda en el día a día para sencillar billetes grandes, verificar su falsedad o ayudar a convencer a un cliente de una compra. Un ejemplo es el de Clara, quien comparte el mismo carro cargador de regreso del mayorista con otros comerciantes, el viaje le sale más barato y ambos pueden cargar sus costales. Las buenas relaciones no son solo útiles para el comercio, sino que se extienden a otras esferas, se pueden convertir en apoyo emocional y económico, a través de préstamos y amistades. Así como una buena relación puede beneficiar al puesto, una mala relación puede provocar la pérdida de clientes.

Las comerciantes entrevistadas siguen rutas de comercio parecidas, para proveer de productos a sus negocios se levantan a tempranas horas de mañana para movilizarse hacia los mercados mayoristas: el mercado de Santa Anita y La Parada. Así describe Albertina el trabajo del comercio: “Se sufre, se tiene que madrugar”. Elena y Victoria cuentan que el horario de los mayoristas es nocturno, estos mercados funcionan desde las 10 p.m. durante toda la madrugada. Por ello, las comerciantes se deben levantar a las 2 o 3 a.m. para llegar a elegir sus productos. “Si llegas a las 6 de la mañana ya se han escogido todo” aseguraba Elena. La ruta hacia los mayoristas se describe con peligrosidad, Rosa contaba que llevaba su dinero escondido en el sostén y Elena lo escondía en su zapato. Se debe estar alerta en este escenario, no dejarse engañar y verificar que los productos estén en buen estado. Luego, les toca realizar el viaje con costales y cajas hacia el distrito de Magdalena del Mar, que no se

encuentra cerca a estos mercados de mayoristas. En este contexto, también deben considerar el pago a los cargadores, hombres jóvenes en su mayoría, que cargan los productos del puesto mayorista al transporte y luego otros que cargan del transporte al puesto en el mercado de Magdalena. Para estas tareas, los comerciantes se pueden organizar de diferentes maneras, dependiendo de sus relaciones y recursos, pueden asociarse con otros comerciantes y/o conseguir cargadores que también transporten la mercancía.

Entre las 7 a.m. y 8 a.m. las comerciantes ya se encuentran acomodando los productos. En el caso de Elena y sus verduras, en todo el proceso de organización los vegetales pasan por una selección, por tamaños, peso y antigüedad. Los nuevos son colocados al fondo, las papas son organizadas por tamaño y a los vegetales verdes les cortan las hojas que empiezan a marchitarse. Se genera bastante basura durante esta limpieza, de hojas, de cáscaras, de más bolsas y de algunos vegetales que ya se marchitaron. Además, los vegetales pequeños o “deformes” son seleccionados para ser cortados en otras presentaciones o ser de consumo propio. Luis y Elena, prestan mucha atención a los tipos de clientes que vienen a comprar y la presentación de los alimentos es un aspecto en el que se fijan.

A la hora de la venta, las comerciantes utilizan estrategias de familiaridad y cariño en el lenguaje para convencer a los clientes. El comercio en el mercado se caracteriza por la constante negociación, no solo de los precios, sino de las identidades y sentimientos del comprador. Algunos comerciantes aprovechan el interés de los caseros por sus lugares de origen para conversar y ofrecer productos. En otras ocasiones estos aspectos no son mencionados ni conversados. Las ofertas personalizadas son una gran estrategia empleada: “está 4 pero a ti te lo dejo a 3.50”, “Te encuentro uno mejor o te busco uno mejor” hacen que la compra se convierta en una relación más personal. La relación con los clientes depende de varios factores, entre ambos se comparten intercambios continuamente. En las interacciones entre estos dos actores, también se dan relaciones de poder. Las comerciantes aseguran que en su trabajo en el comercio dependen del cliente. En el mercado de Magdalena estas relaciones están marcadas principalmente por clase. Victoria, una comerciante de condimentos y hierbas, comenta de manera crítica que “la mayoría de caseros son de clase media”, al comentarlo hace referencia a las bolsas llenas de compras que

cargan. Este patrón de clase puede variar de acuerdo a la ubicación del mercado. Al acompañar en los puestos, pude observar que en el mercado grande “Magdalena Plaza”, los compradores no solían pedir fianza y llegaban a gastar hasta 100 soles en sus compras. En los mercados del boulevard, los mercados más pequeños, de Clara, Albertina y Lupe, las compras no se elevaban tanto en precio. Las caseras de Albertina compraban menores cantidades de verduras, como para el día y pedían más rebajas.

En razón al tiempo que llevan las comerciantes adultas mayores en sus puestos, tienen un grupo de caseros establecidos, a quienes conocen de tiempo. Clara asegura que ha visto crecer a los hijos de algunas de sus caseras. Sin embargo, esta fidelidad de clientes es difícil de encontrar, a lo largo de los años, Elena ha notado que cada vez ve a más gente nueva comprando en el mercado. Aunque pueden haber continuidades, si los clientes no están contentos con los productos, cambian rápidamente de comerciante, ello también se debe a la alta oferta de verduras y frutas que existe en el mercado.

La forma de medir el éxito en el mercado resulta interesante, el mejor comerciante es quien ya no se dedica a vender en su puesto, solo a dirigir y cobrar. El hecho de tener ayudantes en el puesto significa que se está prosperando en el negocio, se entiende que se cuenta con suficiente capital para pagar a otras personas para que vendan. En conversaciones informales con comerciantes, identificaban sus épocas de éxito como aquellas donde contaban con más personas para vender. El éxito económico también se convierte en poder en el mercado, quien puede pagar mejor a los ayudantes puede “jalar” a los mejores vendedores para su puesto o puede adquirir más puestos.

Se debe resaltar la importancia que tienen el trabajo del comercio para las adultas mayores, como un trabajo que les ha permitido tener ganancias económicas, un trabajo más independiente y valorado. Por ello, también recae la importancia del nombre “comerciantes”, siendo parte de cadenas de comercio. Las comerciantes señalan que en el comercio se puede ganar bien, pero es bastante sacrificado. Como dueñas de sus negocios, las comerciantes tienen gran nivel de agencia en sus puestos. Eligen a sus productos de venta y la forma de presentarlos, estando atentas a las tendencias y demanda de productos. Un ejemplo de su agencia es el uso de la “llapa”, los ayudantes no pueden decidir sobre ello, a menos que sea consultado o

ordenado por la dueña. Seligmann (2015) define 'llapa' como "una palabra de origen quechua que refiere al pequeño extra agregado a su compra" (p.81). Las comerciantes deciden a quién le dan ese extra y buscan desplegar estrategias de fidelidad en su uso.

Se debe mencionar que, en el caso de las adultas mayores entrevistadas sus motivaciones de trabajo como comerciantes no son meramente económicas, para algunas trabajar en sus puestos les permite continuar con sus amistades, realizar actividades y no aburrirse. Sin embargo, no se debe ignorar que es un tipo de negocio que requiere bastante esfuerzo, ya que en la mayoría de los casos sus productos son perecibles y tienen que venderse al día. Además, deben pagar las cuotas de la asociación o alquileres. Para algunas no hay tanta presión por el dinero porque sus hijos ya se han independizado y trabajan por su cuenta. En otros casos, si tiene un componente económico fuerte, ya sea para terminar de mantener a sus hijos en sus carreras o tener que pagar deudas. El trabajo así se convierte en una fuente de ingresos importante, pero también fuente de estrés y cansancio, porque requiere la administración, movilización y mantenimiento de relaciones.

3.2. Rutinas laborales

En el siguiente apartado se busca dar a conocer cómo han cambiado las rutinas de las adultas mayores comerciantes con el tiempo, en sus narraciones, se identifican cambios frente al cuerpo y energía, como a la compañía y nivel de involucración en la actividad comercial. Así mismo, es importante notar, como sus relaciones sociales con hijos, hijas y esposos ha variado con el tiempo. Se debe recalcar, que el tiempo no es algo que solo pase sobre ellas, sino que despliegan diferentes estrategias sociales, para adaptarse y modificar sus rutinas.

- Rosa (66 años)

Para Rosa, sus rutinas y preocupaciones entre su 'yo' de ahora y su 'yo joven' han cambiado bastante. Antes tenía que cuidar a los niños y dejó de trabajar en el comercio un tiempo cuando eran muy pequeños. Cuando ya iban creciendo y vivía por Magdalena del Mar, ponía un tablero en la puerta e iba vendiendo. En el segundo piso se quedaban sus hijos e iba cuidándolos cada tanto. Vendía ají panka y detergente en pequeñas porciones. También se encargaba de cocinar. Cocinaba para

sus hijos y después cuando eran más grandes, les cocinaba cuando estaban en la universidad. Cuando ya tenían entre 6 a 7 años sus hijos la ayudaban en las labores de venta. Cuando era hora de cocinar, ella se iba un rato y sus hijos se quedaban en el puesto. Señala que uno de los principales cambios entre antes y ahora: "es que ellos ya están grandes y yo ya estoy vieja; y además me falta fuerza". Rosa sostiene que el principal cambio es que ya no los mantiene; su trabajo, ahora es para ella y para su esposo. Lo bueno es que ahora se divierte, sostiene que tiene más libertad, un día le pueden decir para ir a algún lado y ella dice que sí. Tiene libertad de decidir, sobre qué hacer con su tiempo, que antes no podía.

Sobre la relación con su esposo, Rosa sostiene que antes se dividían las tareas, ella lavaba la ropa de sus hijos y él limpiaba. Aunque en su narración Rosa señala la división, en su relato parece que ella realizaba más labores domésticas, como el cuidado de los niños. Como él era profesor, solo descansaba de sábado a domingo. Ella limpiaba y cocinaba durante la semana. Por otro lado, respecto al deseo y relación de pareja Rosa comenta: "ahora ya no hay nada", dice entre risas "no te llama la atención nada, ahora con mi esposo parecemos amiguitos". Con el tiempo, ha cambiado su interacción, comenta que a su esposo "le gusta que le atienda". Antes le decía que se sirva solo, pero ahora sí lo atiende. Su esposo repite mucho que ya está viejo, y ya no puede hacer muchas cosas. Rosa cuenta que su esposo ahora vende rosquitas por el centro, "él dice no tiene vergüenza de estar vendiendo porque si se queda en la casa, dice que se va a morir, quiere seguir trabajando."

Respecto al trabajo, Rosa dice que ya no es como cuando era joven porque ya no alza los costales. Mientras cuenta eso, me señala los costales de legumbres que tiene alrededor, a veces su hija viene a vender con ella. Reconoce que ya no tiene la misma preocupación por sus hijos, sino ahora se preocupa por sí misma. Ahora tiene un poco más de tiempo para ella y siente cierta libertad porque puede salir con sus amigas. Su horario también ha cambiado, va a la parada menos seguido a comprar ajíes. Hace los condimentos en su casa por las mañanas y los almacena. Dice que antes madrugaba más, ahora hay días que se levanta más tarde.

- Lupe (65 años)

En la siguiente nota de campo, se puede conocer el caso de Lupe:

Cuando le pregunto a Lupe sobre su rutina cuando era joven, primero piensa en la chacra en Puno. Luego, le preguntó cómo era en Lima, cuando ya tuvo a su hija. “Eso ya era cuando tenía 30” me dice haciendo referencia a que no era tan joven. Me dice que por esa época vendían en las calles en un triciclo. “Empecé como pude, no sabíamos como era lo del comercio”, “¿Cómo aprendió?”, le pregunté. “Así no más, viendo, haciendo, a veces perdía capital y a veces me avivaba y ya tenía más clientes. Me di cuenta de que era buena atendiendo”. Cuando cuenta, a veces habla en plural, pero no parece referirse a su esposo. Más tarde, me cuenta que hacía todo con su hermana, estaban siempre juntas. Iban al mayorista a comprar la fruta, se levantaban a las 3.00 am para estar de regreso a las 5.00 am y vender desde las 6:00 am por el mercado. Cuando tuvo a su hija ya era más complicado “No puedes estar con la bebé todo el tiempo”. Su hermana y alguien más la ayudaba a cuidar, en sus primeros meses estaba entre su negocio y su casa, la traía para amamantar o se quedaba por ahí. Fue hasta que creció un poco más que le compraron un corralito a su hija. (Nota de campo, octubre 2023, mercado de Magdalena)

Lupe cuenta que durante esa época en el triciclo ya tenía un ayudante, eso significaba que le iba bien. Hace referencia al trabajo doméstico que realizaba antes al decir: “Yo ya sabía cuidar bebé, antes había sido ama de casa”. Cuando le pregunto sobre las tareas de limpieza y lavado. Me dice con normalidad, que ella lo hacía, lavar la ropa y limpiar, me cuenta de los pañales, “antes no habían descartables”. Entonces tenía que lavar a mano las telas. “Cuando era joven no se como hacía, lavaba en la noche la ropa, no me daba flojera”. Hace referencia a la energía que tenía y recuerda con cierta admiración lo que hacía. Luego le pregunto sobre la comida, como hacían con la comida. Lupe me señala alrededor y me dice que comían en la calle, se hacían caseros de un menú. Los menús y puestos de venta de comida se configuran como puestos importantes para los comerciantes, ya que no les da tiempo a cocinar, tanto en desayunos como almuerzos, son opciones para el día a día. Luego me cuenta que cuando fue creciendo su hija, se hizo más difícil “Era levantarse temprano para mandarla desayunada al colegio”. Su esposo la llevaba y recogía del colegio, hasta más o menos los 12 años, que ya empezó a ir sola.

"Tienes que ser muy ágil, porque sino los compradores se te van". Esta mención a “ser viva” en el comercio también se extiende a su experiencia como migrante, se tiene que ser viva en la vida. Ahora, siente que la vista le molesta, un tiempo usaba lentes, pero decidió dejarlos; aun con la molestía le gusta jugar crucigrama cuando el mercado se pone lento. Su situación ha cambiado, por la poca movilidad que tiene, ya no suele ir a Santa Anita, ahora va su hija; y como ya conoce

a algunos proveedores, les traen algunos productos en conjunto. Sobre ahora Lupe sostiene que:

Le pregunto a Lupe: ¿Cual es su motivación de trabajar, ahora? Ella responde que “es estar ahí nomás, estoy aquí con mi hija al lado, con mi hermana al frente, con mis sobrinas al frente. No tengo un puesto en sí, pero es un buen lugar”. Su lugar está por el pasadizo, tiene vista a una gran parte del mercado y la calle, es estratégico porque está en la entrada. Aunque se podría pensar que es ambulante por estar pegada a la pared. Hay un baño del mismo mercadito y tiene su silla. Me dice que está contenta, eso es lo importante, está contenta con su vida. Ahora habla de la palabra del señor, que le da sentido, sentido a los cambios por la edad y de la vida. A los “cambios de los ciclos”. Me cuenta un poco más sobre el evangelio, del apocalipsis y las profecías. (Nota de campo, octubre 2023, mercado de Magdalena)

- Elena (63 años)

Elena recuerda sus épocas como comerciante ambulante cuando ve pasar a las vendedoras. Fue cuando su hija tenía meses que llegó al mercado con el objetivo de independizarse, alquiló un cuarto por Magdalena del Mar y se involucró en el comercio de plátanos. Cuenta que primero se especializó en ciertos productos, como brócoli y vegetales baby. Esos productos recién se hacían populares entre los consumidores. Antes de que prohibieran el comercio ambulatorio en la zona, pagaba 50 céntimos a la municipalidad, para ocupar el piso como vendedora ambulante. Cargaba a su hija en la espalda. Mientras crecía su hija, le fue ayudando en el negocio. Con el tiempo pudo conseguir un puesto y establecerse de mejor manera en el mercado. Elena cuenta con sorpresa que su hija vendía desde los tres años, ofrecía a los caseros. Junto a ella iba hasta Santa Anita y ya conocía a todos los mayoristas, “a algunos les llamaba tíos” dice entre bromas, trabajaba todos los días.

Un tiempo Elena dejó el mercado, su hija tuvo complicaciones en su embarazo y decidió pasar el puesto a su hermano para pasar tiempo con su hija. Por complicaciones financieras y problemas que enfrentó su hermano Luis, tuvo que regresar al mercado. Ahora Elena trabaja de martes a sábado y aunque intenta retirarse a las 3 p.m. siempre se queda un rato más terminando de vender o acomodando las cosas en el puesto. Elena siempre está haciendo algo, corta con el cutter las vainitas y zanahorias, está constantemente atenta a si los vegetales se están marchitando. Elena sostiene que es muy duro ser comerciante, el viaje es cansado y hay que levantarse desde temprano. Ella siente que no descansa bien, porque debe estar atenta a su celular desde temprano para el contacto con los mayoristas.

Elena es muy atenta con sus clientes: "Los comerciantes tienen que estar muy atentos a los clientes porque dependen de ellos" "tienes que ser muy amables y todo tu mal humor te lo tienes que guardar". Aquí se evidencia que también hay un trabajo emocional para poder vender. Cuando hablamos sobre su familia, Elena señala lo agradecida que está con su hija: "es una buena hija". Ambas pertenecen a la iglesia evangélica y están involucradas en actividades comunitarias. Sin embargo, señala que a veces siente cierta soledad porque no cumple con lo que se imaginaba como una familia, con una pareja. No obstante, Elena muestra una posición marcada frente a su identidad como madre soltera en otras ocasiones, está orgullosa de lo que ha logrado para su hija. Además, en su casa cuenta con una red de familiares y gente que la visita.

- Clara (59 años)

Al recordar como antes era su rutina, Clara rememora cuando vendía en la calle, tenía un espacio (no oficialmente reservado) y vendía junto a un chico. Ella sostiene que "cuando te levantas, no te levantas sola". Se levantaba a las 3 a.m. para ir a La Parada y lo hacía sola porque habían carros que la recogían desde los Olivos. A las 7:30 a.m. regresaba con sus productos a vender. Más tarde, ya consiguió una carreta que le permitía moverse con más agilidad. Cuenta que la dejaba en una cochera cercana. Su día laboral terminaba más o menos hasta las 3:00 o 4:00 de la tarde, almorzaba en la calle. Cuando sus hijos eran más pequeños su prima los cuidaba. Solo durante el periodo de lactancia los traía consigo al vender. Recuerda, al igual que Lupe, que tenía que lavar los pañales pues en esa época no eran reutilizables. En esa época, sus principales preocupaciones eran sobre sus hijos y el lado económico porque los quería enviar al colegio y luego a la universidad; así, como terminar de hacer su casa y techarla.

Clara compara las responsabilidades que tenía antes. Eran varias: cuidar a los niños, estar atenta a las tareas del colegio, las compras de la casa, pagar el colegio, la mensualidad, decidir lo que iban a comer. Clara se sorprende al recordar todas las cosas que hacía "yo no sé como hacía con todo eso". Cuando le pregunto si lo hacía sola, dice que no, a veces le ayudaba su prima y a veces le ayuda su esposo. Es importante notar, que la involucración del esposo se entiende desde la ayuda. Sobre el puesto, comenta que ha cambiado de proveedores y mayoristas; además, ya no

tiene que estar buscando clientes porque ya los tiene. Su espacio en el mercado es el más estratégico, está por la puerta y tiene como caseros a restaurantes, que aseguran una buena venta. Como ya tiene tiempo en el negocio, y ya no tiene una gran carga económica, a veces puede decidir no levantarse tan temprano. Clara puede llamar a un cargador que ya conoce y le envía todos sus productos de La Parada, ella le paga al día siguiente.

Clara sostiene que también ha cambiado su percepción sobre la relación de pareja, comenta que: “antes te enamorabas y estabas muy pendiente, pero luego ya no. Ya no estoy tan preocupada por si viene a almorzar o no viene, ya como con mis hijos o sola. Esa tendencia a estar muy pendiente, cuando se iba a tomar, ya no me preocupa mucho”. Este cambio es importante para comprender los cambios sociales relacionados a la edad y el género. El mercado donde trabaja ahora cierra a las 9 p.m. pero ella se va antes. Ahora ya no le importan tanto, antes trabajaba hasta tarde porque tenía que pagar la universidad. Resalta: “ya no tengo a nadie que mantener”. Clara también identifica el cansado labor emocional del comerciante: “Ser comerciantes es difícil, siempre se tiene que estar de buen humor porque apenas te ven mala cara se van, se van rápido. Quieren que les atiendan rápido.”. Dice que ha visto generaciones de caseros, los ha visto crecer. Clara es conocida, los caseros la saludan y tienen pequeñas conversaciones. Dice con orgullo que se ha dedicado al comercio y también a sus hijos.

- Albertina (58 años)

Cuando tuvo a su primer hijo, Albertina cuenta que trabajaba por las calles. Su sobrina de 15 años le ayudaba con el cuidado de su hija y otros días lo llevaba consigo, aunque era más complicado vender y al mismo tiempo cuidar. Ella compraba de La Parada, no de Santa Anita, ya que este último lugar está más lejos. Albertina iba a las 4 a.m. y compraba lo que ya estaban rematando. Fue en las calles de Magdalena del Mar donde ubico que había más negocio. Cuenta que había cierto código entre ambulantes sobre los sitios, no ocupaban tu sitio si venías todos los días a vender. Cuando prohibieron a los ambulantes empezó a alquilar un puesto del mercado. Menciona que lo bueno del espacio de ahora es que es como su casa, porque no tiene que estar tan alerta como cuando era ambulante. Aunque reconoce que en la calle, se puede hacer más dinero porque no mucho cobran por el espacio que se ocupe:

“Antes solo pagaba un sol a la municipalidad”. Al menos ahora, se siente más segura, porque sabe que no la sacarán. Albertina lleva más o menos 25 años alquilando su puesto en el mercado. Sostiene que el trabajo de comerciante es sacrificado porque tiene que levantarse muy temprano. Albertina señala que: “por todo se paga, por los cargadores, por el transporte”. Para ella, el trabajo de comercio solo se hace de uno. Ella carga los productos desde la puerta del mercadito hasta su puesto. Ahora va a La Parada interdiario, compra las verduras para dos días. Es durante las horas más vacías, entre la 1:00 y 2:00 de la tarde que se da tiempo para almorzar. A veces se va temprano porque ya no hay gente.

Antes tejía en el puesto pero se ensuciaba el tejido y dejó de hacerlo; como no tiene agua al alcance, es más difícil. Comenta que es difícil dejar el puesto, “tienes que estar todo el día, porque sino quién va a atender”. Llega a su casa en el distrito de San Martín de Porres a las 8 p.m. Su principal motivación para trabajar ahora es terminar de mantener económicamente a su hijo, quien está formándose como policía.

Es pertinente observar cómo el paso del tiempo y sus cambios asociados a este, se identifican y recuerdan de forma social, al nombrar hitos en relación a sus hijos, hijas y esposos. Algunas comerciantes señalan que el hecho de no mantener a sus hijos ha impactado notablemente en la carga laboral. Sobre este cambio de prioridades, Arber y Ginn (1997) expresan:

El envejecimiento social está relacionado a las transiciones en el curso de la vida, pero en tanto el momento y secuencia de tales transiciones difiere entre hombre y mujeres (y de acuerdo a clase y etnicidad), el envejecimiento social está marcado por el género (Arber y Ginn, 1997, p.41).

El género interseccional, en este caso, se expresa en cómo las mujeres dividen y significan transiciones en sus trayectorias, en relación al trabajo de cuidado que realizan y al trabajo de comercio, ambos marcados por patrones de género y migración.

3.3. Construir y mantener redes sociales

Con el panorama de los cambios realizados por las comerciantes a lo largo del tiempo, se pueden identificar el despliegue de estrategias sociales. Es fundamental resaltar el aporte de las adultas mayores a sus familias, tanto económico como en trabajo de cuidado. Prestar atención a cómo se percibe el tiempo a través de sus

relaciones y lo que han aprendido desde el momento en el que comenzaron como ambulantes. A las comerciantes les importa sus redes sociales, las amigas que hacen en el mercado, la conversación que se puede tener entre mujeres en un espacio público es valioso. Asimismo, para las comerciantes son importantes sus familias y sacar adelante a sus hijos e hijas.

Seligmann (2015), Babb (2019) y Weismantel (2017), desde sus estudios en mercados en zonas andinas, han identificado el significado de la involucración de las mujeres en el rubro. Para muchas, permite la independización y la ganancia de capital, como también las coloca en grupo de mujeres más o menos organizadas. Como se evidencia en el apartado anterior, en efecto el trabajo del comercio les ha permitido involucrarse en el ámbito productivo. Además de involucrarse en una colectividad, sus puestos-casa les permiten tener agencia en espacios públicos.

Debido a su labor, las comerciantes están acostumbradas a desplegar su capital social para involucrarse de manera exitosa en el comercio. Estas estrategias y relaciones, entre compañeras y familiares, son identificadas como importantes para la vida social, además, se apoyan de ellas para modificar sus rutinas y mantener en el trabajo del comercio. Así lo describe Bourdieu (1986): “el capital social poseído por un individuo dependerá tanto de la extensión de la red de conexiones que éste pueda efectivamente movilizar, como del volumen de capital (económico, cultural o simbólico) poseído por aquellos con quienes está relacionado”(p.150). El capital social también puede presentarse en las buenas relaciones y posición que tienen las comerciantes con los demás vendedores, como es el caso de Victoria:

Victoria vende condimentos, tiene ajo, aji panka, uchukuta, su puesto parece ser el más estratégico, tiene toda una esquina. Creo que su puesto le da poder. Parece ser poderosa. Durante mi estadía no hizo ninguna venta. Desayunó, conversó y cortó cebolla para el ají que vende. Conoce a todos a su alrededor. Cuando alguien pasa la saluda o al revés. Muchos clientes le preguntan cosas “¿Dónde hay queso?” “¿A qué hora viene la del menú?” “¿dónde está esto?” “¿Dónde encuentro esto?” “Mami ¿donde hay papa rellena?” Ella responde, sabe todas las respuestas. Una interacción llama mi atención. Se acerca una compradora y pregunta por ensalada fresca cortada. Elena mira su puesto y pregunta a Luis. Ya no hay ensalada cortada. Victoria observa toda la interacción y llama a Pedro (el señor de enfrente) que también vende verduras. Le pasa la voz “¿tienes ensalada cortada?” le pasa al cliente. Le indica a la compradora el puesto. Victoria me ve atenta y me explica “Hay que distribuir bien, aquí hay que ayudarnos, aquí todos venden lo mismo” yo asiento y pienso, acaba de controlar la situación, tiene una visión panorámica desde su puesto, escucha todo, responde a todo. (Nota de campo, agosto 2023, mercado de Magdalena)

Las redes que se construyen en el mercado trascienden este espacio del mercado. Ello se evidencia en la siguiente nota de campo, que cuenta la relación de amistad de Rosa y Maruja:

Hoy en el puesto de Rosa estamos conversando y estoy dentro del puesto mientras me cuenta algunas de sus historias. Cuando entra una llamada a su celular. Ella contesta y pone altavoz la conversación. Cuando terminan de hablar me pide ayuda para poner el nombre del número que acaba de llamar en sus contactos del celular. Dice que es Maruja, una señora que vendía choclo por uno de los pasillos. Ya no viene a vender porque tuvo un accidente, una caída y ahora está en su casa, pero a veces la llama, le pide que le vaya a visitar y le cuente lo que está pasando en el mercado. Ahora que tiene su número guardado ya la puede volver a contactar. (Nota de campo, septiembre 2023, mercado de Magdalena)

La agencia se debe conectar con el capital social y simbólico que el trabajo les permite desplegar. Por ejemplo, Clara apoya y ayuda a su hija a completar sus estudios a pesar de que su hija ya se ha independizado y tiene su familia. El “sentirse necesitadas” y tener la posibilidad de apoyar con cuidado a nietos o de forma económica les brinda la posibilidad de construir capital simbólico. Así mismo, también resaltan el apoyo que reciben de sus hijos e hijas. Cuando fue la pandemia, Clara y su esposo se pusieron mal y se quedaron en casa. Pero cuenta con mucho orgullo que su hijo le envió una enfermera para que los cuide.

Otra estrategia que emplean las comerciantes respecto a los cambios de edad es la rotación. La rotación de productos les permite seguir comercializando pero desde otros rubros. Por ejemplo, la señora Rocío que antes vendía abarrotes y tenía que cargar cajas pesadas, se cambió a la venta de productos de plásticos. Así como la señora Mónica que antes también vendía verduras pero era una labor muy pesada, ahora ha cambiado a la venta de bolsas, papel y plástico. Dice que es más ligero y no tiene que estar preocupada porque los productos se malogren.

3.4 Balance de capítulo

El presente capítulo permite tener un mejor acercamiento a las rutinas laborales de las comerciantes, así como comprender las implicancias sociales, corporales y relacionales del trabajo de comercio. Para ello, se da a conocer la ruta que siguen las comerciantes para sostener sus negocios, empezando por horarios de madrugada para conseguir los mejores precios y productos en el mercado mayorista, luego la movilización, seguida de la colocación y selección de productos en el puesto y por

último la venta. Además, se resalta que se encuentran inmersas dentro de constantes negociaciones, de productos, identidades y relaciones de poder, con clientes, cobradores, compañeras y ayudantes. Se debe destacar la complejidad del comercio, para no reducir el trabajo de las adultas mayores solo a la venta, sino resaltar su agencia en el ámbito comercial y social.

El hallazgo más relevante del capítulo es la centralidad que tiene el capital social (Bourdieu, 1986) para el éxito y mantención de los negocios de comercio en el mercado. Para las comerciantes, el capital social se expresa en la calidad y cantidad de relaciones que pueden establecer con los actores del mercado y sus familias. A través del mantenimiento de buenas relaciones, las comerciantes pueden desplegar estrategias para: equilibrar el trabajo de cuidado con el comercio, asegurar productos con mayoristas, ahorrar tiempo y dinero en la movilización de productos y asegurar ventas a clientes. Las redes sociales son importantes durante toda su trayectoria laboral, pero se hacen cada vez más esenciales ante los cambios sociales y corporales por el proceso de envejecimiento. Por los cambios de la edad, las comerciantes indican tener menor nivel de energía y dificultades para cargar peso, lo que evidencia la disminución del capital corporal (Rutagumirwa & Bailey, 2017), que fue de gran utilidad para realizar varias actividades durante su juventud. Además de ello, también reconocen que sus responsabilidades y relaciones han cambiado, lo que las lleva a modificar sus rutinas. En este contexto, su capital social, expresado en buenas relaciones con mayoristas y apoyo de sus hijas en actividades del mercado, es fundamental para adaptar su trabajo de acuerdo con necesidades e intereses.

Como se evidencia en otros estudios sobre adultos mayores y trabajo (Ramos y Tirado, 2019), para algunas comerciantes las motivaciones por trabajar no son meramente económicas, sino el deseo de mantenerse activas y socializar. Sin embargo, para otras, el trabajo en el comercio es su única fuente de ingresos para aportar económicamente a su hogar y sostener a su familia. En ambos casos, se reconoce que el trabajo en el comercio les ha permitido ganar cierta independencia, generar capital económico y social y vincularse con una colectividad. Estos mismo aspectos se extienden a la vejez, el comercio para las adultas mayores les permite conservar agencia y mantenerse activas en los espacios públicos y del mercado.

Por último, entre los principales cambios que identifican las comerciantes entre su yo “joven” y yo “actual” es la disminución de las presiones respecto al cuidado de sus hijos e hijas y la estabilidad en sus puestos. Todas empezaron como comerciantes ambulatorias y ahora han logrado establecerse en puestos de venta; así mismo, su experiencia les brinda mayor conocimiento sobre las dinámicas del mercado, establecer redes sociales y fidelizar clientes.



Capítulo 4: Cambios corporales y sociales por la edad

Este capítulo busca explorar las narrativas alrededor del envejecimiento, así como los significados y prácticas vinculadas con el cuerpo y la salud. Se parte de las siguientes preguntas: ¿Cuáles son las narrativas y experiencias sobre cambios por la edad en el cuerpo y la salud? ¿Cuáles son los significados que le dan las comerciantes al envejecimiento? ¿Cómo lo viven? ¿Cómo le dan sentido? Es importante resaltar que lo corporal es entendido desde su sentido relacional y social, así como la experiencia personal e íntima. Así lo desarrolla Esteban (2004), siguiendo a Csordas (1990), al recordar que cada práctica es social y una experiencia corporal (p.71). Se analizará a partir de estas preguntas como las narrativas y experiencias sobre los cambios por la edad están ligadas a la corporalidad de las comerciantes, sus trayectorias y modos de vida.

En las investigaciones etnográficas sobre vejez en el Perú el componente físico es uno de los más resaltados por los adultos mayores cuando hablan de su percepción del proceso de envejecimiento (G. Ramos, 2014; Nué, 2000). De modo semejante, sucedió en la investigación que realicé. Por ello, en este capítulo se profundiza sobre los cambios corporales que se asocian con la vejez y cómo se sienten frente a ellos. Es relevante recordar que los cambios corporales son entendidos desde los significados que se construyen en el medio social. Así mismo, estos pueden estar asociados a cambios en su posición social familiar y laboral.

Respecto a las conversaciones sobre el cuerpo, estas surgieron de diferentes modos, hablando directamente de cómo este había cambiado con el tiempo, así como cuando se preguntó sobre su salud. Así mismo, durante las entrevistas se hizo la comparación entre ser joven y ser adulta mayor, lo que dio lugar a diálogos sobre el cuerpo y la edad. Hablar del cuerpo en el mercado y en sus puestos para algunas resultaba cómodo, y para otras el tema surgió en interacciones más espontáneas y en otras conversaciones. Por ejemplo, mientras acompañaba en el puesto de Albertina, ella contaba sobre sus varices y al hablar de su cuerpo, pensaba en su hijo y lo duro que era su entrenamiento. Recalca que el cuerpo de su hijo tenía que estar sano para ser policía y que dentro de la institución había mayores que se aprovechan. Como un simple comentario, Albertina vuelve al tema por el que comenzó la conversación, me

dice que la avena es buena para las varices y eso le ayudaba cuando siente que le quemán. Hablar sobre el cuerpo no solo significa hablar solo sobre el propio, sino también puede traer a la memoria el de otros. Sobre sus cuerpos también se habla con caseros y compañeras comerciantes. Elena dice que antes era más gorda, Victoria comenta que ella ahora está en su peso ideal, ni tan flaca ni tan gorda. Se comenta del cuerpo de los demás, a modo de broma, se dice que uno de los de administración del mercado ahora está “regordete”, que cuando no tenía ningún cargo de poder era flaco, y ahora tiene panza porque en cada puesto del mercado le invitan algo. Me parece importante reflexionar sobre cuándo y cómo se habla del cuerpo, porque está relacionado al trabajo de comerciante y al entorno. En este sentido, el mercado se configura como un espacio de constantes conversaciones sobre el cuerpo, la salud y la alimentación, por los productos que venden las comerciantes y los temas de conversación que las y los caseros traen al realizar sus compras. En este contexto, es relevante prestar atención a que cuando la mayoría de participantes contaban sus experiencias sobre el dolor de alguna parte de cuerpo, recreaban los acontecimientos con sus cuerpos, actuando la limitación de movilidad que tuvieron en el pasado. Es así que el cuerpo se convertía en parte central de las historias.

En el siguiente apartado se plantean dos puntos importantes sobre el cuerpo en las experiencias y narrativas de las comerciantes: primero, la conversación sobre la menopausia, en respuesta a la pregunta sobre los cambios corporales por la edad. En segundo lugar, se habla de la pérdida de fuerza y los dolores de los huesos, donde se conversa sobre los cambios del cuerpo y como está acompañado por frases como: “el cuerpo no es el mismo”.

4.1. La menopausia

La menopausia es el proceso de retirada de la menstruación que conlleva cambios sociales y corporales. Desde la antropología se ha buscado comprender el proceso desde la experiencia de distintas mujeres con el fin dar a conocer la variabilidad de cómo dialogan componentes biológicos y socioculturales en diferentes sociedades y culturas (Berger & Wenzel, 2001). En un estudio comparativo sobre síntomas de la menopausia entre tres países, Canadá, Japón y EEUU, Lock & Kaufert (2001), se resalta que las mujeres no experimentan de la misma manera la

menopausia. Las autoras argumentan que la menopausia no es un proceso universal que se vive de una única manera, sino que varía de acuerdo a la edad en la cual aparece y los síntomas que predominan en grupos de mujeres, así como a sus contextos de género y cultura del envejecimiento. En lo que sí se concuerdan, es que la menopausia es parte del proceso de “hacerse mayor”, un cambio que experimenta el cuerpo por el paso del tiempo, y varía de acuerdo a influencias socioculturales y biomédicas. Teniendo en cuenta ello, a continuación se presentan las experiencias de las comerciantes con la menopausia.

Para Albertina y Clara, el tema de la menopausia surgió de manera inmediata cuando pregunté por cambios vinculados a la edad, son las menores del grupo de mujeres entrevistadas, con 58 y 59 años de edad respectivamente. Cuando pregunto por cambios por la edad lo primero que responde Albertina es la menopausia, a ella le vino más o menos a los 45 años. No se acuerda mucho porque cuando menstruaba no ponía tanta atención, ya que más se enfoca en el negocio. Recalca que como se dedica al comercio de verduras no puede dejar el puesto mucho tiempo. Un aspecto positivo es que ya no le molesta la regla todos los meses, ya que cuando era joven le venían dolores menstruales. La regla se le fue retirando poco a poco y lo único que notó fueron los antojos. Recuerda que le venían antojos muy fuertes por la aceituna, tanto en el puesto como en su casa, no podía dejar de comer aceitunas. Haciendo un poco más de memoria, cuenta sobre los bochornos, cuando estaba en su trabajo no sentía los bochornos, pero cuando estaba fuera si los sentía. Se debe notar que, el tiempo para Albertina, estaba marcado de acuerdo a los horarios que pasaba en su puesto y afuera; como se verá más adelante sus experiencias con la menopausia están asociadas con el lugar donde pasan más tiempo: el mercado.

Clara cuenta una experiencia parecida al mencionar que no se dio cuenta de la menopausia porque se estaba distrayendo con el trabajo. La menopausia le llegó más o menos cuando tenía 45 años y dice que se le fue retirando la menstruación poco a poco: “No te viene un mes y luego no te viene progresivamente, hasta que te deja de venir”. Clara menciona que un aspecto positivo de la menopausia es que ya no se tiene que estar cuidando de salir embarazada, “ya no tienes que estar preocupada, estás más tranquila”. Mientras hablamos, se pone a pensar en sus hijos que van

dejando la casa, ya que con el fin de la menstruación se cierra la posibilidad de tener más hijos.

Para Rosa y Elena el tema surge cuando pregunto específicamente por cambios para las mujeres en una segunda entrevista. Una vez más, la asociación entre no sentir la menopausia y el trabajo aparece en el caso de Rosa. Rosa cuenta que no le vino ningún síntoma porque siempre ha estado en el mercado, siempre ha estado trabajando. Recuerda que cuando se le retiró por completo le vino como una hemorragia, bastante sangrado, ese día manchó sus pantalones en el mercado y luego nunca más se “enfermó”. Repite: "Luego me deje de enfermar y ya no pasaba nada". Un punto interesante en el caso de Rosa es que se refiere a menstruar como “enfermar”. En la investigación de Ingar (2016) en la comunidad andina de Pacca en Cusco sobre las vivencias menstruales se menciona que algunas mujeres mayores hacían uso del término “enfermarse” para referirse a la menstruación. La autora destaca que en conversaciones más profundas dio en cuenta que las mujeres no asociaban el término “enfermarse” con algo negativo o una enfermedad en sí, sino lo vivían como un tiempo natural pero diferente que requiere ciertos cuidados. “El emplear esta expresión para referirse a que se encuentran menstruando aludiría entonces al hecho que se encuentran en un tiempo particular (no habitual) en el que deben tener prácticas distintas” (Ingar, 2016, p.312). Para Rosa es claro que cuando se retiró la menstruación significaba que “ya te estas secando” y que ya no podía quedar embarazada. Menciona que durante ese periodo también era alegre y bailarina, aunque no recuerda con detalle cómo fue ese proceso.

De todas las entrevistas sobre el tema, Elena era quien se sentía más a gusto hablando de su experiencia con la menopausia, en su relato hacía más énfasis en los cambios emocionales y de conducta que notó durante ese tiempo. Así se puede leer en la siguiente nota de campo:

La entrevista sobre menopausia con Elena la hacemos dentro de su puesto. Mientras conversamos, Gloria, comerciante y cuñada de Elena, entra al puesto para servirse el almuerzo. Nos saluda y Elena le pregunta si ella sigue reglando. Me sorprende un poco la comodidad con la que pregunta. Gloria dice que todavía le viene, pero cada vez más alejadas las fechas. La última vez le vino poquito.

- Ya no hay esperanzas de una niña, ¿no? -expresa Elena.
- Hubiese sido lindo.

- ¿Te acuerdas que yo era bien enojona? Seguro has escuchado por el mercado- le pregunta Elena a Gloria, y luego se dirige a mí.-Yo me peleaba bastante. (Nota de campo, octubre 2023, mercado de Magdalena)

Elena resalta que un cambio de la edad que solo les pasa a las mujeres es la menopausia. Cuenta que a ella le pasó más o menos cuando tenía 48 a 50 años. Recuerda que era muy renegona, en esa época la conocían en el mercado por meterse en peleas. Sin embargo durante esa época dice que también se acercó un poco más a Dios y se dio cuenta que tendría que dejar de involucrarse en conflictos. Cuenta que le dolía la cabeza y recuerda de inmediato que cuando tenía la regla lo encontraba fastidioso. La menopausia la asocia mucho a los antojos que tenía de ceviche y una vez cuando trabajaba de seguridad en el mercado, dice que tuvo un antojo muy fuerte de pollo a la brasa. Respecto al lado positivo ella dice que la menopausia “no trae nada bueno porque al final te descalcifica los huesos y se te hacen más frágiles”. La asociación entre la pérdida de masa ósea y el proceso de menopausia es parte de la evidencia presentada por estudios biomédicos occidentales. Teniendo ello en cuenta, Lock & Kaufer (2001) plantean que el entorno de las mujeres, así como los discursos médicos y sociales son parte de cómo se configuran las explicaciones sobre los cambios en el cuerpo femenino (p.503). Es decir, el conocimiento sobre la menopausia que circula alrededor de las comerciantes a lo largo de su vida influencia en los síntomas que se identifican y la interpretación que le dan al proceso.

Para Lupe la menopausia no surge como un tema relevante, cuando pregunto sobre ello, su respuesta es corta y no se extiende como lo hace con otros temas. Dice que la menstruación se retira a cierta edad y que ella siempre ha sufrido “de eso” (de la menstruación). Antes, Lupe contó que durante toda su vida ha tenido infecciones urinarias. Sobre el caso de Lupe se profundiza más en el siguiente apartado, pero de acuerdo a los relatos de las cuatro comerciantes podemos observar que la menopausia está marcada por el retiro de la menstruación, que puede variar en tiempo de acuerdo a cada experiencia. Un tema que tienen bastante presente Clara, Rosa y Elena es que este cambio les indica que ya no pueden quedar embarazadas, lo que significa el término del ciclo reproductivo. Tanto como para Elena y Albertina, la

menstruación se recuerda como algo “molestoso”, por lo cual el retiro lo reciben con cierto alivio.

Para las comerciantes, la menopausia es entendida como uno de los eventos por los cambios de la edad. Sin embargo, no ocupa una posición importante ni se relaciona con el inicio del envejecimiento, en cambio parece tener un papel bastante secundario. Para algunas se puede manifestar en síntomas como antojos y bochornos, mientras que para otras no. Esta variabilidad también se muestra en otros estudios, en un mismo grupo social las mujeres lo experimentan de diferentes maneras, algunas dicen que si te distraes o estás muy ocupada ni lo sientes, y otras notan un cambio sustancial. Hay factores culturales, hábitos personales y hasta variables estructurales como la doble carga de trabajo y la inaccesibilidad a servicios de salud, que pueden explicar estas diferencias (Lock & Kaufert, 2001; Donoso, 2023, p.25). En este sentido, la experiencia está unida a las actividades y labores que realizan estas mujeres. El trabajo de comercio requiere atención en cada momento, es difícil dejar el puesto para ir al baño y expresan su preocupación de perder clientes mientras se ausentan. Las comerciantes suelen aguantar las ganas de ir al baño hasta el final del día laboral. Aun así, cuando se deja el puesto se corre el riesgo de que un ladrón se lleve algo. El comercio de frutas y verduras requiere atención completa, si no le das atención al cliente simplemente se va y se hace constantes sumas en pagos, vueltos y peso los productos. Además de la constante transformación y arreglo de los alimentos. Tanto Rosa, como Clara y Albertina señalan no haber sentido mucho la menopausia porque se encontraban ocupadas con el trabajo. Esta narrativa sobre la menopausia de las comerciantes del mercado de Magdalena se asemeja a lo que encontró el estudio de Lock (1993) en Japón, donde algunos doctores señalaban que el síndrome menopáusico era una “enfermedad de lujo”, haciendo referencia a que las mujeres más ocupadas o en circunstancias críticas no tendrían tiempo para experimentar malestar (p.501). La autora hace más tarde una reflexión sobre los sistemas de salud y desigualdades sociales y culturales que influyen en la percepción de la experiencia menopáusica.

4.1.1. “Se vuelven chibolas”

Hacer preguntas sobre las experiencias de otras personas resultaba más conveniente, además que introducía un tema relacionado a las expectativas de edad y el género. Cuando pregunté por si conocían la experiencia de otras mujeres con la menopausia, una frase resaltaba en sus respuestas: “se vuelven chibolas”. Albertina dijo que ha escuchado de amigas que: “Algunas se vuelven a enamorar” “Se vuelven chibolas porque se enamoran de chibolos” “a otras les dan bochornos o se vuelven coléricas” y con sorpresa dijo “hasta algunas dejan a su esposo y se van con otros”. La respuesta de Rosa es muy similar cuando señala: “a algunas les da por ser chiboleras, es como si no hubiesen tenido adolescencia, como si volvieran a ser jóvenes” cuando pregunté ¿por qué se les dice chiboleras? me respondió que es porque “se enamoran de chicos, hombres más jóvenes”. Agregaba que “se les da por irse a otros lados”. En una línea similar, pero con menos claridad, Clara contaba que ha escuchado por sus amigas que les da dolor de cabeza cuando les viene menopausia o se convierten en chibolas: “que será, pero se vuelven chibolas”. Cuando cuentan estos sucesos, ninguna pone una carga de reprobación en su tono, es más un tono de sorpresa y tal vez humor, como si contaran un chisme.

En la investigación de Ingar (2016) sobre experiencias menstruales de mujeres de clase media en Lima y mujeres de la comunidad de Pacca en Cusco se muestra un patrón muy similar a lo que mencionaron las comerciantes. Así lo describe en testimonios en Pacca:

Algunas mujeres se vuelven a enamorar, varias mujeres mencionaron por experiencia propia o por lo que han conocido de sus pares, que la menopausia “agarra” también con un cambio conductual, en el que quieren salir, y algunas quieren dejar a sus esposos y estar con nuevas parejas. (Ingar, 2016, p.370)

En la comunidad de Pacca se relaciona la menopausia con la juventud, se refieren similitudes respecto a los cambios fisiológicos que se dan en ambas etapas, así como el sentirse atractivas sexualmente. De la misma manera, el cambio fisiológico también animaría a un cambio en sus vidas, por lo cual algunas mujeres dejarían a sus esposos o tendrían actitudes menos pasivas (Ingar, 2016, p.371). La comparación con la adolescencia también aparece en el relato de Rosa, además se hace énfasis en la palabra “chibola” que hace referencia a una mujer joven o una

niña, una mujer que no ha llegado a la adultez. Asimismo, la menopausia como una etapa para volver a enamorarse o salir con parejas más jóvenes es descrita por mujeres urbanas de clase media en Lima en la investigación de Ingar. Para la autora este hallazgo resultaría importante por salir del estereotipo que ubica a las mujeres mayores como asexuadas (Ingar, 2016, p.277). Tanto en Lima como en Cusco estas experiencias aparecen alrededor de la menopausia; en especial si recordamos que todas las entrevistadas vienen de distintas regiones del país, Albertina de Ayacucho, Rosa de Arequipa y Clara de Puno, pero han pasado gran parte de sus vidas en la capital.

Que una mujer se convierta en “chibola” implica un cambio en el comportamiento, desde lo esperado por el género y la edad. Comportarse como joven cuando una “ya no lo es” podría interpretarse como una transgresión al romper con algunos esquemas de la sociedad peruana. Por ejemplo, el hecho de enamorarse parece estar reservado para las chicas o mujeres jóvenes. Salir con hombres más jóvenes también se contrapone con lo esperado para una mujer adulta, salir con una pareja más joven es mejor visto en el caso de los hombres. El cambio de comportamiento en las mujeres que “se vuelven chibolas” rompe con comportamientos de género esperados, los que también están configurados por la edad y se dice que ocurren cuando las mujeres dejan de menstruar, periodo en que se dan cambios en sus cuerpos y ya no se pueden embarazar. Cabe notar que en otros estudios se ha referido a la menstruación como “cambio de vida” (Yon 2000; Chávez, Brindis, Yon & Goldfarb, 2002), lo que implica que no se trata sólo de cambios fisiológicos sino que estos se asocian a modos de vivir diferentes.

4.2. “Ya no es igual”: La pérdida de fuerza y dolores del cuerpo

Siguiendo la propuesta analítica de entender los cambios por la edad desde la experiencia individual y social, en el siguiente apartado se analizan las respuestas de las comerciantes sobre los cambios corporales de la edad que asocian a la pérdida de fuerza y los dolores que experimentan en sus cuerpos. El cambio se identificó de acuerdo a un escenario previo, un “yo joven”, que antes realizaba ciertas actividades y movimientos y un “yo de ahora” que ya no lo hace de la misma manera. Las explicaciones sobre los cambios se dan desde sus repertorios de conocimientos y

vivencias; así como las narrativas sobre la edad de su entorno social. En este contexto, el cuerpo ocupa un lugar central en el análisis y conversación, el cuerpo siempre unido al trabajo que realizan y a sus rutinas, como a sus trayectorias de vida.

4.2.1. “El cuerpo no es el mismo”

La percepción y explicación del proceso de envejecimiento, entendido como los cambios por la edad, están ligados al contexto sociocultural de las adultas mayores comerciantes. Por ello, es importante poner atención al discurso hegemónico sobre la vejez que se despliega en la sociedad limeña. En un estudio sobre el cuerpo en Lima, Kogan (2014) dedica un apartado para contextualizar los factores sociales y biomédicos que influyen en la percepción sobre los cuerpos viejos. En este marco, señala que: “El cuerpo viejo se ha relacionado desde el discurso médico con la enfermedad y la pérdida de fuerzas, con enfermedades degenerativas y con la muerte asociada al deterioro de facultades morales e intelectuales.” (2014, p.121). Desde la antropología de la vejez se han cuestionado estas asociaciones para plantear un panorama más diverso y múltiple de las vejez; sin embargo, no se puede ignorar que desde el discurso popular, la vejez y su proceso se tiñen de connotaciones negativas y estigmatizadoras relacionadas al deterioro. El discurso biomédico y las explicaciones biológicas tienen un fuerte peso en cómo se significa y vive la vejez. Sin pretender desconocer los aportes de las ciencias biomédicas sobre el proceso de cambios del envejecimiento, el siguiente apartado busca dialogar con las experiencias de las mujeres desde sus propias narrativas. Para comprender de mejor manera el diálogo entre procesos biológicos y sociales se recurre al concepto de “biologías locales”, tal como lo plantea Lock (1993) y luego retoma en estudios posteriores. La autora describe esta categoría como la interacción entre la biología y la cultura, la que da lugar a procesos inseparables en el tiempo, que pueden variar o no variar de acuerdo a la subjetividad de los individuos (Lock, 1993). Ella aborda las “biologías locales” en el marco del estudio de la menopausia y la variabilidad de síntomas que se encuentran entre Japón y Norteamérica. Este concepto es utilizado en la presente investigación para analizar los cambios por la edad, se busca analizar las narrativas de las mujeres desde esta perspectiva que contempla las interacciones dinámicas que se dan entre la biología y la cultura. Con la atención en el cuerpo se busca dar cuenta

de cómo la experiencia de la vejez está sujeta a transformaciones biológicas y sociales que son interpretadas y vividas de acuerdo a los marcos contextuales de los sujetos, sus trayectorias, modos de vida; así como a las narrativas socioculturales y biomédicas que las rodean. Con este marco en mente, nos adentramos en las experiencias de las adultas mayores comerciantes del mercado de Magdalena.

Para Elena, el envejecimiento inicia entre los 50 a 60 años. Usar la palabra “envejecimiento” parece traer una connotación negativa para ella, ya que de inmediato me aseguró que ella está feliz. Elena continúa: “*Eso se siente en los huesitos y en estar más pesada*”. Otro cambio que menciona Elena es sobre los pelos blancos y las manos que se arrugan. Dice que algunos ya no pueden leer bien y los oídos les fallan. Para Elena esos cambios son naturales y son parte de la vida; dice que lo sobrelleva porque es normal llegar a la vejez: “nadie se escapa”. “A veces piensas que nunca te va a llegar la vejez, pero luego te das cuenta que todo te duele y piensas ‘ya está, ya me siento’”. Hablar sobre los cambios corporales hace que Elena cuente sobre sus dolores en el cuerpo, a veces le duele la columna, los pies y las rodillas. Por ello, recalca que intenta dejar de cargar las bolsas grandes de mercadería. El dolor que tiene en el brazo derecho lo explica de forma diferente, cuenta que ella ha sido paciente oncológica. En 2015 le detectaron cáncer, lo venció pero la dejó con el brazo mal, relata que gracias a Dios se ha recuperado, pero a veces aún le duele. Algo que ha notado, es que hace 15 días le han empezado a doler tres dedos de la mano. Me muestra los dedos que le duelen y luego continúa picando las vainitas para embolsar. Elena piensa ir al doctor porque ya ha pasado buen tiempo [unas semanas después, cuando le preguntó sobre sus dedos me cuenta que ya le dejaron de doler]. Su hija le dice que ya no lave su ropa a mano, que ella lo hará por Elena. Pero Elena se preocupa porque siente que su hija ya tiene demasiado con sus dos hijas. La narración de Elena se transporta entre dolores nuevos y antiguos, así como se mueve entre explicaciones religiosas y médicas. Los cambios por la edad dialogan de forma constante con su entorno social y la percepción de sí misma en el mundo.

Las experiencias de Clara y Albertina siguen también este patrón. Para Clara la razón de estos cambios llega con tranquilidad: “así es la vida”, reconoce que a esta edad lo que le da felicidad son sus nietas. Para ella: “el cuerpo no es el mismo” y “no es la misma fuerza” “Con el tiempo vas envejeciendo, te salen canas y te das cuenta

de tus arrugas, todo cambia”. Hablar del paso del tiempo hace que el tema de la muerte también aparezca en la conversación. Clara me dice riendo: “antes no quería morirme, ya si me muero (ahora), me muero”. Albertina asegura que: “Desde los 50 estoy más cansada”. Cuando pregunto por cambios en el cuerpo me muestra las manchas de sus manos, son manchas oscuras, como lunares grandes. Dice que a su amiga también le han salido, pero manchas blancas. Ambas han llegado a la conclusión de que es por el tiempo. Albertina también menciona que: “Ya no es igual, las escaleras, ya no es igual que antes”. La mención al espacio es significativa para plantear cómo los objetos y materialidades también cambian y se perciben de diferentes maneras. Retomando lo planteado por Csordas (1990) y Merleau-Ponty (1993 [1945]), el cuerpo, al ser leído como un sujeto y agente, experimenta el mundo de manera diferente. Por lo tanto, el mundo también cambiaría de acuerdo a las experiencias corporizadas.

Para Rosa, los cambios por la edad se dan desde los 65 años. En una conversación previa, ella me había contado que le diagnosticaron colesterol alto, pero ahora me asegura que eso no es un cambio por la edad, sino una enfermedad. Con la edad, Rosa menciona que “Los huesos se van haciendo más débiles, se van frotando entre sí.” Rosa dice que cuando uno es joven es fuerte pero esta fuerza se va acabando con el tiempo y ahora es más “debilucha”. “No es como antes”, “El cuerpo se arruga y te secas”. Rosa siente que se seca la piel y ya no es igual: “Los huesos te van doliendo y los pies”. A los 30 años le gustaba mucho los bailes, pero ahora ya no va tanto porque siente que el cuerpo se pone duro. Cuando le duele algo, como las manos, lo único que hace es sobarse porque no es que le duela constantemente, ni muy fuerte, dice que “se pasa con una sobadita”. Rosa cuenta que a veces se siente pesada y las rodillas le duelen, pero otros días se siente ágil y siente que puede correr cuando va a La Parada. La diferencia que se plantea entre los dolores en el cuerpo por la edad y la enfermedad es un punto importante para la discusión. Nos recuerda una pregunta que surge en otras etnografías sobre vejez (Nué, 2000): ¿Es la vejez experimentada como una enfermedad? El terreno parece ambiguo para hacer una afirmación definitiva. Pero el concepto de “biologías locales” nos anima a comprender desde la narración de las comerciantes cómo se ubican, sienten, y explican ciertos dolores en el cuerpo.

Cuando le pregunté a Lupe si sentía cambios por la edad, dijo que habían muchos. Lo primero que hace es recalcar su edad "Ahora que ya tengo 65 años, uno cuando es joven, que tiene 25 o 23 años, cuando eres joven te sientes dueño del mundo, que puedes hacerlo todo y ahora ya no". Lupe creía que de joven era invencible, que se podía comer el mundo y podía hacer de todo. Ahora ella siente que está un poco debilitada. Hace mucho la comparación con su "yo joven". Cuando le pregunto sobre los achaques, ella dice que no. Lo que siente son solo sus dolores porque ha trabajado mucho y su cuerpo ya no está muy bien. Hace muchas señas hacia su espalda y hacia sus pies, mientras comenta: "La sangre no corre bien". Cuando Lupe recuerda su antigua rutina, cuando era más joven y tenía un corralito para su hija, rememora el cansancio de sus horarios. Después de sus jornadas en el mercado, durante las noches tenía que lavar la ropa y recuerda con extrañeza esa época "¿Cómo hacía eso de joven? No sé de dónde sacaba energía". Cuando se habla de vejez o de un cambio en el cuerpo por la edad, la imagen y el recuerdo de un "yo joven" aparece. Hablar de la juventud es un tema clave en cada entrevista. La juventud aparece en dos tiempos: primero en tiempo pasado, en lo que podían hacer con su cuerpo y como lo sentían; y por otro lado, aparece en otra persona. En las hijas o hijos, en una comerciante más joven o en mi, yo también encarno esa juventud como entrevistadora.

Los cambios en el cuerpo cobran significado en la esfera social y se expresan en cambios que hacen los comerciantes en sus rutinas, en las horas de trabajo y cómo sienten el cansancio. La fuerza y la energía se convierten en temas centrales al chocar con sus actividades laborales, ya no se cargan los costales, ya no se tiene la misma energía para levantarse temprano y ya no tienen las mismas exigencias que antes. El cuerpo no cambia por sí solo, también lo hacen sus situaciones y escenarios; por ejemplo, antes Lupe rotaba entre puestos alquilados por el mercado y vendía una gama más amplia de frutas, ahora su hija tiene un puesto propio con variedad de frutas y ella se ha enfocado en la venta de paltas y fresas.

Tomando en cuenta lo anterior, se considera relevante referirse a los sentimientos asociados a los cambios por la edad. Scheper- Hughes y Lock (1987) proponen poner atención a las emociones en la antropología médica desde un enfoque más integral del estudio del cuerpo y la salud. Por ello, es importante

reflexionar sobre cómo se sienten con estos cambios y cómo lo expresan en sus rutinas cotidianas. La frustración y molestía se manifiestan para Lupe y Rosa cuando necesitan de cierto apoyo para sentarse y pararse, del grupo son quienes pasan sus jornadas laborales mayormente sentadas, por el dolor de pies. Durante las conversaciones sobre los cambios por la edad también se indica cansancio y preocupación sobre ciertos dolores. Para Teresa del Valle (2002) “la edad sentida” puede ser un concepto analítico para explorar los sentimientos que manifiestan las adultas mayores al hablar de actividades, trabajos y cambios en la vida cotidiana (p.56). La vejez es asociada con un sentimiento, las comerciantes aseguran no sentirse jóvenes, lo que implica sensaciones sobre el mundo y formas de mover sus cuerpos. Ello se puede evidenciar cuando Lupe expresa no tener las mismas fuerzas para “comerse el mundo”, refiriéndose a su fuerza física pero también emocional y respecto a sus ambiciones. La sensación frente a la muerte también cambia. Ello dialoga con sus trayectorias de vida y los sucesos que han tenido que enfrentar.

En sus narrativas sobre los cambios por la edad y la salud, es relevante analizar cómo se separa la explicación de ciertos dolores. Los que se refieren con más frecuencia son los siguientes:

- Dolores por la edad. A estos se ha hecho mención al describir los casos de Clara, Albetina, Elena, Rosa y Lupe. Las comerciantes conciben los dolores por la edad como dolor en las rodillas o en los pies; no son interpretados como malestares por una enfermedad, sino como dolores por el tiempo. También son asociados a las horas que pasan paradas y las actividades de carga que hicieron por el comercio. Además, suscitan emociones contradictorias: por un lado, aceptan progresivamente que estos cambios o dolores son parte de la vida, del hecho de envejecer y pasar por la vida. Sin embargo, ello no quita el hecho de que les preocupe, que les incomode o les recuerde que el tiempo está pasando sobre ellas. Elena y Lupe, además, le dan la explicación a la vejez desde su fe y lo que les pase lo dejan en manos de Dios. Y Albetina, Clara y Rosa toman los sucesos como normales y parte de su vida.
- Dolores por enfermedad. Los dolores por enfermedad son síntomas asociados a enfermedades que van más allá de “dolores por la edad” como el caso de Elena por el cáncer y el de Lupe por esclerosis.

Resulta importante preguntar: ¿cuándo es enfermedad desde su perspectiva? Es difícil poner una línea que distinga lo que es un cambio en el cuerpo por la edad y lo que es una enfermedad en la narrativa de las entrevistadas. La importancia de comprender la distinción entre estos dos tipos de dolores recae en las decisiones y acciones que se tomarán frente a los cambios. Por alguna razón cuando se trata de un cambio por la edad, por la vejez, hay cierta tranquilidad en cómo se procesa el suceso. Como la piel que se arruga es normal, no se siente angustia y no se pregunta por un por qué. Cuando duele la rodilla a esta edad, la angustia no es tan grande, se entiende desde lo social y como se percibe el curso de la vida, que es un proceso que otros ya han vivido. En cambio, cuando es identificado como parte de una enfermedad, lleva un diagnóstico médico como: el cáncer, la diabetes y la esclerosis. Ello brinda un panorama más complejo para comprender cómo se perciben las enfermedades y dolores, desde marcos médicos y sociales.

Por otro lado, cabe destacar que hay cambios que no son asociados a la edad, este es el caso de Albertina, quien siente que se la cayó el pelo por preocupación. Desde el accidente de su hijo se ha percatado que el cabello se le cae y lo adjudica al estrés que siente.

Respecto a las enfermedades “normales” y dolores esperados, en un estudio sobre el significado de los síntomas de la artritis (enfermedad degenerativa de las articulaciones), desde un enfoque sociológico, se encuentra que las interpretaciones sobre la enfermedad y los dolores como parte de “hacerse mayor” y su interpretación como un hecho disruptivo pueden coexistir (Sanders et al, 2002, p.242). Es decir, los síntomas y dolores son por un lado aceptados como parte del proceso de envejecimiento, por eso se califican como normales y no se muestra tanta angustia; pero, la misma persona puede sentir el dolor y las molestias como desestabilizadoras de sus actividades del día a día.

En estrecha conexión con el tema de los dolores y la enfermedad aparece la importancia del cuerpo para el trabajo. El proceso de cambio físico tiene lugar en especial en relación con el trabajo manual y físico que realizan, el cual puede ser frustrante. Para las comerciantes su cuerpo, tanto en la labor de comerciante como de cuidado, representa su capital corporal, ya que lo convierten en capital económico y social (Bourdieu, 1986). Con el paso del tiempo y los cambios en sus cuerpos, la

posibilidad de hacer las mismas acciones cambia, por ello algunas optan por modificar sus horarios y apoyarse en otros recursos. Pueden derivar algunas labores, como la del cargador o pedir ayuda para abrir el puesto a otras personas. Por ejemplo: La señora Rocío, que vende productos de limpieza, le pide ayuda a un joven que es cargador para levantar la puerta. "*Ayúdame a levantar la puerta del puesto, joven*". Mientras el joven la levanta, explica: "*por la edad*". Por ello, la construcción y uso de redes sociales se hace vital. Se debe resaltar, que desde el enfoque fenomenológico, no solo se considera que el cuerpo es sujeto de los cambios por dolores y/o enfermedad, sino también sus mundos. Good (2003) destaca esta forma de estudiar la experiencia de la enfermedad. Para el autor la enfermedad no solo se produce en el cuerpo, sino en el tiempo y experiencia vivida de la persona (p.245). En este sentido, no sólo los cuerpos de las mujeres comerciantes cambian a lo largo del tiempo, sino sus espacios, formas de aproximarse al mundo y como el mundo se presenta ante ellas.

Vale la pena preguntarse qué sucede en el caso de los hombres, en especial por la relación que guarda la masculinidad con la fuerza física. Al respecto, Kogan se refiere al tema aludiendo a los "supuestos sobre los cuales se asienta la masculinidad: autonomía y fuerza" (Kogan, 2014, p.127). La siguiente nota de campo puede ayudar a empezar un diálogo y reflexión sobre el tema:

Mientras converso con Oscar, el esposo de Clara, una casera va terminando de hacer sus compras a Clara. Ha comprado bastantes cosas y lleva varias bolsas pesadas. Le pide a Oscar que le ayude a cargar hasta su taxi. Oscar deja todo lo que está haciendo y me hace una seña para pausar la conversación. Ayuda a la clienta con las bolsas y ambos se van. Resulta interesante cómo los hombres siguen siendo vistos como sujetos de fuerza. A pesar de que Clara es menor que Oscar, la ayuda que requiere fuerza es dirigida hacia él. (Nota de campo, septiembre 2023, mercado de Magdalena)

La investigación de Miguel Ramos (2005) sobre la vejez y la masculinidad, brinda hallazgos sobre los sentimientos de frustración e impotencia ante la pérdida de fuerza. El estudio de Fuller (2018) titulado "Difícil ser hombre", también pone atención en la centralidad que tiene la fuerza en la definición de la masculinidad, en especial en sectores populares. En conexión a ello, es interesante observar que la expectativa en relación a la fuerza varía de acuerdo al género, mientras los hombres pueden seguir siendo sujetos de fuerza, a las mujeres mayores no se les impone tal expectativa.

4.2.2. El trabajo, el cuerpo y los accidentes

De acuerdo con Osorio (2006), “envejecemos de acuerdo a cómo hemos vivido, nos hacemos viejos y viejas, en el sentido de ‘hacerse a sí mismo’ a lo largo de la vida, por lo tanto, aprehender el ciclo vital y sus cambios, sus significados y experiencia de vida cotidiana, nos lleva a la trayectoria biográfica de las personas que envejecen.” (Osorio, 2006, p.1). Por su parte, Esteban (2004) señala que lo social no solo se inscribe en el cuerpo, sino que la experiencia corporizada también influye en la percepción de lo social. Desde una perspectiva fenomenológica, Merleau-Ponty (1993 [1945]) plantea que el mundo es vivido desde la posición específica que tienen nuestros cuerpos en el tiempo y espacio. Esta idea conecta con la noción de encarnamiento o corporización (embodiment), planteada por Merleau-Ponty (1993 [1945]) y retomada por Csordas (1990), que se busca analizar en las narrativas de las comerciantes.

No es posible hablar de cuerpo encarnado sin considerar los dolores relacionados con accidentes previos o formas de mover el cuerpo relacionadas con cada trabajo concreto, ni dejar al margen aquellos dolores que tienen que ver con la enfermedad. Sobre lo último, el caso de Lupe ilustra el recorrido sobre su experiencia, como la explica y transita.

Lupe cuenta que desde hace más o menos un año y medio le detectaron esclerosis por el dolor en la espalda. Empezó como unos dolores constantes y por eso decidió ir al doctor, ella se atendió en el Policlínico Peruano-Japonés donde le dijeron que le iban a hacer una resonancia magnética. Le encontraron tres hernias en la espalda que estaban justo en los nervios. A parte de ello, desde hace un año le ha empezado a doler el pie, se le hincha y le duele por la mala circulación de la sangre, eso le impide caminar. Los dolores le hacen sentir molestía y tristeza. Sobre la espalda, le dijeron que tenía que hacerse unas terapias pero el tratamiento le pareció muy caro. Igualmente se anotó para las terapias y las hizo aunque no mejoró mucho. Lupe muestra su espalda y me señala por encima de su mandil por dónde es que le dolía y cuenta al recordar su dolor que no podía ni vestirse. Luego acudió a la clínica para tratar el dolor de la espalda y le dijeron que tenía que hacerse un tratamiento que costaba 1500 soles, Lupe lloró mucho ante la noticia. Cuando le preguntó a los

doctores por qué le había dado esto le dijeron que era por cargar mucho peso, que había levantado mucho peso en su trabajo y lo tenía que dejar de hacer. Mientras habla del dolor de su espalda, Lupe recuerda cuando era más joven y trabajaba por Jr. Castilla, una de las calles cerca al mercado de Magdalena, proveía plátanos a otros puestos. Ella cree que fue ahí, cuando cargaba mucho peso, que se hizo algo en la espalda. Cargaba plátanos de freír en su espalda para vender, dice que vendía muy bien pero los plátanos pesaban mucho. Asimismo, recuerda que en algunos puestos que alquilaba se colocaba en posiciones muy incómodas, dice que eso también pudo ser una causa.

Buscó muchas salidas para su dolor de espalda. Lupe nació en Puno y frecuenta de vez en cuando su pueblo. En una de sus visitas a Puno fue donde un chamán para que le haga una limpieza, ya que pensó que el dolor podía ser por un “susto” o “ojeada”. Pero al final no era. Volvió a Lima decepcionada, por eso está un poco molesta, pero se sobrepone porque no puede hacer nada más. Los doctores le dijeron que ya no trabaje mucho, que no haga tanto esfuerzo, que no puede barrer, que ya no puede hacer varias cosas, lo cual le molesta, pero ya siente que es algo que Dios le envió y debe “resistir porque es muy resiliente”. Asegura que: “Si Dios quiere va a poder volver a caminar libremente”, mientras tanto usa bastón. El bastón no es recetado, un día su esposo lo compró y se quedó, dice que le ayuda a caminar mejor. Antes estaba peor porque no podía ir al baño sola. Más tarde, le recomendaron a un chico de Carabayllo que hacía unas terapias en la espalda y solo cobraba 50 soles, le dijo que era por la mala circulación. Eso sí le ayudó y ahora cuenta que ha mejorado. Parte de su rutina semanal, ahora es ir a una terapia de masajes por San Miguel dos veces por semana.

La ruta por el sistema médico se relata con cansancio y desconfianza. Aunque pudo pagar por una primera atención en un policlínico privado, el costo del tratamiento, la frustración y la desconfianza influenciaron en su decisión por optar por otras alternativas, como ir a un chamán en Puno. En el caso de Lupe, se puede observar como la explicación de los dolores por enfermedad también están relacionados con sus actividades laborales y las formas de mover el cuerpo que tenía en su puesto de trabajo. El mercado está lleno de historias que plantean esta misma relación. Ello se evidencia en el caso de otras dos adultas mayores, Mónica e Isabel. Mónica es una

comerciante de plásticos que antes se dedicaba al comercio de verduras y productos de bodega, pero debido al peso de los productos ha cambiado de rubro. Su relato es revelador para analizar las metáforas y analogías que surgen en relación a su entorno laboral y social. En la siguiente nota de campo se lee a Mónica:

Desde hace unos días, la señora que vende al frente tiene un tipo de venda en la muñeca, es un inmovilizador de muñeca. Cuando me pide ayuda para mover una pila de papeles higiénicos aprovecho para preguntarle sobre su muñeca. Cuenta que le ha dado tendinitis. Le han explicado que es como lo del pollo, que lo pones en agua fría y se pone duro. Eso es lo que le ha pasado a su tendón. Hace una comparación con el carro, que el cuerpo en un momento puede darlo todo pero luego se va desgastando por la edad. El doctor ha dicho que es porque ha trabajado mucho y ya no puede cargar nada que pese mucho. En la conversación también sale que es por los esfuerzos físicos que ha cambiado de rubro y ahora vende plásticos y papeles. (Nota de campo, septiembre 2023, mercado de Magdalena)

Isabel, una ex-comerciante, me cuenta que una vez casi pierde la vida por el trabajo. Hace unos años tuvo un gran conflicto con otra comerciante, el caso llegó al punto que se presentaron entre ellas denuncias policíacas. La otra comerciante le hacía perder clientes y malograba su mercadería. Al parecer se le subió la presión arterial debido a la gran cólera que sentía y no pudo expresar, esto hizo que se le reventaran venitas del ojo, lo que ella describe como “morir por la cólera”.

Isabel dice que se guardó la cólera, se estreso mucho y eso es muy corporal. Dice que se tragó la cólera. Se la guardó. Se fue a su casa a descansar. Cuando despertó se dio cuenta de que no veía por un ojo. No sabía qué hacer pero no quería preocupar a sus hijas, así que fue al hospital de emergencias sola, cuenta que felizmente la atendieron, porque a veces no atienden. Le hicieron los exámenes y le dijeron que había explotado algo dentro de su ojo. Un coágulo había explotado por el ojo, le dijeron que había sido bueno que explote en esa zona porque sino no iban a poder tratarlo y se podía morir. Ella pensó que iba a morir por dinero, o sea, iba a morir por la cólera que le generaba su trabajo. Entonces se retiró. Habla de cómo la cólera hace mal a la salud. (Nota de campo, octubre 2023, mercado de Magdalena)

En ambos casos, la tendinitis de Mónica y la vena reventada de Isabel están conectadas directamente con su experiencia encarnada como comerciantes. Las explicaciones se dan en el marco del lenguaje médico y su entorno social, ambas visitaron a especialistas de la salud que vinculan sus experiencias con las actividades que realizan.

Los accidentes

Cuando hablamos sobre el cuerpo y la salud, Albertina recuerda que en los últimos años de vez en cuando le duele la pierna y luego me cuenta que cuando tenía

18 años y venía desde Ayacucho hasta Lima tuvo un accidente de carro y el auto se volcó. La persona que estaba a su lado murió. Ella fue la única que sobrevivió, y estuvo unas semanas en el hospital. Albertina cuenta que hace un par de años le volvió a doler la pierna en el lugar que resultó herida, para tratarlo, uso cremas de grasa de mula y se le pasó. El uso de la crema, nos recuerda la diversidad de alternativas médicas que son utilizadas por las comerciantes. Estas decisiones y acciones sobre el tratamiento y la salud se ven influenciadas por su capital y entorno cultural. Otro caso de accidentes es el de Elena. Elena estuvo en un accidente automovilístico cuando iba a la sierra hace bastantes años. Viajaba junto a su hermano a Ancash cuando el carro que los llevaba se volcó. “Felizmente no se cayó por el acantilado” comenta. Ahí se golpeó. Otro día, cuando pasaba por el puente Primavera, en la pista una moto le chocó y voló, pensó que se iba a fracturar todo el cuerpo, pero solo le salió un gran chichón. Estos eventos son recordados por Elena y explica que por eso pueden ser sus dolores en el cuerpo. Por el conjunto de accidentes, dice que un tiempo no podía estirar las rodillas, tuvo que usar bastón. En el momento me muestra con el cuerpo lo que ahora puede hacer y en un momento no podía. Dice que nunca asistió a algún médico por ello, sino, un día en el mercado un señor que era doctor la revisó y le recetó unas pastillas.

4.2.3. El mercado y la salud

En el mercado se habla bastante de salud, se cuentan historias de salud asociadas al tema de la comida. Se habla de los vegetales y las hierbas que pueden ser buenos para la salud. Por ejemplo, la señora Victoria receta una hierba para la próstata a una casera, otra señora habla de la sopa que hacía para su abuela que ya murió, indicando que la sopa tenía que ser muy liviana. Otra casera habla sobre su diabetes y comenta cómo hace para cocinar y cuidar lo que come ya que tiene que estar al tanto de su alimentación en todo momento. También se habla de cáncer y de jugos nutritivos.

Después de explorar cuáles son los cambios por la edad que identifican las comerciantes y cómo se sienten respecto a ellos, vale la pena preguntarse ¿qué hacen ante estos cambios? Frente a los dolores en el cuerpo, las adultas mayores adoptan una serie de prácticas para cuidarlo y también cambiar sus rutinas. Estas

prácticas no tienen que ver sólo con las experiencias corporales, sino también con sus vivencias sociales, marcos culturales y acceso a los sistemas de salud.

Una vez más nos adentramos en conversaciones sobre salud, ahora no específicamente sobre la edad, sino en general, para conocer sus trayectorias e interpretaciones. Cuando hablamos con la señora Rosa sobre salud, me dice que está “más o menos” porque tiene colesterol alto y triglicéridos altos. Se fue a hacer un examen de sangre junto a su amiga, quien es comerciante y vende en el puesto de al lado. Pensaban que ella iba a tener algo así como diabetes pero al final salió que estaba mejor que su compañera. Sin embargo, le dijeron que tenía que cambiar su dieta y no consumir tanta carne, ni azúcares. Por eso ahora compra el menú vegetariano que venden en el mercado, dice que no cocinan nada mal y le cuesta lo mismo que el menú (10 soles). Desde hace más o menos dos meses toma avena en ayunas porque le han dicho que es bueno para el colesterol alto; así como le han recomendado que adelgace. Rosa menciona que “Ahora me dicen que vaya al doctor”, recuerda que ahora su entorno cercano, como sus hijos le repiten. Desde hace un tiempo ya está tomando pastillas para el colesterol por la mañanas. Además ella complementa esto, al tomar ocasionalmente un jugo especial para el colesterol que hacen en las juguerías del mercado. En su visita al doctor, le han recomendado que no pase tanto tiempo sentada y también camine. Rosa cuenta que felizmente tiene seguro de salud porque su esposo era profesor, pero no suele “aprovecharlo” mucho.

Elena dice que está bien, aunque cambia su respuesta a delicada. Repite que está bien, “pero a veces delicada”. Elena, hace un año siente que ha empezado a olvidar las cosas, tiene miedo al Alzheimer. Y dice que se está quedando sorda. “Ya estoy viejita, te olvidas” conversa con la casera, “dicen que es por la edad, pero se agradece que aún se pueda caminar”. Después del cáncer que tuvo y venció en el año 2015 ya no ha vuelto a ir de manera frecuente al doctor. Ahora no toma ninguna medicación. Hace un tiempo su hija le compró colágeno en polvo, pero no lo toma. El colágeno en un envase grande que parece de proteína está en el puesto, olvidado en el fondo. Un tiempo tomaba una pastilla para los huesos. Siente que se olvida de cosas.

Sobre dolores y remedios

Es curioso notar que las comerciantes recurren a diferentes tratamientos y remedios para contrarrestar sus dolores. El caso de Elena y Clara, de Ancash y Puno, respectivamente, nos muestra su vínculo con sistemas médicos andinos, en el uso de plantas y baños de hierbas. Elena es la única que narra haber tenido “achagues”, cuenta que antes de la pandemia le dieron unos achagues, unos dolores por las piernas. En el momento fue al doctor y le recetaron varias pastillas. Cuenta que gastó hasta mil soles en las pastillas. Las pastillas hicieron efecto aunque le parecieron muy caras. Luego se enteró que una familiar también estaba “malita” y se hacía un baño con hierbas. Por eso empezó a hacerse baños con hierbas de matico y llantén que le aliviaron sus dolores de pies y rodillas. Elena explica que sus achagues son por el desgaste físico y porque de niña no se ha alimentado bien. Cuando se le inflaman los pies o piernas, se hace un baño de hierbas que le ayuda mucho.

Clara cuenta que se encuentra bien, que no tiene nada, no tiene ninguna enfermedad. Que lo que ha tenido más que todo son dolores en las manos y en la espalda, de las piernas un poco. Ubica que ese dolor ha surgido durante este año. Ha ido al doctor por eso, y le dieron ciertas pastillas para la inflamación y las tomó. Pero luego dejó de tomarlas y optó por unas vitaminas. Ahora toma vitaminas de calcio, magnesio y vitamina D. A veces toma ciertas hierbas para el dolor de rodilla, no sabe qué hierbas exactamente son, sólo le dice al yerbatero para que es y él le da una combinación. Este pluralismo médico se puede explicar por su entorno cultural, primero teniendo en cuenta que en sus regiones de origen han visto la implementación de estos tratamientos. A ello, se le suma la influencia del entorno social y cultural del mercado, conocido por la oferta de plantas medicinales y remedios naturales. Asimismo, estas decisiones también se ven afectadas por las frustraciones respecto a la efectividad y accesibilidad de los servicios de salud.

4.3. Balance del capítulo

En el capítulo se ha explorado, desde las experiencias y narrativas de las adultas mayores, los cambios sociales y corporales que viven en relación al envejecimiento. Desde el marco conceptual de las biología locales (Lock, 1993; Lock & Kaufer, 2001) se observa cómo los cambios corporales asociados a los cambios por

la edad, como la menopausia y los dolores del cuerpo, se interpretan en función a los marcos biomédicos y socioculturales que rodean a las comerciantes.

Los hallazgos sobre la menopausia muestran que las comerciantes no experimentan de la misma manera estos procesos, algunas mencionan antojos y bochornos; pero en la mayoría de casos, la experiencia de la retirada de la menstruación pasa a segundo plano ante las preocupaciones y actividades del comercio. Ante la pregunta sobre la experiencia de amigas o conocidas con la menopausia salen menciones interesantes sobre un cambio conductual en relación a expectativas de edad y género. Se comenta que algunas mujeres “se vuelven chibolas”, haciendo referencia a que se enamoran de hombres jóvenes, lo que transgrede los imaginarios sociales sobre la adultez femenina.

En el capítulo también se aborda cómo su trabajo en el mercado se relaciona estrechamente con sus experiencias de envejecimiento, particularmente porque su labor requiere de trabajo físico y social. Es así que, el mercado y su trabajo como comerciantes ocupa un lugar central en sus relatos, demostrando que los cambios por la edad están atados a los sucesos de su vida y labores que realizan. En este contexto, se resalta que los cambios en el cuerpo por la edad, como los dolores, no son solo vividos en el cuerpo, sino en cómo las comerciantes experimentan a través de su cuerpo los espacios y el mundo (Good, 2003; Csordas, 1990, Merleau-Ponty, 1993).

La pérdida de fuerza y los dolores de cuerpo, tanto por “la edad” como por enfermedades, brinda un panorama para problematizar y reflexionar respecto a las explicaciones y categorizaciones de sus dolores: dolores por la edad y dolores por enfermedad. Por la edad se asocian a dolores de huesos o músculos, y suscitan la coexistencia de explicaciones (Sanders et al, 2002), por un lado se aceptan como parte de la vida y por otro se muestra frustración por cómo afectan sus actividades regulares. Por otro lado, los dolores por enfermedad están asociados con los síntomas de una enfermedad diagnosticada, como cáncer o esclerosis.

Al mismo tiempo que se destacan sus percepciones sobre la salud y los cambios de la edad, se debe poner atención a las frustraciones y trabas que enfrentan para acceder a los sistemas de salud oficiales. En este punto, se evidencia cómo deciden emplear distintos tratamientos médicos. Para aliviar los dolores, algunas señalan que han recurrido a pastillas o consultas a servicios de salud convencionales.

Al mismo tiempo, hacen uso de remedios y tratamientos de medicina alternativa. Estas decisiones responden a sus experiencias y entorno social cultura, como la efectividad y acceso a los servicios de salud.



Capítulo 5: La vejez está en otros

El objetivo del capítulo es analizar las narrativas que tienen las comerciantes adultas mayores sobre la vejez y su experiencia del proceso de envejecimiento en el espacio del mercado. Este capítulo busca profundizar sobre las interacciones que tienen las mujeres y sus círculos con la vejez; se observa cómo la vejez se posiciona en otros y otras, así como esta se ve como una identidad que no se lleva todo el tiempo. Por ello, se plantea prestar atención al carácter relacional de la vejez en relación al diálogo de diferentes actores en el mercado. Las reflexiones que acompañan las siguientes secciones se guían por las preguntas: ¿Qué narrativas se despliegan cuando se habla de vejez? ¿Cuándo se piensa en la vejez? ¿Cómo se habla de la vejez?

El capítulo se divide en tres partes. Primero, se analizan interacciones donde el envejecimiento se identifica desde la mirada del otro, y se intersecta con otras categorías como el género y el trabajo. La edad aparece en torno a conversaciones sobre otros, sobre sus acciones y apariencias. De esta forma, se observa como la edad se configura cotidianamente como una categoría relacional. En segundo lugar, se analizan notas de campo para describir cómo se aborda la vejez en el mercado. Entendiendo la importancia del contexto, se propone evaluar la potencialidad que tiene el mercado como un lugar hasta cierto punto amigable para las vejeces de mujeres trabajadoras independientes, en este caso comerciantes de un mercado. En el tercer apartado se explora cómo las adultas mayores ubican la vejez en el futuro y dialogan con sus motivaciones, preocupaciones y expectativas sobre la vida de acá unos años.

El principal hallazgo del capítulo es que para las adultas mayores comerciantes, la edad no se presenta como una identidad que se reclame como el género o el ser trabajadoras comerciantes. En cambio, se configura como una categoría relacional dentro de las interacciones con otras personas de su entorno. Dependiendo del contexto, ellas pueden posicionarse como más jóvenes que alguien, o mayores.

5.1. El envejecimiento en relación a otros: la vejez está en constante negociación y en la mirada del otro

Así como las comerciantes viven el envejecimiento desde su experiencia encarnada, también son identificadas por otros en relación a la vejez, lo cual despliega expectativas sobre sus comportamientos, como acciones esperadas respecto a la edad y género. En el mercado se escucha la mención a la vejez en palabras como: “abuela”, “abuelita”, “vieja”, “vejita” “antigua”, “mayor”, “mayorcita”, “mamita”, “de edad”. El uso del diminutivo puede cambiar por completo la connotación de la palabra, se suele emplear para denotar cariño y familiaridad. Sin embargo, la expresión también puede manifestar fragilidad y pasividad. No obstante, se debe destacar que la mención a “mamita” o “abuelita”, entre comerciantes, puede dar a conocer relaciones de parentesco que se forman en el mercado. El uso de estas palabras para referirse a la vejez del otro, en especial por la carga negativa que refleja la vejez en relación al trabajo y la autonomía.

En este sentido, es pertinente observar cómo la vejez es percibida y tratada desde otras personas que interactúan con las comerciantes. Dos sucesos en el puesto de Elena son ilustrativos para aproximarse a ello. En el primero, que titulé: “Da pena cuando la abuelita corre”, la dinámica se da entre un casero joven, Elena, Rocío, yo:

Una tarde, un joven se acerca a preguntarme por las verduras en bolsitas. Elena, atenta al pedido, le ofrece traer más productos para que vea la variedad. El joven me dice que no quiere que la abuelita corra, que mejor se lleva lo que está en el puesto, Elena no escucha esto. Está ocupada corriendo entre su mesita de la esquina y el puesto, trayendo las verduras en bolsa para vender, es un potencial cliente para que no se queden las verduras para el día siguiente.

- Me da pena que la abuelita corra- dice el joven.
- Pero si es su trabajo- dice la señora Rocío desde su puesto.

La venta se da con normalidad, le pongo las verduras en una bolsa. La señora Elena intenta ofrecerle más y ya no se habla del tema. (Nota de campo, septiembre 2023, mercado de Magdalena)

La interacción es breve, pero el escenario es complejo. Nos invita a preguntarnos: ¿por qué da pena que la señora Elena corra? ¿La forma en la que se ve denota fragilidad? Mientras que el joven siente pena por Elena, al identificarla como una ‘abuelita’ que corre; la señora Rocío muestra su disconformidad con el comentario. A Rocío no le da pena que Elena corra, en cambio defiende su trabajo.

En el comercio del mercado, la rapidez es un aspecto clave para el éxito, puede ser la diferencia entre una venta efectiva o la pérdida de un cliente. Las comerciantes señalan que los clientes pueden ser impacientes y si no se les atiende rápido se van a otro puesto. Ello también se debe a la oferta que hay, la mayor cantidad de puestos por el mercado de Magdalena se concentran en negocios de vegetales y frutas. Teniendo en cuenta este escenario, se podría decir que el joven cliente cambia los 'estándares de atención' al tratar de manera diferenciada a Elena y pedir lentitud. En cambio, Elena se enfoca en la venta y despliega sus estrategias como comerciante; se comunica de manera cariñosa, le recomienda recetas para que cocine y consejos sobre cómo almacenar por más tiempo las verduras.

Para Le Breton (2018) prestar atención a la mirada del 'otro' es esencial para comprender el sentimiento abstracto de envejecer. Así como la experiencia corporizada es interpretada y significada por las comerciantes adultas mayores, sus cuerpos también son sujetos a interpretación por otras personas. "El sentimiento de envejecer viene siempre de otro lado, es la marca en uno de la interiorización de la mirada del otro" (Le Breton, 2018, p.149). La mirada del otro está cargada por narrativas y valores que se definen desde su perspectiva a la vejez. Estos discursos pueden poseer nociones que vinculan la vejez con el cansancio, la fragilidad, la enfermedad y la dependencia. Por ello, como ya varios estudios han mostrado (Osorio, 2006; G. Ramos, 2014, 2018; Tirado, 2018), es esencial comprender la vejez desde su heterogeneidad para no perpetuar estereotipos de pasividad hacia la población adulta mayor. Ver la vejez no como una etapa definitiva que adquiere significados estáticos sobre la movilidad y la posibilidad de realizar actividades perpetúa el edadismo, que pone trabas a las personas adultas mayores sobre su capacidad y derecho a la decisión. Ello no quiere decir que el paso de la edad no se sienta en sus cuerpos y ellas decidan hacer modificaciones de acuerdo a los cambios sociales y corporales. Como también, que sus elecciones se vean limitadas por desigualdades estructurales, así como acontecimientos particulares de sus biografías, que continúan impactando su calidad de vida.

Las comerciantes también pueden enfrentarse a insultos y confrontaciones en su día a día. En la siguiente nota de campo titulada "El señor malcriado", se puede

observar como las narrativas sobre género y edad se manifiestan en el intercambio con otras personas en el mercado:

Elena está en la esquina, a lado de Victoria, vendiendo sus verduras “casera verduritas” “caserito verduritas” pregona Elena. “Casero que va a llevar” “Casero pregunte” pregona Victoria desde su puesto. Pasa un señor mayor y Elena le ofrece como a todos.

- A mi no me ofrezcas, yo no cocino— dice el señor.
- Igual puede hacerse unas verduritas o llévese para su esposa—responde Elena.
- Porque me ofrece si solo las mujeres cocinan.
- ¡Machista!
- Que malo será su esposo que la hace trabajar, ya tiene 70, debería estar en su casa.
- Mi esposo ya está muerto.
- Usted lo habrá matado.
- Si pues.

Se va el señor y los comentarios de las presentes se hacen escuchar: “Que malcriado” “Que machista” “Qué sinvergüenza ese señor, pobre de su esposa.” “Cómo será en su casa” “Yo le hubiera dicho ‘marica, te voy a poner vestido” (Nota de campo, octubre 2023, mercado de Magdalena)

La escena, nos hace recordar a las conversaciones acaloradas que registró Seligmann (2015) en el mercado de Cusco. Estas se daban entre compradoras y vendedoras, en quechua y castellano. Los insultos, por ambas partes, reproducían categorías discriminatorias de raza, clase y etnia. En dicho intercambio, los repertorios de insultos eran guardados para las peleas, así lo analiza Weismantel (2017):

Seligmann señaló que es en contextos como estos donde realmente se escuchan palabras como “india”, “chola” y “mestiza” en el mercado: no en las declaraciones formales de identidad sino en combates verbales y las performances en las que son momentáneamente usadas y luego desechadas. (Weismantel, 2017, p.170)

Estas confrontaciones sacan a relucir prejuicios sobre etnia y raza principalmente. Los “combates verbales” que observé en el Mercado de Magdalena también dan lugar a la manifestación de prejuicios sobre la edad y el género, pero en este caso no presencié el uso de categorías étnicas o raciales¹. En el caso de Elena y el comprador que cité líneas arriba, salen a relucir estereotipos y frases cargadas de

¹ En los estudios antropológicos sobre los mercados en los Andes, estas nociones aparecen en la discusión pública con más frecuencia, especialmente en los intercambios verbales entre compradores y comerciantes, así como entre las mismas vendedoras. En la presente investigación, las categorías étnicas y raciales no se manifiestan de manera tan explícita en las narrativas de las comerciantes. Ello podría deberse a diversas razones, como el hecho de que, en la actualidad, el racismo enfrenta una mayor sanción pública o que las categorías étnico-raciales quedan solapadas por categorías socioeconómicas. En cualquier caso, resulta relevante continuar explorando estos cambios en el contexto del estudio de los mercados de abastos.

discriminación en relación al género y la edad. El cliente considera que “cocinar” es una actividad de mujeres; siendo una tarea desvalorada y feminizada, siente que lo ofenden cuando se sume que él es parte del público objetivo de la venta. Elena intenta una vez más concretar una venta, pero ante el comentario del comprador, se molesta y lo llama “machista”. El señor responde, ahora desde otros supuestos y estereotipos: “una mujer debería estar casada y no debería trabajar”; a ello se le suma la categoría de la edad, primero le sube la edad a Elena, 70 años, y le dice que ya debería estar en su casa. Para el señor, como es mujer y anciana, debería pertenecer al mundo doméstico. Elena no se deja vencer y cambia la narración, se inventa el destino del supuesto esposo. En este ejemplo es evidente la combinación entre machismo y edadismo que enfrenta Elena. El edadismo se manifiesta en tres dimensiones, abarcando desde los estereotipos, como el miedo a envejecer, hasta los prejuicios y la discriminación hacia las personas basados en su edad (Páez et al., 2023, p. 3). El viejismo opera de manera similar al asignar cualidades negativas y despectivas a una persona debido a su avanzada edad. Este tipo de discriminación no solo es reproducida por jóvenes, sino también por adultos mayores.

Entre bromas e insultos, la edad aparece en las interacciones en el mercado. En otra ocasión, Luis es llamado “viejo renegón” por otra comerciante. El uso de “vieja” o “viejo” en estas interacciones carga con el estigma que prevalece en la urbe sobre el envejecimiento. Otro ejemplo es el suceso en el puesto de Albertina: una mañana, el comerciante de al frente, que vende verduras saluda al zapatero que está entrando. El comerciante exclama “¡ya llegó la vieja!”, el zapatero, un señor mayor, regresa el saludo: “si, si, ya llegué”, mientras entra a su puesto con una mochila a ruedas. El saludo es amistoso y demuestra la familiaridad que hay entre comerciantes en el mercado, la interacción está llena de humor, pero también denota el uso de la palabra “vieja” para molestar. En este caso y el anterior aparece no solo la edad sino la feminización del envejecimiento, en expresiones como “marica, te voy a poner vestido” y decir “vieja” en vez de “viejo”.

El tema de la apariencia física y las arrugas también suele ser un tópico común. En la siguiente nota de campo se puede captar las diferentes explicaciones que dan las adultas mayores y el cambio de sus posiciones respecto a la edad:

El señor Luis salió por un rato y me quedé sola en el puesto. Vendiendo, esperando que los caseros pidan cosas de las que sé su precio. Al frente, está una señora que hace mazamorra conversando con la señora Mónica, la comerciante del frente. Le había comprado a Luis una calabaza a 10 soles, yo se la alcancé y pesaba bastante. Conversan sobre otra señora y no escucho toda la conversación porque estoy con una cliente que me ha pedido 50 céntimos de huacatay. Le hago señas a la señora Mónica para preguntar si las tres ramas que he cogido son 50 céntimos de huacatay, me dice que sí. Se une a la conversación la señora Rocío. Y a ellas se le une la casera que me está comprando. Primero hablan de la 'ocopa' que va a preparar la cliente y luego el tema cambia a la piel. Dicen que hay una señora ya mayor que no tiene arrugas.

- Si haces gestos te salen arrugas.
- Seguro usa botox.
- No, no, está así por su alimentación, su comida serrana la mantiene.
- Algunos son así (sin arrugas).
- Ella está más abuela que yo y mira como está.
- Será que ya no tenemos que hacer gestos, -bromea.
- Son los gestos y la edad.
- No, si te haces masajes en la cara así. -señala en su cara como son los masajes, por la frente y los cachetes (hablan más de la frente) luego pone la cara seria, sin ninguna emoción. - y tienes la cara así todo el tiempo, no te salen arrugas.

El tema "muere" cuando la casera se va, se ha llevado ají también, que está a 11 soles el kilo. (Nota de campo, septiembre 2023, mercado de Magdalena)

En este encuentro es interesante reflexionar sobre dónde se ubican las adultas mayores. Ellas se posicionan frente a la vejez de manera ambigua y ello va variando de acuerdo al contexto. Frente a una persona que es mayor que ellas, se convierten en personas jóvenes, a lo que se le agrega que la juventud está relacionada con el trabajo y la movilidad. En cambio, cuando están cansadas y aparece una persona más joven, que además hace las cosas más rápido, ellas se convierten en la cara de la vejez. Además, en el diálogo se despliegan elementos que afectan la percepción del envejecimiento, como el uso de botox, la comida serrana y el uso de gestos.

Cabe destacar que la percepción del paso del tiempo no se limita únicamente al transcurrir de los años, sino a las experiencias y emociones que marcan la vida de las personas. En el caso de Elena, esta idea cobra sentido cuando reflexiona sobre su hermano Luis. A pesar de que ella le lleva diez años, Elena observa cómo la carga de preocupaciones, como las deudas y los problemas financieros, han dejado una huella en su apariencia, "lo hace ver más viejo". En este ejemplo se puede observar como factores emocionales y situacionales pueden influir en la percepción del envejecimiento.

Cuando se habla de un 'otro' que envejece es común la mención a los padres y madres, en especial en relación al cuidado. Osorio (2006) define 'la cuarta edad' como la experiencia de los adultos con edad avanzada que se encuentran en situación de enfermedad y poca movilidad; caracterizada por el deterioro físico y mental (p.11). Las comerciantes ubican a estas personas como las de mayor edad, como sus padres y madres; que ya se encuentran delicados de salud, en situación de dependencia y necesidad de cuidados. Es así que, para algunas, la vejez está en esos "otros", familiares cercanos de quienes se tiene que cuidar. La siguiente nota de campo ayuda a comprender cómo se ubica esta vejez en el caso de la mamá de Rogelio:

Rogelio es un comerciante que se para a conversar en algunos puestos. Un día me preguntó por mi carrera y hablamos de mi tesis. Rogelio es ingeniero y dice que creció entre el mercado y Magdalena del Mar. Su mamá era de Jauja, Junín y tenía cuatro puestos en el mercado, era muy exitosa. Cuenta que su papá vivió hasta los 104 años, pero ya falleció. Su mamá ahora tiene 98 años y está un poco enferma. Hace un tiempo, junto a sus hermanos, que son 8, decidieron que ya su mamá era muy mayor y ya no debía trabajar. Esto implicó que ya no esté en el mercado. Ahora se turnan para cuidar a su mamá y también manejar los puestos del mercado. Dice que su mamá manda saludos a la mamá de otra comerciante y sigue su camino. (Nota de campo, octubre 2023, mercado de Magdalena)

En el caso de Rogelio el cuidado de su madre ha caído sobre los hijos y dentro de esa responsabilidad se ha agregado la capacidad de tomar decisiones por ella. Ello se evidencia en cómo los hijos toman la decisión de sacarla del mercado, ella ya no toma esa decisión. A esta edad, la madre de Rogelio también pierde la autonomía sobre sus puestos, ahora los manejan sus hijos. Sin embargo, aunque la situación parece trágica para la señora, este cambio implica que la familia cuidará de ella.

Es importante notar que uno se identifica con la vejez de manera relacional, dependiendo de redes sociales, en especial familiares, con las que convive. Según el círculo que rodea a la persona, uno se sitúa dentro de la experiencia del proceso de envejecimiento. El caso de Victoria es ilustrativo para comprender este carácter relacional de la edad y el envejecimiento. Victoria es ayacuchana y trabaja en el puesto que antes era de su madre, se identifica como adulta mayor cuando cuenta historias o da sus opiniones. Ella ya tiene nietos, a quienes le gusta consentir, cuando hable con ella sobre la edad y la vejez, Victoria empezó a contar sobre su madre.

A Victoria le resulta ofensivo cuando la gente se refiere a su mamá como "vieja", dice que a esa edad siempre hay que tratar con cariño, por eso prefiere decirle "mamita". Cuenta que cuando uno es mayor ya no puede comer lo mismo, por eso la dieta de su

mamá es limitada. Ella le prepara una 'sopa de ángel' especial. Victoria hace una comparación con la máquina cuando se habla sobre alimentación y el cuerpo, "nuestras máquinas están bien. No son como la de los niños que necesitan aún más cosas. Solo necesitan mantenerse. Los que ya son mayores necesitan mucho cuidado porque no pueden consumir de todo". Luego menciona a su madre: "Mi mamá ya no puede comerse una mandarina como nosotras". (Nota de campo, septiembre 2023, mercado de Magdalena)

Para Victoria, "la máquina" (cuerpo) de su madre ya no funciona igual al de nosotras. Plantea una diferencia entre cómo funciona el cuerpo de su mamá ahora y cómo funciona el de ella y el mío. Ante la comparación con una persona mayor, ella y yo nos convirtamos en jóvenes, resalta que nuestros cuerpos "están bien". La metáfora que utiliza entre la máquina y el cuerpo no es nueva para los estudios del cuerpo, ni para el mercado, otra comerciante ya ha planteado este tipo de asociaciones con el 'carro'. Un caso similar es el de la mamá de la señora Rocío. Cuenta que su madre tiene 95 años y no fue tan seguido al mercado porque la estaba cuidando. Junto a sus hermanos, se turnan para cuidarla. Para Rocío es mejor no darle noticias fuertes a esa edad. Hace poco falleció un señor que trabajaba en el mercado, pero ella no se lo ha contado porque "es mejor que ya no tenga emociones fuertes". En ambos casos, las comerciantes abogan por el bienestar físico y emocional de sus madres, que implica limitaciones, por un lado, alimenticias y por otro sociales, que pueden afectar o angustiar a la persona que se busca cuidar.

La vejez y la juventud también puede ser negociada en la propia historia, dependiendo de cómo uno se posiciona respecto al tema y el contexto. Un ejemplo, es el caso de Oscar y Clara. La primera vez que interactué con Oscar, el esposo de Clara, le conté sobre el tema de mi investigación y su primera reacción fue decir: "No somos adultos mayores, nosotros somos jóvenes" mientras hizo referencia al trabajo que estaba realizando. Justo estaba sentado, en una pequeña banca, sacando el exceso de tierra de las papas y cambiándolas de costal. Su respuesta estuvo acompañada por las risas de Clara. Mientras pasaba la tarde y yo acompañaba el puesto, la temática de nuestras conversaciones cambió. Hablamos de la época del COVID-19, de todas las restricciones e incertidumbres y de los cambios globales que se vendrán en los próximos años. Tanto Clara como Oscar repitieron con cierta tranquilidad: "Nosotros ya gozamos, ya vivimos", para luego reflexionar: "Quiénes van a pasarla fuerte por los cambios climáticos son los jóvenes" "Para lo que pase,

nosotros ya no estaremos”, recordaron que el COVID-19 les dio bastante fuerte a ambos. Así como la categoría de vejez tiene el carácter maleable y es usada en relación a otros, la identificación con la juventud también es manejada de acuerdo al tema y el contexto. En este caso, se puede observar cómo la juventud es asociada con el trabajo, pero cuando implica un futuro más largo, deja de ser un adjetivo con el cual identificarse.

5.2. La vejez en el mercado

En una de mis primeras interacciones en el mercado, me acerqué a un puesto de frutas. En el afán de presentarme y presentar mi tema, busqué conversar con la señora que pesaba los productos. Sin embargo, me respondió su hija, quien se encargaba de cobrar, me dijo que su mamá solo venía a veces a apoyar, ya cuando me dio el vuelto mencionó: “las viejitas están por el centro del mercado”. Por el centro del mercado está el puesto de Victoria, de Rosa y el de Elena. Pero lo cierto es que, las adultas mayores están distribuidas por varios puestos. Hay algunas que se encuentran en la zona de menús, otras vendiendo lana y otras que son costureras; así como en los puestos de carnes y pescados. No solo hay adultas mayores en el mercado, también hay adultos mayores que se desempeñan como comerciantes. Frente a esta observación, vale la pena preguntarse cuál es el espacio de las vejeces en el mercado. El caso de María es intrigante para evidenciar el potencial del mercado como un lugar de redes de apoyo para las vejeces:

Estamos conversando con la señora Victoria cuando me dice que por allí está pasando María, una de las comerciantes más antiguas del mercado. Me dice que me la va a presentar y corro y Victoria corre junto a mí para alcanzarla. Por cada puesto que pasa, María se agarra de las cosas para sostenerse. Cuando la alcanzamos, Victoria me presenta como una señorita que le va a acompañar. María se apoya en mi brazo por un rato, pero confía más en los diversos puestos del camino, ya que no me conoce. Le pregunto su nombre y me presenta. No sé si no me escucha o está concentrada en irse, pero no me responde. Mientras pasamos, comenta que su presión está baja. Luego cuando ya veo la puerta de salida del mercado, aparece un señor con mandil y me dice que él la acompañará hasta el paradero. María suelta mi brazo y se va con él. Cuando yo voy de regreso, varias comerciantes me dan las gracias y diciendo ‘gracias por llevar a la señora María’”. (Nota de campo, septiembre 2023, mercado de Magdalena)

El caso de María nos indica dos puntos importantes para la investigación. Por un lado, demuestra cómo la vejez es identificada en otro u otra, ello se nota cuando

Victoria busca presentar a María, una de las personas con más edad, como una potencial entrevistada. Por otro lado, la interacción con María me permitió observar el cuidado que se da entre comerciantes. El mercado, desde esta perspectiva, se configura como un lugar que combina varias actividades de la vida de los comerciantes. La idea del puesto-casa se puede expandir para entender al mercado como una comunidad. Para María, quien ha construido buenas relaciones y tiene una buena reputación, es conocida como la amiga de las madres de los comerciantes; el mercado se convierte en un lugar seguro y conocido para pasar el día. Cresswell (2004) plantea que los lugares son objetos de lucha y re-imaginación y se reinventan a través de las prácticas sociales (p.39). El mercado da cuenta de esta noción, pues se combinan de manera creativa el trabajo de comercio, el cuidado y la mantención de redes sociales. Todo ello a partir de las prácticas sociales de comerciantes, en un buen número mujeres que desempeñan múltiples roles domésticos, de trabajo remunerado, fuera de sus casas, como de construcción y mantención de redes sociales (Collier & Yaganizako, 2007), entre otros. Jirón Martínez et al. (2022) también desarrolla la idea de espacialización del cuidado respecto a la relevancia que tienen la convivencia e integración social, así lo define al expresar la importancia de “la manera corporal, relacional y multiescalar en que llevamos a cabo los cuidados cotidianos, estrechamente vinculados a formas de habitar los diversos entornos en que suceden” (p.202). Entendiendo el mercado como un lugar construido por comerciantes, caseros/as y demás actores, vale la pena preguntarse por cómo el espacio del mercado también se plantea como un lugar amable para el proceso de envejecimiento. Un caso que ejemplifica las potencialidades del mercado, es el puesto de ropa de Fernando y Lucero:

Cerca a Rosa hay un puesto que vende ropa. En él siempre está una pareja de señores que llevan sombreros, Fernando y Lucero, ambos adultos mayores. Fernando es conocido como uno de los antiguos. Quién atiende el puesto es una joven, que no logro identificar si es su hija, pariente o solo una vendedora. Un día noto un suceso interesante: la joven está acompañando a Lucero al baño. Cuando salen, Lucero se desubica por un momento y se confunde de pasillo. La joven la re direcciona entre bromas y juntas regresan a su puesto. (Nota de campo, septiembre 2023, mercado de Magdalena)

Aunque la identidad de la joven no la conozco por completo, lo que sí es claro, es que aparte de vender, ella acompaña y cuida de la pareja. Esto nos recuerda al

carácter flexible que tuvo el comercio en la vida de las mujeres cuando se convirtieron en madres, sus puestos y lugares de venta también eran espacio para el cuidado y crianza de sus hijos. Es así que el mercado se vuelve a convertir en un lugar de cuidado, respondiendo a las prácticas y relaciones que se establecen entre los actores. Ahora nos podríamos preguntar ¿por qué prestar atención a estos espacios? En una ciudad como Lima, los espacios públicos no son amigables para los adultos mayores y el cuidado parece estar destinado al ámbito doméstico de la casa, asociado con lo íntimo. La ciudad es dura para quien no se adapte con rapidez. Aunque el mercado tampoco cuenta con la mejor estructura arquitectónica, facilita las posibilidades de construir redes de apoyo humano para aspectos económicos y de cuidado, para vincular lo personal con lo colectivo y público. Cabe recordar que, a la vez, se comprende el mercado como una comunidad, es también importante reconocer que es espacio de conflicto y tensión. Hay relaciones que se van fragmentando por desacuerdos frente a las decisiones que toman en asambleas, sucesos pasados y la competencia entre las y los comerciantes.

Respecto a las adultas mayores entrevistadas, sus puestos en el mercado les dan cierta autonomía, ser dueñas del negocio les permite seguir tomando decisiones sobre el día a día sobre el destino de sus productos. Asimismo, el trabajo del comercio, por su característica flexible, les permite ejercer diferentes tipos de involucramiento. Al poder contar con ayudantes que se encarguen de la venta, algunas comerciantes pueden optar por no realizar mucha actividad en su día a día. Hay variabilidad en la actividad que se puede realizar en el puesto si se es dueña del espacio y se cuenta con capital, social o económico. De esta forma, el mercado y el comercio se construyen como un lugar para el envejecimiento, desde el cuidado y la agencia que da a las y los adultos mayores, el hecho de contar con un negocio propio. Esto no está exento de limitaciones y preocupaciones, como, por ejemplo, tener poco tiempo para el descanso, tener que endeudarse para mantener su negocio y la constante preocupación por la venta de los alimentos perecibles. Asimismo, se debe recordar que las comerciantes entrevistadas no cuentan con seguro de salud ni pensión por jubilación por su trabajo; solo Clara y Rosa cuentan con ello debido al trabajo de sus esposos. El acceso a servicios higiénicos también se configura como un problema

para las adultas mayores, ya que el servicio tiene un costo y por la demanda de atención en sus puestos, muchas veces no pueden utilizar el servicio.

5.3. La vejez está en el futuro

En el capítulo 4 se mostró, como el envejecimiento es percibido desde la experiencia corporal y vínculo con los significados sociales según influencias culturales y biomédicas. En el siguiente apartado se explora cómo la vejez es ubicada por las adultas mayores en sus planes futuros. Asimismo, se muestran las respuestas de las comerciantes ante la interrogante sobre el porvenir respecto a sus trabajos y el cuidado.

Cuando Elena (63 años) contaba sobre la construcción de su casa de tres pisos, fue inevitable notar la referencia que hacía al futuro. Elena construyó su casa para pasar su vejez. La vejez, en su narración, se convierte en una etapa de descanso a la que aspira llegar. Por su situación actual, no puede dejar de trabajar ya que tiene que saldar préstamos y apoyar a su hermano. Aunque al inicio no lo noté, Elena cuenta con una red social fuerte lo que le ha permitido proyectar un futuro en su casa propia y contar con una red familiar próxima. En San Juan de Miraflores, tiene como vecinos a su hermano mayor y familia, con quienes comparte comida los fines de semana. Además, junto a su hija, pertenecen a la iglesia Evangélica donde realizan actividades y han encontrado una comunidad. Fue a través de una “hermana” de la iglesia que contactó con Laura, quien buscaba trabajo y se convirtió en ayudante en el puesto.

Respecto al futuro, Elena expresó que dependerá mucho de lo que este le depare, “el señor decidirá”, dijo aludiendo a su fe. “Si puedo seguir trabajando, seguiré trabajando”. Elena sostiene que para ella la vejez es normal y el cuerpo cambia, pero lo sobrelleva. Agrega: “Yo quiero vivir hasta que pueda defenderme. No quiero ser una carga para hija, que ya tiene sus hijas”. Cuando tenga una edad avanzada le da miedo depender de otros, con ello expresa su temor hacia la enfermedad “hacia cualquier enfermedad que pueda venir”. No obstante, recalca que a la edad que ya tiene puede disfrutar del tiempo con sus nietas.

Elena se identifica con su trabajo en el mercado, siente que siempre tiene que estar haciendo algo, tiene que estar moviéndose. Así expresó al decir; “si no trabajo me siento inútil”. Cuando estuvo un tiempo alejada del mercado, extrañaba la calidez

social, conversar con los caseros y sus compañeras. Después de todo, siente que el mercado es su hogar.

Cuando le pregunté a Clara (59 años) sobre el futuro, ella respondió que se imagina trabajando, por lo menos “hasta que el cuerpo aguante”. Actualmente, se dedica al trabajo porque quiere, más que por una razón meramente económica, Clara encuentra en el trabajo un espacio para socializar y desenvolverse. Sostiene que ahora trabaja para ella y su esposo, ya que sus hijos se han independizado. Cuenta que si se queda todo el día en su casa, se aburre. Cuando no está en el mercado, pasa tiempo en su casa, le gusta pasear y viajar, en especial a Puno, su ciudad natal. Para Clara, es claro que: “el cuerpo decidirá lo que pueda hacer”. En la conversación cuenta más sobre un futuro inmediato, de acá unas semanas viajará a Puno, junto a su nieta de 4 años, ya que tiene familia allá.

En el futuro, Albertina (58 años) imagina que ya no estará trabajando en el puesto de ahora, ya que es alquilado. Dentro de sus planes está trabajar por 2 a 3 años más en el comercio de verduras para luego rotar a otro negocio. Su hijo, de 23 años, se encuentra acabando su carrera como policía y es la principal razón por la cual se mantiene en el trabajo. Albertina utiliza sus ganancias para aportar a su unidad doméstica y poder darle propina a su hijo. Hablar de futuro hace que Albertina recuerde lo que ha logrado por su trabajo junto a su pareja, que es panadero. Cuenta que tiene su terreno en Ventanilla y ha logrado construir su casa. Imagina que de acá a unos diez años ya no tendrá que mantener a su hijo y tal vez tendrá un negocio cerca a su casa. "Tal vez una bodega, un trabajo más suave, porque con la verdura es duro, se sufre". Por el momento, considera que el mercado donde está es como una familia, conoce a los comerciantes de los lados, aunque hay algunos nuevos. Sin embargo, recalca que sigue siendo un trabajo donde “se sufre bastante porque tienes que madrugar”. Para Rosa (66 años), imaginar el futuro es más difícil. Como tiene el puesto propio, le gustaría mantenerlo como está, ya no quiere expandirlo más. Le gustaría seguir viniendo al mercado, pasar el día y platicar con sus compañeras. Le han recomendado que cambie de rubro para acomodarse al comercio de alrededor, por eso está pensado cambiar a la venta de ropa.

La conversación con Lupe (65 años) sobre el futuro la lleva a pensar en lo que ha logrado y ha aprendido a lo largo de su vida. Ella pensaba que su propósito era

tener un puesto propio, pero nunca lo tuvo. Lupe cuenta que siempre paraba ayudando a su familia, a sus sobrinos, a muchos los ha criado como sus hijos. Pasaba desde recibirlos en Lima a ayudarlos a terminar sus carreras universitarias. Además “llevaba plata para la sierra”, que le pedían. A pesar de no tener puesto, está orgullosa del terreno que tiene por Ventanilla, porque es suyo. Lupe siente que uno de los cambios al crecer es el aprendizaje, se considera una persona muy noble, ha aprendido los valores y ahora puede dar consejos. Le pregunté a Lupe: ¿de acá 5 años como se imagina? Ella hace como una mueca y dice que ya no sabe si se imagina. Luego responde: “cuando ya esté en mi vejez, ya no trabajaría, volvería a mi tierra”. Lupe es de Puno, dice que allá tiene familia que la cuidaría y un terreno. En su narración sobre el futuro y aprendizajes hace muchas menciones a Dios, así como Elena, también es miembro de la Iglesia Evangélica y da sentido con su fe a la vida.

Hablar del futuro hace que recuerden lo que han logrado para llegar a su presente. En sus planes futuros el trabajo ocupa un lugar importante, pero no se menciona el trabajo doméstico que todas realizan, sino el trabajo de comercio denota relevancia por el valor social y económico que les provee. Los logros sobre la construcción de casas y adquisición de terrenos se muestran con orgullo como fruto de su trabajo. El deseo por cambio de rubro se muestra en el caso de Rosa y Albertina, por un lado, Rosa busca acomodarse a las tendencias entre sus vecinos de puesto, mientras Albertina quiere dedicarse a una labor menos dura y cercana a su casa. La centralidad que coloca Clara en el cuerpo, nos recuerda la relevancia que tienen sus cuerpos como capital social y económico, en tanto puedan seguir activas realizando actividades de compra y venta, así como tomando decisiones sobre su negocio. Para Elena y Lupe la vejez está en el futuro y en sus casas. Esto se puede deber al estigma que carga la vejez, en relación a una etapa de dependencia y descanso.

En este punto, es esencial problematizar la idea del descanso durante la vejez. El descanso como una elección se configura como un privilegio para las adultas mayores comerciantes. Aunque dependiendo de su situación, las comerciantes pueden negociar entre días libres y días donde deciden irse temprano, el descanso por completo no se plantea como una opción. Para Elena y Albertina la situación es más complicada, ambas tienen familiares que dependen económicamente de ellas y su trabajo. Lupe y Rosa se sostienen de las redes sociales que han construido, Lupe

se apoya de su familia cercana y extensa y Rosa se siente segura porque el seguro y pensión de su esposo la respalda. Por otro lado, Clara es quien tiene más rango de opciones, su situación familiar es más estable y la ganancia de su trabajo de comercio está destinado solo para ella y su esposo. Es así que el descanso se plantea como un privilegio a raíz de otros sucesos en sus vidas, relacionado con la seguridad social y financiera de sus familias.

El tema del cuidado vuelve a surgir, ahora en un tono más angustiante, ¿quién cuidará de ellas? Lupe está segura que en su pueblo, en Puno, la cuidaran. Para Elena el tema es más preocupante, solo tiene una hija y no quiere ser una carga para ella, al mismo tiempo manifiesta que quiere ser cuidada por su familia. “Si no tienes hijos, después ¿quien mira por ti?” plantea, cuando conversamos sobre hijos. En este sentido, es vital para las comerciantes identificar sus redes de cuidado. Por ejemplo, Clara cuando mencionó que enfermó durante la pandemia, se sintió aliviada al notar que sus hijos “miraban” por ella, y le enviaron una enfermera cuando la necesitó.

5.4. Balance del capítulo

El capítulo permite observar cómo se construyen las narrativas sobre el proceso del envejecimiento en el espacio del mercado. Tal como lo plantea Le Breton (2018), se identifica como la vejez suele ser percibida por las comerciantes principalmente desde la mirada del otro, así como asignada hacia algún otro. Comprender su carácter relacional permite entender el marco social y cultural del envejecimiento, para así identificar las expectativas, comportamientos y acciones esperadas que se tienen respecto a la edad y el género.

Además, el carácter relacional y situacional de la vejez en las narrativas nos ayuda a entender cómo las comerciantes se identifican con la vejez en algunos escenarios y en otros no. En algunos casos, quien encarna la vejez es un “otro”, generalmente cuando se habla del cuidado de madres, padres o de personas mayores. En otros casos, la vejez la encarnan ellas, al ser ubicadas respecto a otras personas más jóvenes y dependiendo del contexto. Los discursos hegemónicos que cargan a la vejez únicamente de nociones de fragilidad o dependencia, también influyen en cómo se adjudica a un “otro” la cara del envejecimiento. Se debe mencionar que las comerciantes entrevistadas se encuentran en un rango de edad

que va de 59 a 66 años y todas son activas en sus negocios, lo que las aleja de la idea de la vejez asociada a la dependencia y la fragilidad. A esto se suma que, en general, la vejez sigue teniendo connotaciones negativas, por lo que no suelen identificarse de manera estática con la etiqueta.

Sin embargo, también existen límites sobre esta identificación con el envejecimiento. Las narrativas sobre el envejecimiento no solo se negocian desde la experiencia subjetiva, sino que están en constante diálogo con las percepciones y narrativas del envejecimiento de los demás. En este sentido, vale la pena reflexionar sobre cómo las imágenes y narrativas sociales y biomédicas de la vejez, también influyen en cómo se vive y experimenta la vejez en el mercado.

El mercado, como espacio social y político y lugar de trabajo de las comerciantes, se configura como un espacio clave para observar e identificar narrativas sobre género y edad. En algunas situaciones conflictivas que ocurren en el mercado, se puede evidenciar como salen a relucir prejuicios machistas y edadistas, así como el uso de la feminización del envejecimiento para molestar o insultar a alguien. Por otro lado, la observación participante también permite mostrar cómo el mercado puede tener la potencialidad para ser un espacio de cuidado. Desde el marco de la espacialización de los cuidados (Jirón Martínez et al, 2022) y construcción de lugares (Cresswell, 2004) se analiza cómo el mercado facilita las posibilidades de construir redes de apoyo e insertar a los adultos mayores en una colectividad.

Por último, llama la atención destacar como las comerciantes ubican la vejez en el futuro, en relación a una etapa de descanso y menos carga laboral. Se imagina la vejez como una posibilidad de descanso o rotación de rubro comercial a productos que requieran menos demanda física. Al mismo tiempo, se expresa preocupación sobre quién cuidará de ellas en los próximos años, así como el miedo a la dependencia.

Conclusiones

La presente investigación ha buscado analizar y explorar los significados y experiencias de adultas mayores comerciantes en relación a los cambios corporales y sociales del proceso de envejecimiento. La profundización en las trayectorias laborales de cinco adultas mayores ha permitido comprender el envejecimiento desde una mirada relacional, social y multidimensional. En este sentido, la tesis busca contribuir al estudio de las vejeces a través de un enfoque biográfico y sociocultural, que visibilice la diversidad y complejidad del envejecimiento.

En primer lugar, con el fin de conocer mejor el trabajo en el comercio y las rutinas de las entrevistadas, se elaboraron líneas de tiempo y se realizaron entrevistas en profundidad que permitieron reconstruir sus trayectorias. A través de la exploración de sus rutinas laborales, se aborda el mercado de Magdalena del Mar como un espacio complejo, lleno de tensiones y relaciones que dialogan constantemente con sus historias e interpretaciones de los cambios de la edad. En este proceso, también emergieron relatos de otras comerciantes y actores del mercado, cuyas experiencias aportan dimensiones valiosas para comprender los cambios e interpretaciones sobre el envejecimiento.

Para adentrarnos en las narrativas sobre el envejecimiento, se realizaron entrevistas y conversaciones sobre los cambios sociales y corporales que han experimentado las comerciantes, con el fin de reflexionar junto a ellas sobre los cambios en el tiempo. Finalmente, se indagó sobre las respuestas y prácticas frente a los cambios por el proceso de envejecimiento, los que se identifican con la menopausia y los dolores relacionados a la edad. Asimismo se muestran las estrategias que despliegan las comerciantes a través del uso de redes sociales para adaptarse a las nuevas etapas de sus vidas.

Trayectorias y rutinas laborales de las adultas mayores

Se demuestra que el enfoque biográfico es fundamental para los estudios de vejeces porque permite comprender el envejecimiento desde su relación social y experimental y no solo desde un acercamiento cronológico y biológico (Osorio, 2006).

La investigación evidenció cómo el trabajo doméstico y las labores de cuidado han sido constantes en sus vidas, influyendo en sus oportunidades laborales. Si bien cada trayectoria tiene elementos particulares, todas comparten aspectos comunes. Las cinco participantes son migrantes, y sus recorridos coinciden con los patrones migratorios de otras mujeres que se dedican al comercio minorista, como muestran los estudios de Bunster & Chaney (1989). Procedentes de regiones como Áncash, Ayacucho, Arequipa y Puno, migraron a Lima a temprana edad, algunas solas y otras con sus familias. En la mayoría de casos, su primer trabajo estuvo vinculado al cuidado de niños o al trabajo doméstico, ya sea con familiares o en casas ajenas. En este contexto, el comercio surge como una segunda actividad que les permite adquirir mayor independencia económica y tener control sobre sus horarios.

El acercamiento a sus historias laborales permitió visibilizar las oportunidades y limitaciones que tuvieron, así como entender las condiciones y recursos que tienen en la actualidad. Las líneas de tiempo muestran cómo las mujeres han sido históricamente asociadas al trabajo del cuidado, lo cual ha restringido su acceso a empleos formales y mejor remunerados, en un contexto de desvalorización e invisibilización del trabajo de cuidado (C. Rodríguez, 2015). Además, se evidencia cómo la violencia de género, como el caso de una comerciante que fue acosada sexualmente en otro trabajo, impacta en sus oportunidades laborales. En este sentido, el comercio se posiciona como una de las pocas alternativas viables para lograr autonomía económica. Se puede observar como la imposibilidad de acceder a trabajos formales con derecho a jubilación y pensión se configura como una desigualdad estructural que condiciona su vejez. Solo en dos casos, el de Clara y Rosa, se menciona el acceso a seguros de salud como beneficiarias del plan de sus esposos.

Asimismo, se observa como el nivel de involucramiento de las participantes en el comercio también ha variado con el tiempo. Por ejemplo, este es el caso de Lupe, quien ya no administra toda la gama de frutas que solía vender. Actualmente, es su hija quien ha asumido esa labor y es quién traslada los productos del mercado mayorista al puesto en Magdalena del Mar. Ahora, Lupe se dedica a la venta exclusiva de palta y fresas. Además, su movilidad se ha visto afectada por problemas de salud, como sus dolores en la espalda y piernas, lo que le impide cargar productos pesados.

En este contexto, su capital social (Bourdieu, 1986) se ha convertido en un recurso valioso para compensar las pérdidas en su capital corporal. Se confirma que las redes familiares son fundamentales para sostener su participación económica y su bienestar en la vejez.

El cuidado en sus vidas y en el mercado

La tesis también permite visibilizar la cadena de cuidados que las comerciantes sostienen y extienden en distintos ámbitos de su vida. Resaltar las labores de cuidado en este contexto resulta fundamental para valorar el trabajo que realizan estas mujeres. Las comerciantes se han enfrentado a una doble carga laboral a lo largo de sus vidas: por un lado, su trabajo en el comercio, que implica la planificación, compra, administración, venta y el mantenimiento de relaciones sociales en el mercado; y por otro, las responsabilidades domésticas y de cuidado hacia sus familias. En este marco, el comercio se presenta como un trabajo que les posibilita sostener ambas dimensiones, todas las comerciantes han podido llevar y cuidar a sus hijos e hijas a sus puestos; así como organizar sus horarios de venta en función de las tareas de cuidado.

Esta integración entre lo reproductivo y lo productivo, que también ha sido estudiada por Seligmann (2015) en los mercados de Cusco, les ha permitido conciliar ambos trabajos. Entender estas estrategias utilizadas en su juventud es clave para observar cómo estas prácticas continúan presentes en la actualidad, siendo adaptadas a nuevas responsabilidades y formas de cuidado. Se resalta que las comerciantes forman parte de una cadena de cuidados (González, 2018), en la que no solo cuidan, por ejemplo, a sus nietos o nietas en los puestos, sino que también comienzan a ser cuidadas.

Ello evidencia que el mercado no es solo un espacio de intercambio económico y laboral, sino también un entorno relacional en el cual se despliegan estrategias de apropiación del espacio. Esto se vincula con las nociones de construcción del lugar propuestas por Lefebvre (2013) y Cresswell (2004), entendiendo el espacio como un conjunto de relaciones, sentidos y prácticas cotidianas. Este enfoque abre una línea relevante para seguir explorando la intersección entre envejecimiento, trabajo y espacio desde una mirada biográfica.

Narrativas sobre el envejecimiento como experiencia situada

Las narrativas sobre el proceso de envejecimiento están influenciadas por contextos sociales, culturales y biomédicos que rodean a las comerciantes, sus familiares, amistades y entorno de trabajo. De esta forma, el mercado, al ser el espacio donde han pasado gran parte de sus vidas, se convierte en el escenario donde se ubican gran parte de sus historias.

Para una comprensión más personal del envejecimiento resalta el uso de la perspectiva fenomenológica (Merleau-Ponty, 1993 [1945]) y del concepto de *embodiment* (Csordas, 1990; Esteban, 2004), para entender cómo las adultas mayores se relacionan con el mundo con y mediante el cuerpo. Es decir, se busca subrayar cómo los cambios que experimentan no ocurren solo en sus cuerpos, sino que también transforman su manera de estar y moverse en el mundo.

Un eje importante en las narrativas de las adultas mayores es sobre los dolores físicos y la pérdida de fuerza. Con frecuencia, las adultas mayores comparan su cuerpo actual con el de su juventud, expresando la sensación de que “ya no es el mismo cuerpo”. Esta comparación entre el “yo joven” y el “yo viejo” no es nueva para los estudios de vejez. Así, Nué (2000) ha explorado cómo la vejez se percibe en contraposición con la productividad y las capacidades de la juventud.

En este marco, es importante analizar las explicaciones y significados que las adultas mayores atribuyen a los dolores del cuerpo. Se identifica que ello recae en dos principales categorías: dolores por la edad y dolores por enfermedad. En los casos de Elena, Lupe y Clara, que han recurrido a médicos, los dolores son interpretados desde la medicina convencional como consecuencia del trabajo, la edad o el esfuerzo físico acumulado. En contraste, otros dolores, como los vinculados a enfermedades crónicas o diagnósticos específicos, como el cáncer o la esclerosis, son concebidos como enfermedades que requieren seguimiento y tratamiento. Aquí fue útil el concepto de *biologías locales* (Lock, 1993), que permite comprender cómo las adultas mayores articulan saberes biomédicos y culturales en la interpretación de los cambios por la edad. De esta forma, se concluye que el envejecimiento y sus cambios no se viven como un proceso lineal o estático, sino como una experiencia situada, que está

atravesada por las actividades que realizan y los eventos significativos de sus trayectorias de vida.

La vejez está en otros y en el futuro

En las interacciones en el mercado y las narrativas de las comerciantes se muestra cómo la identificación con la vejez tiene un carácter relacional y puede negociarse. Hasta cierto punto, las comerciantes pueden reclamarse como personas jóvenes, dependiendo del contexto y actores, en especial cuando se hace referencia al trabajo. Ello coincide con lo planteado por G. Ramos (2018) sobre cómo los prejuicios edadistas influyen en la identificación de los adultos mayores con la vejez. En otros escenarios, cuando se hace referencia a la familia o dolores por la edad, si se identifican como personas mayores.

Cómo menciona Le Breton (2018), el sentimiento de envejecer proviene siempre de otra persona. En este sentido, la experiencia corporizada del envejecimiento adquiere especial relevancia para comprender cómo el cuerpo no solo es vivido desde la subjetividad, sino también interpretado desde fuera por otros. Es así que se plantea un límite para la negociación de las adultas mayores respecto a su edad. Es fundamental entender que la edad no debe verse como una categoría absoluta, sino como una experiencia situada, interpretada y mostrada en vinculación con contextos, actores y relaciones. Esta posibilidad de negociación también debe ser analizada en el contexto sociocultural del mercado de Magdalena del Mar atravesado por el contexto peruano, en el cual persisten prejuicios y formas de discriminación hacia la edad y el género. Estos estigmas, machistas y edadistas, que ubican a la vejez bajo nociones de pasividad, fragilidad y deterioro se reproducen en las interacciones cotidianas y sucesos del mercado, siendo parte del contexto donde las adultas mayores están inmersas.

Un componente central de esta investigación es resaltar la necesidad de pensar en el envejecimiento también desde el futuro. Por ello, se incluyó la exploración sobre cómo las adultas mayores comerciantes se sienten respecto al porvenir, en relación con el trabajo, el cuidado y proyectos personales. Esta mirada es clave en el marco de los estudios sobre la vejez, como sugiere Matassini (2014), al subrayar la reinvencción y las aspiraciones de las personas mayores.

En sus relatos sobre el futuro, las adultas mayores tienden a imaginar la vejez como una etapa por venir, asociada al descanso. Al mismo tiempo, expresan preocupaciones respecto al cuidado: ¿quién las cuidará cuando ya no puedan sostenerse por sí mismas? El trabajo ocupa un rol fundamental porque se reconoce como un espacio de autonomía, identidad y la forma de seguir sosteniendo a sus familias.

El ejercicio de imaginar el futuro abre nuevas preguntas sobre el papel que ocupa la religión como un recurso para enfrentar los cambios por el proceso de envejecimiento. Así como plantea reflexiones sobre la importancia del mantenimiento de relaciones sociales y la búsqueda de sentido frente a los cambios de la vida. Pensar la vejez desde el futuro continúa siendo una tarea pendiente en los estudios sobre envejecimiento, por lo que se necesita una mayor profundización en el tema. Esto es especialmente importante porque permite reconocer la vejez como una etapa en movimiento, con agencia, deseos y proyectos.

¿Cómo hablar sobre las vejeces sin generar estigma o rechazo?

Un tema de reflexión permanente tanto durante el trabajo de campo como la redacción, fue la forma de abordar el estudio de las vejeces y las implicancias del lenguaje al momento de preguntar sobre el envejecimiento. La carga negativa y el estigma que cargan las palabras como “vejez” y “envejecimiento”, representan una dificultad para hablar del proceso, como ya se ha evidenciado en otros estudios (G. Ramos, 2014; Tirado, 2018; Lamb, 2019). En una sociedad que tiende al edadismo, la identificación con estos términos es complicada, y más aún en contextos influenciados por lógicas capitalistas y neoliberales, donde el valor de las personas tiende a medirse por su productividad y juventud.

Por esta razón, uno de los retos conceptuales fue optar por una perspectiva que reconozca la complejidad y heterogeneidad del proceso de envejecimiento. Ello implicó prestar atención a las palabras, expresiones y significados que las propias participantes utilizan en su cotidianidad para referirse a la vejez. Durante las entrevistas y conversaciones informales, se evitó imponer categorías externas, priorizando el uso de términos comunes entre las participantes para explorar los significados y experiencias atribuidas a los cambios físicos y sociales. En este sentido,

se optó por hablar de “cambios por la edad” o hacer referencia a experiencias cotidianas relacionadas con el cuerpo, el trabajo y la salud.

Reflexiones metodológicas y limitaciones de la investigación

La observación participante, que fue posible gracias a que las comerciantes me permitieron ayudar y acompañar en sus puestos, fue de gran importancia para comprender las implicancias corporales y sociales del comercio; así como poder presenciar las interacciones en el mercado. Esta metodología permite no solo escuchar desde las adultas mayores sobre sus experiencias de envejecimiento; sino también, ver cómo el tema de la vejez y la edad surge en contextos cotidianos. En el contexto actual, donde cada vez se busca la inmediatez de los datos, me parece relevante destacar metodologías características de la antropología que permiten un acercamiento paciente y profundo a las experiencias individuales y colectivas.

Así como se brindan hallazgos interesantes sobre el estudio del envejecimiento y significados de las comerciantes también se debe recalcar que la investigación tiene ciertos límites. En primer lugar, se presentó la dificultad de encontrar participantes que cumplieran con los rangos de edad planteados en un inicio. Por ello se recurre a la flexibilidad para incluir también a participantes de 58 y 59 años. Esto comprendiendo que el envejecimiento no se enmarca en una edad específica, sino que se plantea como un proceso biosocial con significados que varían culturalmente. Otra dificultad que es relevante señalar es la dificultad de profundizar en la amplitud de los temas que surgen en el estudio del envejecimiento. Por la duración y extensión limitada de la investigación, se eligieron sólo algunas dimensiones de la vida de las comerciantes, cuando en realidad la experiencia del envejecimiento se manifiesta en varios ámbitos. La tesis profundiza principalmente en la relación del envejecimiento con sus trayectorias laborales, el espacio del mercado, el cuerpo y la salud. Otros temas que requieren de mayor visibilización y sería necesario abordar en próximas investigaciones se vinculan con las dinámicas familiares y la sexualidad.

A modo de cierre

El análisis de las trayectorias y los cambios sociales y corporales asociados a la edad en las comerciantes adultas mayores del mercado abre un campo de discusión

sobre los procesos de envejecimiento. Tal como señalan Osorio (2006) y G. Ramos (2021), los estudios sobre las vejeces deben considerar el componente social y relacional del envejecimiento, con el fin de resaltar, desde un enfoque estructural, las desigualdades y complejidades que se muestran en los ciclos de vida. Se vuelve cada vez más relevante indagar cómo se experimenta el paso del tiempo, tanto social como corporal, en las trayectorias laborales de personas mayores en diversos sectores. Ello es de suma importancia, en especial por el contexto actual donde las políticas y discursos neoliberales asocian la juventud con la productividad y relegan la vejez al deterioro y la pasividad. Frente a ello, recae en los estudios del envejecimiento y en las ciencias vinculadas a este campo, la tarea de visibilizar la diversidad de experiencias y cuestionar estas narrativas hegemónicas.

Esta tesis busca contribuir a las disciplinas que abordan el estudio del envejecimiento para construir un enfoque que reivindique las voces y perspectivas de las propias personas adultas mayores, comprendiendo sus contextos, características y formas de ser y estar en el mundo. Ello implica cuestionar perspectivas estáticas de la edad y reconocer la vejez como una etapa atravesada por múltiples factores sociales, económicos, culturales y biográficos.

Finalmente, la exploración de las experiencias de las adultas mayores comerciantes del mercado de Magdalena del Mar ofrece hallazgos significativos para comprender cómo las trayectorias individuales permiten visibilizar desigualdades estructurales. Se resalta que la noción de envejecimiento situado es valiosa para comprender cómo estas mujeres se aproximan a los cambios por la edad desde sus propios marcos socioculturales y personales. Este enfoque nos invita a preguntarnos sobre políticas públicas que podrían contribuir a contrarrestar las desigualdades que afectan de manera diferenciada a las vejeces, desde el acceso a servicios básicos, como los baños públicos, hasta sistemas de salud y pensiones que reconozcan y valoren las trayectorias laborales y de cuidado de las comerciantes.

Referencias bibliográficas

- Babb, F. E. (2019). *El lugar de las mujeres andinas: Retos para la antropología feminista descolonial* (A. de la Cadena & E. Neira, Trads.). Instituto de Estudios Peruanos. (Obra original publicada en inglés en 2018).
- Berger, G., & Wenzel, E. (2001). Women, body and society: Cross-cultural differences in menopause experiences. <https://ldb.org/menopaus.htm>
- Blouin, C. (Coord.). (2018). *La situación de la población adulta mayor en el Perú: Camino a una nueva política*. Instituto de Democracia y Derechos Humanos de la Pontificia Universidad Católica del Perú (IDEHPUCP). <https://cdn01.pucp.edu.pe/idehpucp/wp-content/uploads/2018/11/23160106/publicacion-virtual-pam.pdf>
- Bourdieu, P. (1986). The forms of capital. In J. Richardson (Ed.), *Handbook of theory and research for the sociology of education* (pp. 241–258). Greenwood.
- Bourdieu, P. (2000). Las formas de capital. En *Poder, derecho y clases sociales* (M. J. Bemuz Beneitez et al., Trads., 2.ª ed., pp. 131–164). Desclée de Brouwer. (Trabajo original publicado en 1986).
- Bunster, X., & Chaney, E. (1989). *Sellers and servants: Working women in Lima, Perú*. Bergin and Garvey Publishers, Inc.
- Butler, J. (1998). Actos performativos y constitución del género: Un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista. *Debate Feminista*, 9(18), 296–314.
- Carter, C. (2016). Still sucked into the body image thing: The impact of anti-aging and health discourses on women's gendered identities. *Journal of Gender Studies*, 25(2), 200–214.
- Carter, C. (2016). Still sucked into the body image thing: the impact of anti-aging and health discourses on women's gendered identities. *Journal of Gender Studies*, 25, 200 - 214. [//doi.org/10.1080/09589236.2014.927354](https://doi.org/10.1080/09589236.2014.927354)
- Castro Carrión, D., & Bendezú Medina, S. (2019). *Mercado de abastos en el distrito de Magdalena del Mar* [Tesis de licenciatura, Universidad Ricardo Palma]. Repositorio Institucional URP. <https://hdl.handle.net/20.500.14138/2875>
- Chávez, S., Brindis, C., Yon, C. J., & Goldfarb, N. (2002). Rural Andean women's perspectives on menopause. *Hispanic Health Care International*, 1, 142–153.
- Cohen, L. (1994). Old age: Cultural and critical perspectives. *Annual Review of Anthropology*, 23, 137–158. <http://www.jstor.org/stable/2156009>

- Collier, J., & Yaganisako, S. (2007). Hacia un análisis unificado del género y el parentesco. En R. Parkin & L. Stone (Eds.), *Antropología del parentesco y de la familia* (pp. 461–491). Centro de Estudios Ramón Areces.
- Congreso de la República del Perú. (1996, 4 de enero). *Ley de privatización de los mercados públicos, N° 26569*. Diario Oficial El Peruano. <https://www.leyes.congreso.gob.pe/documentos/Leyes/26569.pdf>
- Congreso de la República del Perú (2006, 21 de julio) *Ley de las personas adultas mayores, Ley N° 28803*. Diario Oficial El Peruano. <https://www.leyes.congreso.gob.pe/Documentos/Leyes/28803.pdf>
- Creswell, T. (2004). Introduction: Defining place. En *Place: A short introduction* (pp. 1–14). Blackwell.
- Csordas, T. (1990). Embodiment as a paradigm for anthropology. *Ethos*, 18(1), 5–47. <http://www.jstor.org/stable/640395>
- De la Cadena, M. (1992). Las mujeres son más indias: Etnicidad y género en una comunidad del Cusco. *Revista Andina*, 9(1), 7–29.
- De la Cadena, M. (2004). *Indígenas mestizos: Raza y cultura en el Cusco*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Del Valle, T. (2002). Contrastes en la percepción de la edad. En V. Maquieira (Comp.), *Mujeres mayores en el siglo XXI* (pp. 45–58). Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales. <http://envejecimiento.csic.es/documentos/documentos/maquieira-mujeres-01.pdf>
- Donoso, C. (2023). *The cultural construction of women's aging: Confronting meanings, experiences and practices in early 21st century Chile* [Tesis doctoral, University of Amsterdam].
- Escóbar, S. (2012). *Los adultos mayores en el mundo del trabajo urbano*. HelpAge International y Centro de Estudios para el Desarrollo Laboral y Agrario (CEDLA).
- Esteban, M. L. (2004). *Antropología del cuerpo: género, itinerarios corporales, identidad y cambio*. Barcelona: Bellaterra.
- Featherstone, M. (1991). The body in consumer culture. En M. Featherstone, M. Hepworth, & B. S. Turner (Eds.), *The body: Social process and cultural theory* (pp. 170–197). SAGE Publications.
- Feixa, C. (1996). Antropología de las edades. *Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales Cholonautas*. https://donbosco.org.ar/uploads/recursos/recursos_archivos_2374_1722.pdf

- Fernández, C. (2016, 28 de noviembre). Mercado de Magdalena: conflictos al por mayor. *El Comercio*. <https://elcomercio.pe/lima/mercado-magdalena-conflictos-mayor-150622-noticia/?ref=ecr>
- Filgueiras, B. (2009). Miradas sobre el comercio popular en la ciudad de Lima: Notas de una antropología no intencional. *Argumentos. Revista de Análisis y Crítica*, 3(2), 54–61. Instituto de Estudios Peruanos.
- Fuller, N. (2018). *Difícil ser hombre: Nuevas masculinidades latinoamericanas*. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Gamarra, J., & Lazo, M. (2021). *Actividades desarrolladas por las vendedoras de hierbas medicinales del mercado de abastos de San Pedro Cusco en el contexto de la pandemia COVID-19 en el año 2020* [Tesis de licenciatura, Universidad Nacional de San Antonio Abad del Cusco]. Repositorio Institucional UNSAAC.
- Gambold, L. (2018). DIY aging: Retirement migration as a new age-script. *Anthropology & Aging*, 39(1), 82–93. <https://doi.org/10.5195/aa.2018.175>
- García, J. (2018). *Delito de abuso de autoridad en la privatización de mercados municipales del Perú: Un análisis a partir de la Ley N° 26569* [Tesis de doctorado, Universidad César Vallejo]. Repositorio Institucional UCV. <https://repositorio.ucv.edu.pe/handle/20.500.12692/15921>
- Ghassemi, B. (2014). *Historia, economía política e interpretación visual de los vendedores callejeros del Perú = History, political economy, and visual interpretation of street vendors of Peru* (1.ª ed.). Lima: Producciones Illari.
- Ginn, J., & Arber, S. (1996). Mera conexión: Relaciones de género y envejecimiento. En *Relación entre género y envejecimiento: Enfoque sociológico* (pp. 17–34). Narcea.
- Ginn, J., & Arber, S. (1997). Sólo conectemos: relaciones de género y envejecimiento. En Pontificia Universidad Católica del Perú, Programa de Estudios de Género (Ed.), *Género y salud* (pp. 37-46). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, Programa de Estudios de Género.
- González, H. (2018). Género, cuidados y vejez: Mujeres «en el medio» del trabajo remunerado y del trabajo de cuidado en Santiago de Chile. *Revista Prisma Social*, (21), 194–218. <https://revistaprismasocial.es/article/view/2445>
- Good, B. J. (2003). El cuerpo, la experiencia de la enfermedad y el mundo vital: una exposición fenomenológica del dolor crónico. En *Medicina, racionalidad y experiencia: una perspectiva antropológica* (pp. 215-246). Bellaterra.
- INEI (2015) Esperanza de vida de población peruana aumentó en 15 años en las últimas cuatro décadas [Nota de prensa]

https://m.inei.gob.pe/media/MenuRecursivo/noticias/nota_de_prensa_n188_2015inei_2.pdf

- INEI (2025) Situación de la población adulta mayor (Informe técnico N° 1 Marzo 2025) https://m.inei.gob.pe/media/MenuRecursivo/boletines/informe-tecnico_adultomayor.pdf
- Ingar, C. (2016). *Cuerpos femeninos, agencia femenina en salud reproductiva y lo político de la reproducción en el Perú: Un análisis cultural comparativo de las experiencias corporeizadas menstruales entre mujeres rurales de una comunidad andina en Cusco y mujeres limeñas de clase media* [Tesis doctoral, Pontificia Universidad Católica del Perú]. Repositorio Digital de Tesis y Trabajos de Investigación PUCP. <http://hdl.handle.net/20.500.12404/7239>
- Irons, R. (2022). Virus amongst the vegetables: Peruvian marketplaces, hygiene, and post-colonial indigeneity under gender-segregated quarantine. *European Journal of Women's Studies*, 29(1_suppl), 12S–26S. <https://doi.org/10.1177/13505068221085905>
- Jirón Martínez, P., Solar-Ortega, M., Rubio, M., Cortés, S., Cid, B., & Carrasco, J. (2022). La espacialización de los cuidados. Entretejiendo relaciones de cuidado a través de la movilidad. *Revista INVI*, 37(104), 199–229. <https://doi.org/10.5354/0718-8358.2022.65647>
- Keith, J. (1980). "The best is yet to be": Toward an anthropology of age. *Annual Review of Anthropology*, 9, 339–364.
- Kogan, L. (2014). *La insoportable proximidad de lo material: cuerpos e identidades* [Tesis doctoral, Pontificia Universidad Católica del Perú]. Repositorio Digital de Tesis y Trabajos de Investigación PUCP. <http://hdl.handle.net/20.500.12404/5713>
- Lacub, R. (2001). La post-gerontología: Hacia un renovado estudio de la gerontología. En *Actas del 4º Congreso Chileno de Antropología* (Tomo I), Simposio Antropología de la Vejez. Colegio de Antropólogos de Chile A. G., Santiago de Chile.
- Lamb, S. (2019). On being (not) old: Agency, self-care, and life-course aspirations in the United States. *Medical Anthropology Quarterly*, 33(2), 263–281. <https://doi.org/10.1111/maq.12498>
- Lamas, M. (2000). Diferencias de sexo, género y diferencia sexual. *Cuicuilco*, 7(18), 1–24. Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH). <https://www.redalyc.org/pdf/351/35101801.pdf>
- Laws, G. (1995). Understanding Ageism: Lessons From Feminism and Postmodernism. *The Gerontologist*, 35(1), 112–118. doi:10.1093/geront/35.1.112

- Le Breton, D. (2018). *La sociología del cuerpo* (H. Castignani, Trad.). Siruela. (Trabajo original publicado en 1992)
- Le Breton, D. (2002). *Antropología del cuerpo y modernidad*. Nueva Visión.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio* (E. Martínez Gutiérrez, Trad., 1ª ed.). Capitán Swing (Trabajo original publicado en 1974)
- Leinaweaver, J. (2010). Alejarse como proceso social: niños y ancianos «abandonados» en Ayacucho. *Anthropologica*, 28(28), 139-162. http://www.scielo.org.pe/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0254-92122010000100007&lng=es&tlng=es
- Lock, M. (1993). *Encounters with aging: Mythologies of menopause in Japan and North America*. University of California Press.
- Lock, M., & Kaufert, P. (2001). Menopause, local biologies, and cultures of aging. *American Journal of Human Biology*, 13(4), 494-504. <https://doi.org/10.1002/ajhb.1081>
- Luborsky, M. R. (1994). The Retirement Process: Making the Person and Cultural Meanings Malleable. *Medical Anthropology Quarterly*, 8(4), 411-429. doi:10.1525/maq.1994.8.4.02a00050
- Luna del Valle, E. (2006). *¿Se puede amar después de los 60? Una aproximación cualitativa sobre la sexualidad en mujeres adultas mayores con pareja, que viven en barrios populares de Lima* [Tesis de maestría, Universidad Nacional Mayor de San Marcos]. Repositorio Institucional UNMSM. <https://hdl.handle.net/20.500.12672/2345>
- Maldonado, C., & Yáñez, M. (2014). Una aproximación al estudio del empleo en la tercera edad. *Cuadernos del CENDES*, 31(86), 95-110. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=40332804006>
- Martínez, M., Morgante, M. G., & Remori, C. (2008). ¿Por qué los viejos? Reflexiones desde una etnografía de la vejez. *Revista Argentina de Sociología*, (6-10), 69-90. <https://www.aacademica.org/carolina.remorini/51>
- Matassini, S. (2014). *Re-adaptando proyectos de vida: personas adultas mayores viviendo en una institución pública en Lima, Perú* [Tesis de licenciatura, Pontificia Universidad Católica del Perú]. Repositorio Digital de Tesis y Trabajos de Investigación PUCP. <http://hdl.handle.net/20.500.12404/24439>
- Mendoza, G. (2004). *Hacer el amor con amor: Una aproximación a las ideas y vivencias de las mujeres de la tercera edad, en torno al amor, las relaciones de*

pareja y la sexualidad [Monografía de Diploma de Estudios de Género, Pontificia Universidad Católica del Perú]. Monografías PUCP.

- Merleau-Ponty, M. (1993). *Fenomenología de la percepción* (Obra original publicada en 1945). Ediciones Península.
- Ní Léime, Á., & Ogg, J. (2019). Gendered impacts of extended working life on the health and economic wellbeing of older workers. *Ageing and Society*, 39(10), 2163–2169. <https://doi.org/10.1017/S0144686X18001800>
- Nué, A. (2000). Percepciones y autopercepciones de ancianos en la comunidad de Santa Cruz de Andamarca. *Anthropologica*, 18(18), 153–173. <https://doi.org/10.18800/anthropologica.200001.009>
- Núñez, M., Fajardo, E., & Henao, A. (2020). Violencia contra las personas mayores: percepciones de actores de redes de apoyo social. *Espacios*, 41(47), 391–398. <https://doi.org/10.48082/espacios-a20v41n47p28>
- Osorio, P., & Sadler Spencer, M. (2005). La construcción socio-cultural de la vejez desde una mirada de género. En O. González & R. Reneré (Eds.), *Climaterio en la atención primaria* (pp. 7-20). Editorial Bywaters. <https://repositorio.uchile.cl/handle/2250/122414>
- Osorio, P. (2006). *Abordaje antropológico del envejecimiento y el alargamiento de la vida* [Ponencia]. Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva (CEIC).
- Osorio, P. (2006). La longevidad: Más allá de la biología. Aspectos socioculturales. *Papeles del CEIC*, (22). Centro de Estudios sobre la Identidad Colectiva, Universidad del País Vasco. <https://identidadcolectiva.es/pdf/22.pdf>
- Osorio, P., Navarrete, I., & Briones, S. (2019). Aproximación etnográfica a las manifestaciones de agencia en personas nonagenarias y centenarias en Chile. *Etnográfica*, 23(3). <https://doi.org/10.4000/etnografica.7400>
- Pavez, A., Baeza, C., Faure, E., & Pallavicini, P. (2023). Edadismo y discursos de las personas mayores sobre la vejez y el envejecer en Chile. *Athenea Digital: Revista de Pensamiento e Investigación Social*, 23(3). <https://doi.org/10.5565/rev/athenea.3386>
- Pereda, L. (2021). *Mercado Magdalena, una mirada al futuro* [Tesis de licenciatura, Pontificia Universidad Católica del Perú]. Repositorio Digital de Tesis y Trabajos de Investigación PUCP. <http://hdl.handle.net/20.500.12404/18888>
- Ramos, G. (2013). Antropología de la vejez en el Perú: Un vacío etnográfico. *Anthropía*, (11), 104-112. <https://revistas.pucp.edu.pe/index.php/anthropia/article/view/11274>

- Ramos, G. (2014). *¡Aquí nadie es viejo! Usos e interpretaciones del Programa Centro del Adulto Mayor - EsSalud de Villa María del Triunfo y las experiencias de envejecimientos de sus usuarios* [Tesis de licenciatura, Pontificia Universidad Católica del Perú]. Repositorio Digital de Tesis y Trabajos de Investigación PUCP. <http://hdl.handle.net/20.500.12404/6133>
- Ramos, G. (2021). Una revisión sistemática de literatura sobre la violencia contra mujeres mayores en América Latina y el Caribe: ¿se ha alcanzado una perspectiva interseccional? *Anthropologica*, 39(47), 29–71. <https://doi.org/10.18800/anthropologica.202102.002>
- Ramos, G., & Tirado, E. (2019). «Hasta que el cuerpo aguante». Trayectorias, rutinas y motivaciones laborales de trabajadores adultos mayores de la ciudad de Lima, Perú. *Bulletin de l'Institut français d'études andines*, 48(3), 381–404. <https://doi.org/10.4000/bifea.11078>
- Ramos, M. (2005). *La masculinidad en el envejecimiento*. Asociación Peruana de Demografía y Población.
- Ramos Toro, M. (2018) Estudio etnográfico sobre el envejecer de las mujeres mayores desde una perspectiva de género y curso de vida. *Revista Prisma Social*, (21), 75-107. <https://revistaprismasocial.es/article/view/2448>
- Rivarola, A. (2015). *Nuevo mercado para el distrito de Magdalena del Mar* [Tesis de licenciatura, Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas]. Repositorio académico UPC. <https://repositorioacademico.upc.edu.pe/handle/10757/582077>
- Rodríguez, C. (2015). Economía feminista y economía del cuidado: Aportes conceptuales para el estudio de la desigualdad. *Revista Nueva Sociedad*, (256). https://static.nuso.org/media/articles/downloads/4102_1.pdf
- Rodríguez, T. (2015). *La experiencia de la vejez: Un acercamiento a la vida de las mujeres viejas vendedoras en el mercado de Villa Milpa Alta* [Tesis de maestría, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco]. <https://repositorio.xoc.uam.mx/jspui/bitstream/123456789/1484/1/192285.pdf>
- Rutagumirwa, S. K., & Bailey, A. (2019). "I Have to Listen to This Old Body": Femininity and the Aging Body. *The Gerontologist*, 59(2), 368–377. <https://doi.org/10.1093/geront/gnx161>
- Sanders, C., Donovan, J., & Dieppe, P. (2002). The significance and consequences of having painful and disabled joints in older age: co-existing accounts of normal and disrupted biographies. *Sociology of Health & Illness*, 24(2), 227–253. <https://doi.org/10.1111/1467-9566.00292>

- Scheper-Hughes, N., & Lock, M. M. (1987). The mindful body: A prolegomenon to future work in medical anthropology. *Medical Anthropology Quarterly*, 1(1), 6–41. <https://doi.org/10.1525/maq.1987.1.1.02a00020>
- Seligmann, L. (1993). Between Worlds of Exchange: Ethnicity among Peruvian Market Women. *Cultural Anthropology*, 8(2), 187–213. <http://www.jstor.org/stable/656470>
- Seligmann, L. (2000). Market Places, Social Spaces In Cuzco, Peru. *Urban Anthropology and Studies of Cultural Systems and World Economic Development*, 29(1), 1–68. <http://www.jstor.org/stable/40553370>
- Seligmann, L. (2015). *La vida en las calles: cultura, poder y economía entre las mujeres de los mercados del Cuzco*. Instituto de Estudios Peruanos.
- Suárez, L. (2011). *Mercados y mercaderes: Hacia una antropología de las prácticas económicas* [Tesis de licenciatura, Universidad Nacional Mayor de San Marcos]. <https://hdl.handle.net/20.500.12672/2898>
- Tirado, E. (2017). El cuerpo envejecido de la mujer: Primeros acercamientos desde la revisión bibliográfica. *La Ortiga*, 4(4), 24–31. <https://laortigasanmarcos.files.wordpress.com/2017/11/laortiga-gc3a9nero-final1.pdf>
- Tirado, E. (2018). *Las trayectorias identitarias de personas mayores homosexuales residentes de la ciudad de Lima, Perú* [Tesis de licenciatura, Pontificia Universidad Católica del Perú]. Repositorio Digital de Tesis y Trabajos de Investigación PUCP. <http://hdl.handle.net/20.500.12404/13444>
- Twigg, J. (2004). The body, gender, and age: Feminist insights in social gerontology. *Journal of Aging Studies*, 18(1), 59–73. <https://doi.org/10.1016/j.jaging.2003.09.001>
- Vieytes, R. (2009). Campos de aplicación y decisiones de diseño en la investigación cualitativa. En M. Arroyo Menéndez (Ed.), *Investigación cualitativa en ciencias sociales* (pp. 41-84). Buenos Aires: Cengage Learning.
- Viveros, M. (2016). *La interseccionalidad: una aproximación situada a la dominación*. Universidad Nacional Autónoma de México, Programa Universitario de Estudios de Género.
- Yon, C. (2000). *Hablan las Mujeres Andinas: Preferencias reproductivas y anticoncepción*. Movimiento Manuela Ramos.
- Weismantel, M. (2017). *Cholas y pishtacos: Relatos de raza y sexo en los Andes* (C. Gnecco, Trad.). Instituto de Estudios Peruanos; Universidad del Cauca. (Trabajo original publicado en 2001)

Zavala, V. (2016). Ideologías sobre el quechua desde el poder: una aproximación discursiva. *Signo y Seña*, (29), 207-234.

